

TEXTOS
PER AL
PROJECTE DE FILOSOFIA
2003

Rafael Sartorio



Índex

TEMA 1. INVITACIÓN A LA FILOSOFÍA.....	3
Rafael Sartorio, “La filosofía es un mapa del mundo”.....	3
TEMA 2. OBJETIVOS DE LA FILOSOFÍA.....	6
I. Kant, <i>¿Que es la Ilustración?</i>	6
Platón, <i>Apología de Sócrates</i>	7
TEMA 3. LA INVENCION DE LA MODERNIDAD.....	10
Texto de la condena del <i>Emilio</i> de Rousseau.....	10
A. Muñoz Molina, “Ilustración: Mi palabra favorita”.....	11
TEMA 4. PENSAR ES UNA AVENTURA.....	12
Epicuro, <i>Carta a Meneceo</i>	12
TEMA 5. UTILIDAD DE LA FILOSOFÍA.....	14
William Buttler Yeats, “Sobre la utilidad”.....	14
Fernando Pessoa, <i>Metafísica</i>	15
TEMA 6. NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA: CONOCIMIENTO FILOSÓFICO.....	18
S. Eddington, “La naturaleza del mundo físico”.....	18
S. Freud, “lo inconsciente: Enfermedad mental e hipnosis”.....	19
Platón, “El mito de la caverna”.....	21
TEMA 7. FUENTES DEL CONOCIMIENTO.....	25
Richard Dawkins, “Buenas y malas razones para creer”.....	25
TEMA 8. VIAJE A GRECIA: PASO DEL MITO AL LÓGOS.....	30
Hesíodo, <i>Cosmogonías prefilosóficas</i>	30
Anaximandro, <i>Cosmologías filosóficas</i>	33
TEMA 9. MÉTODOS DE LA FILOSOFÍA.....	35
Carl Sagan: “La carga del escepticismo”.....	35
David Hume, <i>Investigación sobre el conocimiento humano</i>	42
Karl R. Popper, “El criterio de demarcación”.....	44
René Descartes, <i>Discurso del método</i>	45
TEMA 10. CONSTRUIR EL MAPA DEL MUNDO.....	52
Brand Blanshard, “La empresa filosófica”.....	52
TEMA 11. LOS TEMAS DE LA FILOSOFÍA.....	60
Herbert Marcuse, “La relevancia de la realidad”.....	60
François Lyotard, <i>¿Por qué filosofar?</i>	63
Theodor W. Adorno, “Justificación de la filosofía”.....	66



TEMA 1. INVITACIÓN A LA FILOSOFÍA

Rafael Sartorio, “La filosofía es un mapa del mundo”

PUNTO
DE ENCUENTRO

Opinion

Elige tu propia aventura

"Nadie, por ser joven, dude en filosofar ni, por ser viejo, abandone la filosofía. Pues nunca es demasiado pronto ni demasiado tarde para la salud del alma. Y si alguien dice que aún no ha llegado o que ha pasado ya el tiempo de filosofar es como quien dice que todavía es demasiado pronto o demasiado tarde para la felicidad" [Epicuro, Epístola a Meneceo]

Imagínate que eres un viajero.

Viajero no es lo mismo que *turista*; de hecho, es exactamente lo contrario. El turismo es la actividad que permite trasladarse a cualquier parte sin moverse de casa. El turista mira, pero no ve; va a Grecia y observa, por ejemplo, la Acrópolis: un amasijo de piedras, algunos edificios medio derruidos... pero sobre todo, una impresión recurrente: *todo es muy pequeño*. El turista se sentirá mejor en Egipto. ¡Las pirámides! ¡Eso sí que es impresionante! Bajo un sol que cae a plomo, la mirada apenas consigue abarcar la inmensa mole de piedra. El asombro se transforma fácilmente en aturdimiento... El viajero, por el contrario, no puede compartir esa fascinación del hombre pequeño ante lo grande. Siente un escalofrío de horror y una repugnancia profunda ante el pensamiento de las generaciones de hombres tratados como rebaños e inútilmente sacrificados en aras de la voluntad de pervivencia de un faraón megalómano. El viajero ilustrado no puede dejar de ver, como decía Brecht, en aquel monumento de cultura un monumento de barbarie; mientras celebrará aquella época luminosa de la humanidad en que hasta los templos tenían la justa medida humana

Así pues, inicias el viaje. Acaso te preguntes de dónde proviene ese impulso a viajar.

Decía Aristóteles que todos los hombres tienden por naturaleza al saber: platonismo/optimismo desbordante del Estagirita. El afán por saber -junto con el saber mismo- es más bien tardío. El ansia de salir, de explorar, es sin duda más antiguo. Está inexorablemente unido a la empresa heroica: el héroe -desde el Ulises de Homero al Ulises Bloom de Joyce, pasando por el de todo folklore conocido- lo es porque se atreve a abandonar el mundo familiar para adentrarse en lo desconocido y así vivir su propia aventura.

En las sociedades modernas, sin embargo, el espacio físico se ha cerrado y no hay, al menos desde la Ilustración, *tierra ignota* que explorar. Bien lo sabe Joyce: el espacio de lo heroico es ahora el de lo cotidiano, transmutado por la interioridad. Toda aventura es interior - y todo ex-plorar es un im-plorar -. Pero el espacio interior sólo se despliega en la densidad de la cultura: el arte, la literatura, la ciencia, la historia... cumplen ese objetivo, abrir un espacio a la exploración del mundo.

...También la filosofía. La filosofía es una exploración radical del mundo.

De modo que el viaje es interior. Pero quizá te asalte ahora una duda: ¿para qué viajar?

...con lo cómodo que se está en casa, gozando del cálido refugio que deparan los mitos de la tribu. La empresa de viajar es arriesgada. Implica una transformación, un salir de sí para



llegar a ser otro: cierta des-integración y una apropiada des-moralización pueden ser sus primeros efectos -nada secundarios, por otra parte-.

La filosofía es un viaje a los límites del mundo. A los fundamentos que nos constituyen (tanto colectiva como individualmente: el lenguaje, el género, la clase...).

En cuanto a los resultados, casi nunca aparecen a corto plazo (a diferencia de otros "viajes" aún más comprometidos). Se viaja por el mero placer de viajar, y en ello está la recompensa. Por decirlo claramente: viajar no sirve para nada. Como todo lo verdaderamente importante, es inútil (es decir, no se realiza en función de otra cosa: es un fin en sí mismo).

Por cierto, y de pasada, la filosofía tiene, entre sus muchas virtudes, una no desdeñable: acaso no haga a nadie ni más justo, ni más inteligente, ni más bueno, ni siquiera más sabio. Pero le impide parecer del todo imbécil (ello es debido simplemente a que la filosofía elicitaba una peculiar actitud que podríamos llamar escéptica o crítica: el hábito de abordar los problemas a través de la argumentación, la discusión y el detenido examen hace que seamos más conscientes de las complejidades de cualquier problema cotidiano. Vamos, que no se oirá jamás salir de la boca del filósofo la frase que denuncia a cualquiera como irremediablemente estúpido: «eso lo arreglo yo en dos patadas...»)

Para viajar -si no quieres ir dando tumbos por el mismo sitio- necesitarás un mapa.

Desde luego, tú ya tienes un mapa. Todos tenemos uno. Generalmente, de prestado; y ya es mucho si la experiencia de su inexactitud nos fuerza, aquí y allá, a trazar una tímida rectificación, alguna nueva senda apenas entrevista, un esbozo propio, garabateado con dificultad.

Naturalmente, no todos los mapas son iguales. Los hay mejores y peores. Unos están cuidadosamente contruidos, procurando seguir las reglas de cierta cartografía científica; otros apuestan por soluciones menos exigentes; y algunos, en fin, son claramente disparatados.

La filosofía es un mapa del mundo. Mejor dicho, la filosofía es una actividad constructora. Los mapas del mundo son su resultado. El estudio de la filosofía te procura un amplio repertorio de los mismos. Pero, a la vez -y eso es más importante- te incita y te enseña a elaborar el tuyo propio. Es cierto que hallarás en el mercado otras ofertas de cartografía - más ingenuas y menos rigurosas- que te prometen el producto acabado, ahorrándote las molestias del desplazamiento. Pero hay más de una buena razón para desconfiar de tantas facilidades. La filosofía, por el contrario, no te ofrece dogmas cerrados y elaborados ya de una vez por todas, sino que en la misma diversidad de las soluciones que ofrece, por el uso constante de la argumentación y el diálogo, a través de la confrontación de las diversas opiniones y su crítica, te apremia y te fuerza a viajar/pensar por ti mismo.

Finalmente, la misión del mapa no es sólo el conocimiento del mundo -ni la del viaje la exploración de nuevos territorios. El objetivo de la filosofía es alcanzar la felicidad, como te citaba antes en Epicuro. Aunque acaso no haya ninguna Itaca al final, ni Islas de los Afortunados, sino que la fortuna está en el viajar mismo. "En las demás actividades de la vida, el resultado feliz corona, al final, un penoso esfuerzo; pero en la filosofía, resultado y placer coinciden: pues lo mismo es gozar y filosofar", que también decía el divino Epicuro.

Valga lo anterior como una invitación. Como en todo viaje que valga la pena, no sabemos a dónde vamos ni cómo (para que no suene del todo a bolero, sí sabemos cuándo: a partir de enero). Así que no podemos garantizar nada.

**PUNTO DE ENCUENTRO****Opinion**

Aprovechamos la oportunidad que se nos ofrece. El carácter del viaje, la gratificación, el placer que podamos experimentar... dependerá de los viajeros -¿Cómo iba a ser, si no?- Por nuestra parte, no renunciamos a nada. Bien, sí, quizá sólo a una cosa: viajar en clase turista.

El conductor: Rafael Sartorio

Nota: *El viaje está previsto se inicie el próximo catorce de enero; saldrá de la estación de discrecionales del Centro de Adultos - Antíguo Colegio San Sebastián-; los billetes podrás conseguirlos en las taquillas de la estación; El aburrimiento quedará en las consignas, y sólo si no vuelves por él en el plazo de diez días será sumarisimamente destruído. Los motores ya están en marcha y sólo nos faltas TÜ.*

ATREVETE



TEMA 2. OBJETIVOS DE LA FILOSOFÍA

I. Kant, ¿Que es la Ilustración?¹

La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. *¡Sapere aude!*. *¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!*: he aquí el lema de la ilustración.

La pereza y la cobardía son causa de que una tan gran parte de los hombres continúe a gusto en su estado de pupilos, a pesar de que hace tiempo la naturaleza los liberó de ajena tutela (*naturaliter majorenes*); también lo son de que se haga tan fácil para otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo no estar emancipado! Tengo a mi disposición un libro que me presta su inteligencia, un cura de almas que me ofrece su conciencia, un médico que me prescribe las dietas, etcétera, así que no necesito molestarme. Si puedo pagar no me hace falta pensar: ya habrá otros que tomen a su cargo, en mi nombre, tan fastidiosa tarea. Los tutores, que tan bondadosamente se han



arrogado este oficio, cuidan muy bien que la gran mayoría de los hombres (y no digamos que todo el sexo bello) considere el paso de la emancipación, además de muy difícil, en extremo peligroso. Después de entontecer sus animales domésticos y procurar cuidadosamente que no se salgan camino trillado donde los metieron, les muestran los peligros que les amenazarían caso de aventurarse a salir de él. Pero estos peligros no son tan graves pues, con unas cuantas caídas, aprenderían a caminar solitos; ahora que, lecciones de esa naturaleza, espantan y le curan a cualquiera las ganas de nuevos ensayos.

¹ Tecnos, Madrid, 2001. (Ed. Or., Berlin, 1784)

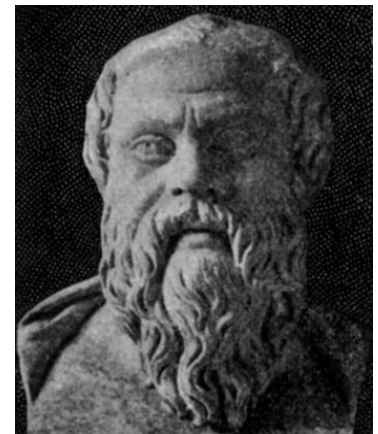


Platón, *Apología de Sócrates*²

De mi sabiduría, si hay alguna y cuál es, os voy a presentar como testigo al dios que está en Delfos. En efecto, conocíais sin duda a Querefonte. Éste era amigo mío desde la juventud y adepto al partido democrático, fue al destierro y regresó con vosotros. Y ya sabéis cómo era Querefonte, qué vehemente para lo que emprendía. Pues bien, una vez fue a Delfos y tuvo la audacia de preguntar al oráculo esto -pero como he dicho, no protestéis, atenienses-, preguntó si había alguien más sabio que yo. La Pitia le respondió que nadie era más sabio. Acerca de esto os dará testimonio aquí este hermano suyo, puesto que él ha muerto.

Pensad por qué digo estas cosas; voy a mostraros de dónde ha salido esta falsa opinión sobre mí. Así pues, tras oír yo estas palabras reflexionaba así: «¿Qué dice realmente el dios y qué indica en enigma? Yo tengo conciencia de que no soy sabio, ni poco ni mucho. ¿Qué es lo que realmente dice al afirmar que yo soy muy sabio? Sin duda, no miente; no le es lícito.» Y durante mucho tiempo estuve yo confuso sobre lo que en verdad quería decir. Más tarde, a regañadientes me incliné a una investigación del oráculo del modo siguiente. Me dirigí a uno de los que parecían ser sabios, en la idea de que, si en alguna parte era posible, allí refutaría el vaticinio y demostraría al oráculo: «Éste es más sabio que yo y tú decías que lo era yo.» Ahora bien, al examinar a éste -pues no necesito citar lo con su nombre, era un político aquel con el que estuve indagando y dialogando- experimenté lo siguiente, atenienses: me pareció que otras muchas personas creían que ese hombre era sabio y, especialmente, lo creía él mismo, pero que no lo era. A continuación intentaba yo demostrarle que él creía ser sabio, pero que no lo era. A consecuencia de ello, me gané la enemistad de él y de muchos de los presentes. Al retirarme de allí razonaba a solas que yo era más sabio que aquel hombre. Es probable que ni uno ni otro sepamos nada que tenga valor, pero este hombre cree saber algo y no lo sabe, en cambio yo, así como, en efecto, no sé, tampoco creo saber. Parece, pues, que al menos soy más sabio que él en esta misma pequeñez, en que lo que no sé tampoco creo saberlo. A continuación me encaminé hacia otro de los que parecían ser más sabios que aquél y saqué la misma impresión, y también allí me gané la enemistad de él y de muchos de los presentes.

Después de esto, iba ya uno tras otro, sintiéndome disgustado y temiendo que me ganaba enemistades, pero, sin embargo, me parecía necesario dar la mayor importancia al dios. Debía yo, en efecto, encaminarme, indagando qué quería decir el oráculo, hacia todos los que parecieran saber algo. Y, por el perro, atenienses -pues es preciso decir la verdad ante vosotros-, que tuve la siguiente impresión. Me pareció que los de mayor reputación estaban casi carentes de lo más importante para el que investiga según el dios; en cambio, otros que parecían inferiores estaban mejor dotados para el buen



² Platón, *Apología*, 21a-24 d, Madrid, Gredos, 2000



juicio. Sin duda, es necesario que os haga ver mi camino errante, como condenado a ciertos trabajos, a fin de que el oráculo fuera irrefutable para mí. En efecto, tras los políticos me encaminé hacia los poetas, los de tragedias, los de ditirambos y los demás, en la idea de que allí me encontraría manifiestamente más ignorante que aquéllos. Así pues, tomando los poemas suyos que me parecían mejor realizados, les iba preguntando qué querían decir, para, al mismo tiempo, aprender yo también algo de ellos. Pues bien, me resisto por vergüenza a deciros la verdad, atenienses. Sin embargo, hay que decirla. Por así decir, casi todos los presentes podían hablar mejor que ellos sobre los poemas que ellos habían compuesto. Así pues, también respecto a los poetas me di cuenta, en poco tiempo, de que no hacían por sabiduría lo que hacían, sino por ciertas dotes naturales y en estado de inspiración como los adivinos y los que recitan los oráculos. En efecto, también éstos dicen muchas cosas hermosas, pero no saben nada de lo que dicen. Una inspiración semejante me pareció a mí que experimentaban también los poetas, y al mismo tiempo me di cuenta de que ellos, a causa de la poesía, creían también ser sabios respecto a las demás cosas sobre las que no lo eran. Así pues, me alejé también de allí creyendo que les superaba en lo mismo que a los políticos.

En último lugar, me encaminé hacia los artesanos. Era consciente de que yo, por así decirlo, no sabía nada, en cambio estaba seguro de que encontraría a éstos con muchos y bellos conocimientos. Y en esto no me equivoqué, pues sabían cosas que yo no sabía y, en ello, eran más sabios que yo. Pero, atenienses, me pareció a mí que también los buenos artesanos incurrieran en el mismo error que los poetas: por el hecho de que realizaban adecuadamente su arte, cada uno de ellos estimaba que era muy sabio también respecto a las demás cosas, incluso las más importantes, y ese error velaba su sabiduría. De modo que me preguntaba yo mismo, en nombre del oráculo, si preferiría estar así, como estoy, no siendo sabio en la sabiduría de aquellos ni ignorante en su ignorancia o tener estas dos cosas que ellos tienen. Así pues, me contesté a mí mismo y al oráculo que era ventajoso para mí estar como estoy.

A causa de esta investigación, atenienses, me he creado muchas enemistades, muy duras y pesadas, de tal modo que de ellas han surgido muchas tergiversaciones y el renombre éste de que soy sabio. En efecto, en cada ocasión los presentes creen que yo soy sabio respecto a aquello que refuto a otro. Es probable, atenienses, que el dios sea en realidad sabio y que, en este oráculo, diga que la sabiduría humana es digna de poco o de nada. Y parece que éste habla de Sócrates -se sirve de mi nombre poniéndome como ejemplo, como si dijera: «Es el más sabio, el que, de entre vosotros, hombres, conoce, como Sócrates, que en verdad es digno de nada respecto a la sabiduría.» Así pues, incluso ahora, voy de un lado a otro investigando y averiguando en el sentido del dios, si creo que alguno de los ciudadanos o de los forasteros es sabio. Y cuando me parece que no lo es, prestando mi auxilio al dios, le demuestro que no es sabio. Por esa ocupación no he tenido tiempo de realizar ningún asunto de la ciudad digno de citar ni tampoco mío particular, sino que me encuentro en gran pobreza a causa del servicio del dios.



Se añade, a esto, que los jóvenes. que me acompañan espontáneamente - los que disponen de más tiempo, los hijos de los más ricos- se divierten oyéndome examinar a los hombres y, con frecuencia, me imitan e intentan examinar a otros, y, naturalmente, encuentran, creo yo, gran cantidad de hombres que creen saber algo pero que saben poco o nada. En consecuencia, los examinados por ellos se irritan conmigo, y no consigo mismos, y dicen que un tal Sócrates es malvado y corrompe a los jóvenes. Cuando alguien les pregunta qué hace y qué enseña, no pueden decir nada, lo ignoran; pero, para no dar la impresión de que están confusos, dicen lo que es usual contra todos los que filosofan, es decir: «las cosas del cielo y lo que está bajo la tierra», «no creer en los dioses» y «hacer más fuerte el argumento más débil». Pues creo que no desearían decir la verdad, a saber, que resulta evidente que están simulando saber sin saber nada. Y como son, pienso yo, susceptibles y vehementes y numerosos, y como, además, hablan de mí apasionada y persuasivamente, os han llenado los oídos calumniándome violentamente desde hace mucho tiempo. Como consecuencia de esto me han acusado Meleto, Ánito y Licón; Meleto, irritado en nombre de los poetas; Anito, en el de los demiurgos y de los políticos, y Licón, en el de los oradores. De manera que, como decía yo al principio, me causaría extrañeza que yo fuera capaz de arrancar de vosotros, en tan escaso tiempo, esta falsa imagen que ha tomado tanto cuerpo. Ahí tenéis, atenienses, la verdad y os estoy hablando sin ocultar nada, ni grande ni pequeño, y sin tomar precauciones en lo que digo. Sin embargo, sé casi con certeza que con estas palabras me consigo enemistades, lo cual es también una prueba de que digo la verdad, y que es ésta la mala fama mía y que éstas son sus causas.



Referències

<http://www.chss.montclair.edu/english/furr/socrates/> [anglès]

<http://www.filosofia.org/zgo/hf2/hf21055.htm>

<http://www.vianetworks.es/empresas/lu911/html/apologia.html> [Textcompleert online]

<http://www.vianetworks.es/empresas/lu911/html/filosoc.html>

<http://aparterei.com/socrates.htm>



TEMA 3. LA INVENCION DE LA MODERNIDAD

Texto de la condena del *Emilio* de Rousseau³

"El autor parte de una epístola paulina para advertir contra los tiempos peligrosos en que los hombres se amarán a sí mismos más que a Dios. Blasfemia, impiedad, amor al placer, corrupción, falta de fe: en todo ello, el concepto dominante es el de **orgullo**. El autor –dice el Mandement, "pretende descargar a la humanidad de su deshonoroso yugo, refiriéndose al yugo del pecado original. Afirma que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre buenos, que no hay perversidad en el corazón humano. Representa el más radical desacuerdo con el cristianismo, y evidencian el espíritu de rebelión e independencia del hombre, la perversidad aguda que rechaza someterse a la autoridad de Dios. Lo que el señor ha escrito en el corazón de los hombres no la rebelión y la autonomía sino la sumisión. La religión lleva al hombre a las puertas

de la revelación, a la humilde aceptación del misterio y al reconocimiento de la maldad del corazón, de la debilidad y la corrupción de nuestra raza humana, basada en la historia de la lastimosa caída de nuestros primeros padres".



³ *Mandement de Monseigneur l'Archevêque de Paris portant condamnation d'un livre qui a pour titre Émile...*, fuente : GAY, P., *The Enlightenment*, London, Norton & Company, 1997. [trad. es., Rafael Sartorio]



A. Muñoz Molina, “Ilustración: Mi palabra favorita”⁴

Ilustración es mi palabra preferida, por el tiempo histórico al que alude y por el concepto en sí al que se refiere. Me gusta a la Ilustración porque es el tiempo en que por primera vez se define los principios que han hecho algo más habitable el mundo, la época de la irreverencia intelectual frente a los poderes fósiles de la Iglesia, la monarquía y el feudalismo, cuando se empieza a afirmar que nada de lo establecido lo es por naturaleza, que las circunstancias y las ideas son construidas por la acción humana y pueden ser modificadas por ella. De este impulsó proceder de lo mejor que tenemos ahora: las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que fueron enunciadas por la Revolución Francesa y que constituyen todavía el mejor programa político

Ilustración significa también una cierta actitud ante la vida y las cosas: la voluntad no de ser, sino de hacerse; la conciencia de que todo, hasta lo que parece más trivial, es el resultado del aprendizaje y del empeño; de que el saber es la mejor defensa de la libertad, y de que no hay ni debe haber fronteras entre los seres humanos. Está de moda decir que los principios de la Ilustración han sido superados: cuando uno ve que a la gente todavía le siguen matando en nombre de religiones o de razas, y que en una gran parte del mundo los niños siguen trabajando como esclavos y las mujeres permanecen encerradas tras verlos y prohibiciones, se ve claro que no hay mucha más esperanza que la Ilustración



⁴ Antonio Muñoz Molina, *El País*, 12/13/2002



TEMA 4. PENSAR ES UNA AVENTURA

Epicuro, *Carta a Meneceo*⁵



EPICURO

LETTERA SULLA FELICITA' (A MENECEO)

Epicuro a Meneceo, salud.

Nadie por ser joven dude en filosofar ni por ser viejo de filosofar se hastíe. Pues nadie es joven o viejo para la salud de su alma. El que dice que aún no es edad de filosofar o que la edad ya pasó es como el que dice que aún no ha llegado o que ya pasó el momento oportuno para la felicidad. De modo que deben filosofar tanto el joven como el viejo. Este para que, aunque viejo, rejuvenezca en bienes por el-recuerdo gozoso del pasado, aquél para que sea joven y viejo a un tiempo por su impavidez ante el futuro. Necesario es, pues, meditar lo que procura la felicidad, si cuando está presente todo lo tenemos y, cuando nos falta, todo lo hacemos por poseerla.

Tú medita y pon en práctica los principios que siempre te he aconsejado, teniendo presente que son elementos indispensables de una vida feliz. Considera en primer lugar a la divinidad como un ser viviente incorruptible y feliz, según la ha grabado en nosotros la común noción de lo divino, y nada le atribuyas ajeno a la inmortalidad o impropio de la felicidad. Respecto a ella, por el contrario, opina todo lo que sea susceptible de preservar, con su incorruptibilidad, su felicidad. Los dioses ciertamente existen, pues es el conocimiento que de ellos tenemos es evidente. No son, sin embargo, tal como los considera el vulgo porque no los mantiene tal como los percibe. Y no es impío quien suprime los dioses del vulgo, sino quien atribuye a los dioses las opiniones del vulgo, pues no son prenociones sino falsas suposiciones los juicios del vulgo sobre los dioses. De ahí que de los dioses provengan los más grandes daños y ventajas; en efecto, aquellos que en todo momento están familiarizados con sus propias virtudes, acogen a los que les son semejantes, considerando como extraño lo que les es discordante.

Acostúmbrate a pensar que la muerte nada es para nosotros, porque todo bien y todo mal residen en la sensación y la muerte es privación de los sentidos. Por lo cual el recto conocimiento de que la muerte nada es para nosotros hace dichosa la mortalidad de la vida, no porque añada una temporalidad infinita sino porque elimina el ansia de inmortalidad. Nada temible hay, en efecto, en el vivir para quien ha comprendido realmente que nada temible hay en el no vivir. De suerte que es necio quien dice temer la muerte, no porque cuando se presente haga sufrir, sino porque hace sufrir en su demora. En efecto, aquello que con su presencia no perturba, en vano aflige con su espera. Así pues, el más terrible de los males, la muerte, nada es para nosotros, porque cuando nosotros somos,

⁵ (D. L., *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, X, 122-135). [trad., Rafael Sartorio]



la muerte no está presente y, cuando la muerte está presente, entonces ya no somos nosotros. En nada afecta, pues, ni a los vivos ni a los muertos, porque para aquellos no está y éstos ya no son. Pero la mayoría unas veces huye de la muerte como del mayor mal y otras veces la prefiere como descanso de las miserias de la vida. El sabio, por el contrario, ni rehúsa la vida ni le teme a la muerte; pues ni el vivir es para él una carga ni considera que es un mal el no vivir. Y del mismo modo que del alimento no elige_ _cada vez el más abundante sino el más -agradable, así también del tiempo, no del más duradero, sino del más agradable disfruta. Quien recomienda al joven vivir bien y al viejo morir bien es necio no sólo por lo agradable de la vida, sino también por ser el mismo el cuidado del bien vivir y del bien morir. Mucho peor aún quien dice tener la absoluta esperanza de que lo sea ni desesperar de que del todo no lo sea.

Y hay que considerar que de los deseos unos son naturales, otros vanos; y de los naturales unos son necesarios, otros sólo naturales; y de los necesarios unos lo son para la felicidad, otros para el bienestar del cuerpo, otros para la vida misma.

Un recto conocimiento de estos deseos sabe, en efecto, supeditar toda elección o rechazo a la salud del cuerpo y a la serenidad del alma, porque esto es la culminación de la vida feliz. En razón de esto todo lo hacemos -para no tener dolor en el cuerpo ni turbación en el alma-. Una vez lo hayamos conseguido, cualquier tempestad del alma amainará, no teniendo el ser viviente que encaminar sus pasos hacia alguna cosa de la que carece ni buscar ninguna otra cosa con la que colmar el bien del alma y del cuerpo. Pues entonces tenemos necesidad del placer, cuando sufrimos por su ausencia, pero cuando no sufrimos ya no necesitamos del placer. Y por esto decimos que el placer es principio y culminación de la vida feliz.

Al placer, en efecto, reconocemos como el bien primero, a nosotros connatural, de él partimos para toda elección y rechazo y a él llegamos, juzgando todo bien con la sensación como norma. Y como éste es el bien primero y connatural, precisamente por ello no elegimos todos los placeres, sino que hay ocasiones en que soslayamos muchos, cuando de ellos se sigue para nosotros una molestia mayor.

También muchos dolores estimamos preferibles a los placeres cuando, tras largo tiempo de sufrirlos, nos acompaña mayor placer. Ciertamente todo placer es un bien por su conformidad con la naturaleza y, sin embargo, no todo placer es elegible, así como también todo dolor es un mal, pero no todo dolor siempre debe evitarse. Conviene juzgar todas estas cosas con el cálculo y la consideración de lo útil y de lo conveniente, porque en algunas circunstancias nos servimos del bien como de un mal y, viceversa, del mal como de un bien.

También a la autosuficiencia la consideramos un gran bien, no para que siempre nos sirvamos de poco sino para que, si no tenemos mucho, nos contentemos con poco, auténticamente convencidos de que más agradablemente gozan de la abundancia quienes menos tienen necesidad de ella y de que todo lo natural es fácilmente procurable y lo vano difícil de obtener. Además los alimentos sencillos proporcionan igual placer que una comida excelente, una vez que se elimina del todo el dolor de la necesidad, y pan y agua procuran el máximo placer cuando los consume alguien que los necesita. Acostumbrarse a comidas sencillas y sobrias proporciona salud, hace al hombre solícito en las ocupaciones necesarias de la vida, nos dispone mejor cuando alguna que otra vez accedemos_ a alimentos exquisitos y nos hace impávidos ante el azar.



TEMA 5. UTILIDAD DE LA FILOSOFÍA

William Buttler Yeats, "Sobre la utilidad"⁶

Tres clases de hombres han creado todo lo bello. Los aristócratas han creado los buenos modales, porque su posición en el mundo los coloca por encima del miedo a la vida; los campesinos han creado bellas historias y creencias, porque no tenían nada que perder y por tanto no tienen miedo; y los artistas han creado todo lo demás porque la Providencia los ha henchido de despreocupación. Todos se remiten a una larga tradición, pues, careciendo de miedo, han permanecido unidos a lo que les parecía.

Los otros, siempre inquietos, han llegado a poseer poca cosa que sea buena en sí, y no paran de ir de un objeto a otro, porque todo lo que hacen o poseen debe ser un medio con vistas a un fin; y tan poco creen que algo pueda ser un fin en sí que no entienden cuando se les dice: "**Lo más precioso es**

lo más inútil". Prefieren el tallo a la flor; creen que la pintura y la poesía sirven para instruir; que el amor existe para que haya niños, y los teatros para que los hombres atareados puedan descansar, y las vacaciones para que los hombres atareados puedan seguir estándolo. En toda ocasión temen y aun odian a lo que tiene valor en sí: pues este valor puede de golpe, como una hoguera, consumir su Libro de Vida, en el que el mundo está representado por cifras y símbolos; y por encima de todo, temen a la alegría irreverente y al dolor inútil. Les parece que los que han sido liberados por su posición social, por la pobreza o por las tradiciones del arte tienen en sí algo terrible, una luz insoportable a la mirada. Mucho se quejan de este mandamiento según el cual podemos hacer todo lo que queramos a condición de hacerlo con alegría.

⁶ *Poesía y tradición*, 1907 (Trad. esp., R. Sartorio)



Fernando Pessoa, *Metafísica*⁷

Bastante metafísica hay en no pensar en nada,
 ¿Lo que pienso del mundo?
 ¿Sé yo lo que pienso del mundo?
 Si me enfermase, pensaría.

¿Que idea tengo de las cosas?
 ¿Que opinión sobre las causas y los efectos?
 ¿He meditado sobre Dios y el alma
 Y sobre la creación del mundo?
 No sé. Para mí pensar en esto es cerrar los ojos
 Y no pensar. Y correr las cortinas
 De mi ventana (que no tiene cortinas).

¿El misterio de las cosas? ¿Se yo lo que es misterio?
 El único misterio es que alguien piense en el misterio.
 Aquel que está al sol y cierra los ojos
 Comienza a no saber lo que es el sol
 No puede ya pensar en nada
 Porque la luz del sol vale mas que los pensamientos
 De todos los filósofos y todos los poetas.
 La luz del sol no sabe lo que hace
 Y por eso no yerra y es común y buena.

¿Metafísica? ¿Que metafísica tienen estos árboles?
 La de ser verdes y copudos y echar ramas
 Y dar frutos a su hora -nada que nos haga pensar,
 A nosotros, que no podemos dar por ellos.
 ¿Que metafísica mejor que la suya,
 No saber para que viven
 Ni saber que no lo sabes?

"Constitución íntima de las cosas...
 "Sentido íntimo del universo...
 Todo esto es falso, todo esto no quiere decir nada.
 Es increíble que pueda pensarse así.
 Es como pensar en razones y fines
 Mientras reluce al comenzar la mañana
 Y al flanco de los árboles la sombra
 Va perdiéndose en un oro vago y lustroso.

Pensar en el sentido último de las cosas
 Es aumentarlo, como cavilar sobre la salud
 O llevar un vaso de agua a la fuente.



⁷ PESSOA. F., *Antología*. Periolibros, 1994



El único sentido íntimo de las cosas es que no tienen sentido íntimo alguno.

No creo en Dios por que nunca lo he visto.
Si quisiera él que yo creyese en él
Sin duda vendría a hablar conmigo,
Empujaría la puerta y entraría
Diciéndome ¡Aquí estoy!

(Tal vez esto suene ridículo
Para aquel que, por no saber lo que es mirar las cosas
No comprende al que habla de ellas
Con el modo de hablar que enseña el verlas de verdad.)

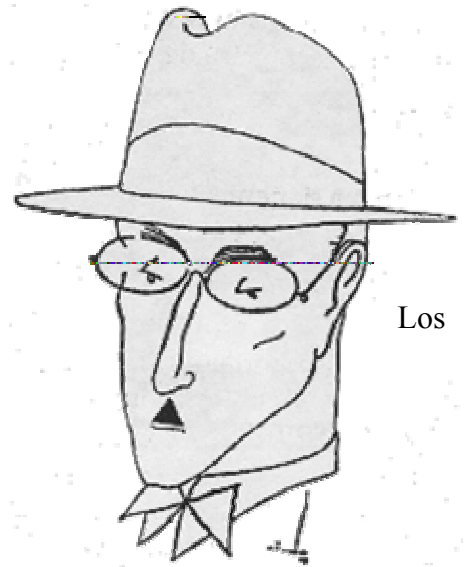
Si Dios es las flores y los árboles,
Los montes, el sol y el claro de luna,
Entonces creo en él,
Creo en él a todas horas,
Toda mi vida es oración y misa,
Una comunión con los ojos y los oídos.

Pero si Dios es los árboles y las flores,
montes, la luna, el sol,
¿Para que lo llamo Dios?
Lo llamo flores, árboles, monte, luna, sol.

Si él se ha hecho, para que yo lo vea,
Sol y luna y árboles y montes,
Si él se me presenta como árbol y monte
Y claro de luna y sol y flor,
Es por que quiere que yo lo conozca
Como árbol, monte, luna, sol, flor.
Y yo lo obedezco

(¿Sé más de Dios que Dios de sí mismo?)
Lo obedezco viviendo espontáneamente,
Como uno que abre los ojos y ve,
Y lo llamo luna y sol y flores y árboles y montes
Y lo llamo sin pensar en él
Y lo pienso con los ojos y los oídos
Y ando con él a todas horas.

El misterio de las cosas, Dónde está?
Si apareciese, al menos,
Para mostrarnos que es misterio
Qué sabe de esto el río, qué sabe el árbol?
Y yo, que no soy más, qué se yo?
Siempre que veo las cosas
Y pienso en lo que los hombres piensan de ellas,
Río con el fresco sonido del río sobre la piedra.



Los



El único sentido de las cosas
Es no tener sentido oculto.
Más raro que todas las rarezas,
Más que los sueños de los poetas
Y los pensamientos de los filósofos,
Es que las cosas sean realmente lo que parecen ser
Y que no haya nada que comprender.

Sí, eso es lo único que aprendieron solos mis sentidos:
Las cosas no tienen significación, tienen existencia.
Las cosas son el único sentido oculto de las cosas.

Todos los días descubro
La espantosa realidad de las cosas:
Cada cosa es lo que es.
Que difícil es decir esto y decir
Cuanto me alegra y me basta.
Para ser completo existir es suficiente.



A veces miro una piedra.
No pienso que ella siente,
No me empeño en llamarla hermana.
Me gusta por ser piedra,
Me gusta porque no siente,
Me gusta porque no tiene parentesco conmigo.

Otras veces oigo pasar el viento:
Vale la pena haber nacido
Sólo por oír pasar el viento.

No se que pensarán los otros al leer esto
Creo que ha de ser bueno porque lo pienso sin esfuerzo
Lo pienso sin pensar que otros me oyen pensar,
Lo pienso sin pensamientos,
Lo digo como lo dicen las palabras.

Una vez me llamaron poeta materialista.
Y yo me sorprendí: nunca había pensado
Que pudiesen darme este o aquel nombre.
Ni siquiera soy poeta: veo.



TEMA 6. NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA: CONOCIMIENTO ORDINARIO, CIENTÍFICO Y FILOSÓFICO

S. Eddington, “La naturaleza del mundo físico”⁸

Tengo frente a mí dos mesas. Con una de ellas estoy familiarizado desde mis primeros años. Tiene extensión; es relativamente permanente; tiene color...; fundamentalmente, es sustancial. La mesa número dos es mi mesa científica. Ella es, más que nada, vacío. Diseminadas aquí y allá en ese vacío hay numerosas cargas eléctricas precipitándose a gran velocidad; pero todo su volumen representa menos de una billonésima del volumen de la mesa. Sin embargo, la mesa sostiene el papel en que escribo de un modo tan satisfactorio como la mesa número uno; porque, cuando dejo el papel sobre ella, las pequeñas partículas eléctricas, con su temeraria velocidad, siguen actuando por debajo, de tal modo que el papel se mantiene como suspendido en el aire a un nivel casi constante. Hay una enorme diferencia entre que el papel que tengo delante esté posado como sobre un enjambre de moscas y que se sostenga porque bajo él hay sustancia, dado que la naturaleza intrínseca de la sustancia es ocupar espacio con exclusión de cualquier otra sustancia. Ni que decir tiene que la física moderna me ha enseñado, con pruebas exquisitas y con una lógica despiadada, que mi segunda mesa, la mesa científica, es la única que en realidad está allí... ni que decir tiene, por otra parte, que la física moderna no conseguirá nunca extirpar esa primera mesa - extraño compuesto de naturaleza externa, imaginación mental y prejuicio heredado - cuando se presenta visible a mis ojos y tangible a mis manos.



⁸ in Hempel, Carl G., *Filosofía de la ciencia natural*, Alianza Universidad, Madrid, 1977, págs. 117/8



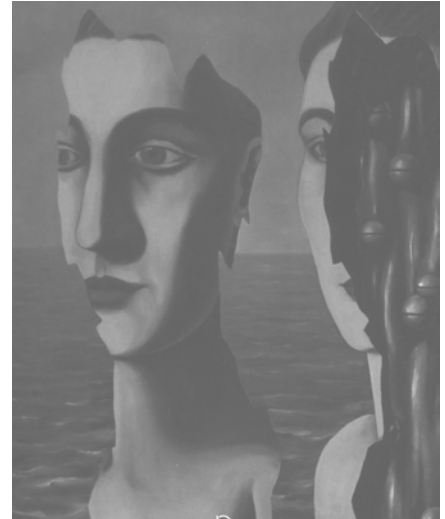
S. Freud, “lo inconsciente: Enfermedad mental e hipnosis”⁹

Llamaremos, pues, «consciente» a la representación que se halla presente en nuestra conciencia y es objeto de nuestra autopercepción, y éste será por ahora el único y estricto sentido que atribuiremos a la expresión discutida. En cambio, denominaremos «inconsciente» a aquellas representaciones latentes de las que tenemos algún fundamento para sospechar que se hallan contenidas en la vida anímica, como sucedía en la memoria.

Una representación inconsciente será entonces una representación que no percibimos, pero cuya existencia estamos, sin embargo, prontos a afirmar, basándonos en indicios y pruebas de otro orden.

Esta labor podría ser considerada como puramente descriptiva o clasificadora si para formar nuestro juicio no dispusiéramos de otros datos que los hechos de la memoria o los de la asociación a través de elementos intermedios inconscientes. Pero el conocido experimento de la «asociación posthipnótica» nos demuestra la extraordinaria importancia de la distinción entre *consciente* e *inconsciente* y parece aumentar su valor.

Este experimento, tal y como lo realizaba Bernheim, consiste en sumir a una persona en estado hipnótico, y hallándose así bajo la influencia del médico, ordenarle la ejecución de cierto acto en determinado momento ulterior (por ejemplo, media hora después), despertándola luego de transmitirle la orden. Al despertar, parece el sujeto haber vuelto totalmente a la conciencia y a su sentido habitual, sin que conserve recuerdo alguno del estado hipnótico, no obstante lo cual, en el momento fijado surge en él el impulso a ejecutar el acto prescrito, que es realizado con plena conciencia, aunque sin saber por qué. Para describir este fenómeno habremos de decir que el propósito existe en forma *latente o inconsciente* en el ánimo del sujeto hasta el instante prefijado, llegado el cual pasa a hacerse consciente. Pero lo que en tal momento surge en la conciencia no es el propósito en su totalidad, sino tan sólo la representación del acto que de ejecutar se trata. Las demás ideas asociadas con esta representación -la orden, la influencia del médico y el recuerdo del estado hipnótico- permanecen todavía inconscientes.



Pero aún nos ofrece este experimento otras enseñanzas. Nos lleva, de una concepción puramente descriptiva del fenómeno, a una concepción *dinámica*. La idea del acto prescrito durante la hipnosis no se limita a devenir en un momento dado objeto de la conciencia, sino que se hace *eficaz*, circunstancia ésta la más singular de los hechos. Pasa a convertirse en acto en cuanto la conciencia advierte su presencia. Dado que el verdadero impulso a la acción es la orden del médico, no podemos por menos de suponer que también la idea de esta prescripción ha llegado a hacerse *eficaz*.

Sin embargo, esta última idea no es acogida en la conciencia, como sucede con la idea del acto de ella derivada, sino que permanece inconsciente, siendo así, a un mismo tiempo, *eficaz* e *inconsciente*.

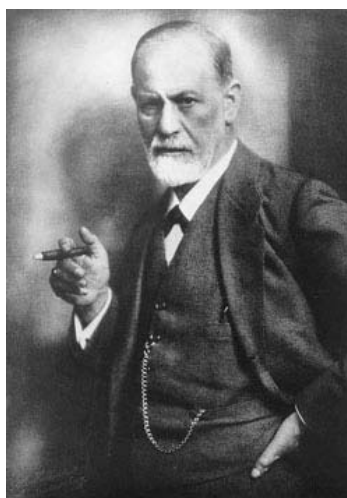
La sugestión posthipnótica es un producto de laboratorio, un hecho artificialmente provocado. Pero si aceptamos la teoría de los fenómenos histéricos, iniciada por P. Janet y desarrollada por Breuer y por mí, se nos ofrece una multitud de hechos naturales que muestran todavía más clara y precisamente el carácter psicológico de la sugestión posthipnótica.

⁹ FREUD, Sigmund, “Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente en el Psicoanálisis”, *apud* *Textos fundamentales del psicoanálisis*, Madrid, Altaya, 2001 [ed. or., 1912] (pp. 177-185).



La vida anímica de los pacientes histéricos se nos muestra llena de ideas eficaces, pero inconscientes. De ellas proceden todos los síntomas. El carácter más singular del estado anímico histérico es, en efecto, el dominio de las representaciones inconscientes. Los vómitos de una paciente histérica pueden ser una consecuencia de su idea de que se halla encinta. Sin embargo, la sujeto no tiene conocimiento alguno de tal idea, aunque no sea difícil descubrirla en su vida anímica y hacerla emerger en su conciencia por uno de los procedimientos técnicos del psicoanálisis. Cuando se entrega a las convulsiones y gesticulaciones que constituyen su «ataque», no se representa siquiera conscientemente los actos que se propone, y observa quizá tales manifestaciones con los sentimientos de un espectador indiferente, no obstante lo cual puede el análisis demostrar que desempeña su papel en la reproducción dramática de una escena de su vida cuyo recuerdo es inconscientemente eficaz durante el ataque. El análisis descubre este mismo predominio de ideas inconscientes eficaces como el elemento esencial de la psicología de todas las demás formas de neurosis.

Nos enseña, pues, el análisis de los fenómenos neuróticos que una idea latente o inconsciente no es necesariamente débil y que la presencia de tal idea en la vida anímica es susceptible de pruebas indirectas indiscutibles, de un valor casi idéntico a la prueba directa suministrada por la conciencia. Nos sentimos así autorizados a acordar nuestra clasificación con este aumento de nuestros conocimientos, introduciendo una diferenciación fundamental de las ideas latentes e inconscientes. Estábamos acostumbrados a pensar que toda idea latente lo era a consecuencia de su debilidad y se hacía consciente en cuanto adquiría fuerza. Mas ahora hemos llegado a la convicción de que existen ciertas ideas latentes que no penetran en la conciencia por fuertes que sean. Así, pues, denominaremos preconcientes a las ideas latentes del primer grupo y reservaremos el calificativo de inconscientes (en su sentido propio) para las del segundo, que son las que hemos observado en las neurosis. La expresión, inconsciente, que hasta aquí no hemos utilizado sino en sentido descriptivo, recibe ahora una significación más amplia. No designa ya tan sólo ideas latentes en general, sino especialmente las que presentan un determinado carácter dinámico; esto es, aquellas que, a pesar de su intensidad y eficacia, se mantienen lejos de la conciencia.





Platón, “El mito de la caverna”¹⁰

I. -Y a continuación -segui- compara con la siguiente escena el estado en que, con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza. Imagina una especie de cavernosa vivienda subterránea provista de una larga entrada, abierta a la luz, que se extiende a lo ancho de toda la caverna y unos hombres que están en ella desde niños, atados por las piernas y el cuello de modo que tengan que estarse quietos y mirar únicamente hacia adelante, pues las ligaduras les impiden volver la cabeza; detrás de ellos, la luz de un fuego que arde algo lejos y en plano superior, y entre el fuego y los encadenados, un camino situado en alto; y a lo largo del camino suponte que ha sido construido un tabiquillo parecido a las mamparas que se alzan entre los titiriteros y el público, por encima de las cuales exhiben aquéllos sus maravillas.

-Ya lo veo -dijo.

-Pues bien, contempla ahora, a lo largo de esa paredilla, unos hombres que transportan toda clase de objetos cuya altura sobrepasa la de la pared, y estatuas de hombres o animales hechas de piedra y de madera y de toda clase de materias; entre estos portadores habrá, como es natural, unos que vayan hablando y otros que estén callados.

-Qué extraña escena describes -dijo- y qué extraños pioneros!

-Iguales que nosotros -dije-, porque, en primer lugar ¿crees que los que están así han visto otra cosa de sí mismos o de sus compañeros sino las sombras proyectadas por el fuego sobre la parte de la caverna que está frente a ellos?

-¡Cómo -dijo-, si durante toda su vida han sido obligados a mantener inmóviles las cabezas?

-¿Y de los objetos transportados? ¿No habrán visto lo mismo?

-¿Qué otra cosa van a ver?

-Y, si pudieran hablar los unos con los otros, ¿no piensas que creerían estar refiriéndose a aquellas sombras que veían pasar ante ellos?

Forzosamente.

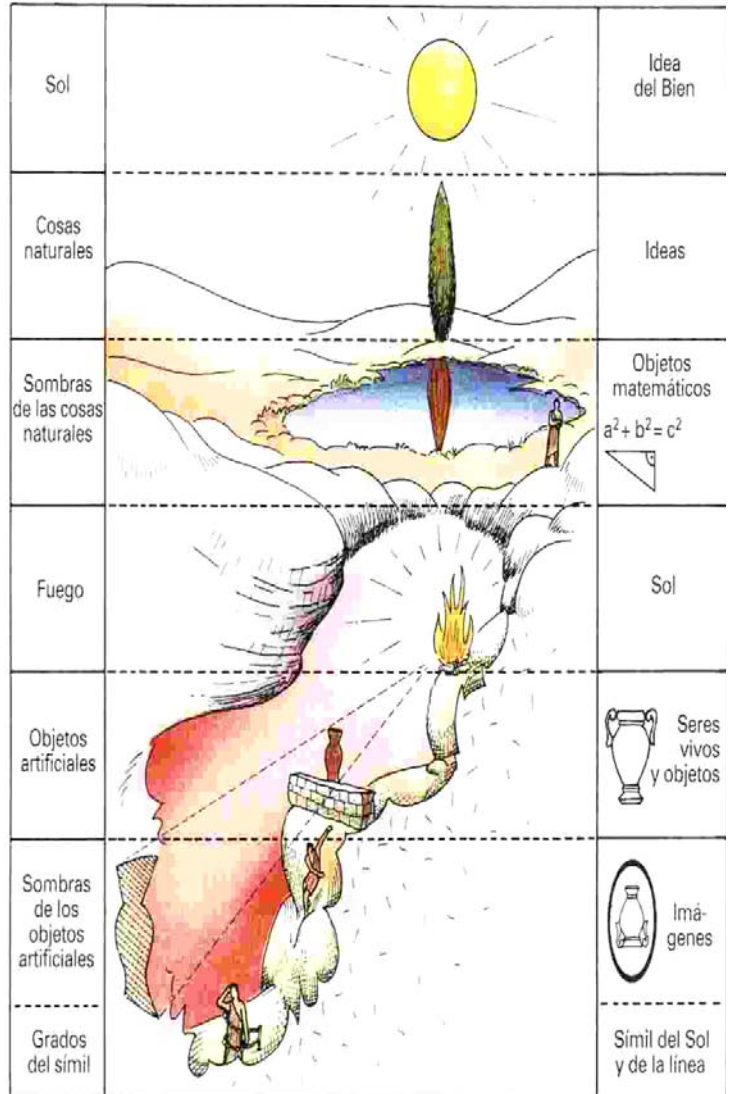
-¿Y si la prisión tuviese un eco que viniera de la parte de enfrente? ¿Piensas que, cada vez que hablara alguno de los que pasaban, creerían ellos que lo que hablaba era otra cosa sino la sombra que veían pasar?

-No, ¡por Zeus! -dijo.

-Entonces no hay duda -dije yo- de que los tales no tendrán por real ninguna otra cosa más que las sombras de los objetos fabricados.

-Es enteramente forzoso -dijo.

-Examina, pues -dije-, qué pasaría si fueran liberados de sus cadenas y curados de su ignorancia y si, conforme a naturaleza, les ocurriera lo siguiente. Cuando uno



A Alegoría de la caverna.

¹⁰ Platón, *República*, 514a-518b, Madrid, IEC, 1998.



de ellos fuera desatado y obligado a levantarse súbitamente y a volver el cuello y a andar y a mirar a la luz y cuando, al hacer todo esto, sintiera dolor y, por causa de las chiribitas, no fuera capaz de ver aquellos objetos cuyas sombras veía antes, ¿qué crees que contestaría si le dijera alguien que antes no veía más que sombras inanes y que es ahora cuando, hallándose más cerca de la realidad y vuelto de cara a objetos más reales, goza de una visión más verdadera, y si fuera mostrándole los objetos que pasan y obligándole a contestar a sus preguntas acerca de qué es cada uno de ellos? ¿No crees que estaría perplejo y que lo que antes había contemplado le parecería más verdadero que lo que entonces se le mostraba?

-Mucho más -dijo.

II. -Y, si se le obligara a fijar su vista en la luz misma, ¿no crees que le dolerían los ojos y que se escaparía volviéndose hacia aquellos objetos que puede contemplar, y que consideraría que éstos son realmente más claros que los que le muestran?

-Así es -dijo.

-Y, si se le llevaran de allí a la fuerza -dije-, obligándole a recorrer la áspera y escarpada subida, y no le dejaran antes de haberle arrastrado hasta la luz del sol, ¿no crees que sufriría y llevaría a mal el ser arrastrado y, una vez llegado a la luz, tendría los ojos tan llenos de ella que no sería capaz de ver ni una sola de las cosas a las que ahora llamamos verdaderas?

-No, no sería capaz -dijo-, al menos por el momento.

-Necesitaría acostumbrarse, creo yo, para poder llegar a ver las cosas de arriba. Lo que vería más fácilmente serían, ante todo, las sombras, luego, las imágenes de hombres y de otros objetos reflejados en las aguas, y más tarde, los objetos mismos. Y después de esto le sería más fácil el contemplar de noche las cosas del cielo y el cielo mismo, fijando su vista en la luz de las estrellas y la luna, que el ver de día el sol y lo que le es propio.

-¿Cómo no?

-Y por último, creo yo, sería el sol, pero no sus imágenes reflejadas en las aguas ni en otro lugar ajeno a él, sino el propio sol en su propio dominio y tal cual es en sí mismo, lo que él estaría en condiciones de mirar y contemplar.

-Necesariamente -dijo.

-Y, después de esto, colegiría ya con respecto al sol que es él quien produce las estaciones y los años y gobierna todo lo de la región visible y es, en cierto modo, el autor de todas aquellas cosas que ellos veían.

-Es evidente -dijo- que después de aquello vendría a pensar en eso otro.

-¿Y qué? Cuando se acordara de su anterior habitación y de la ciencia de allí y de sus antiguos compañeros de cárcel, ¿no crees que se consideraría feliz por haber cambiado y que les compadecería a ellos?

Efectivamente.

-Y, si hubiese habido entre ellos algunos honores o alabanzas o recompensas que concedieran los unos a aquellos otros que, por discernir con mayor penetración las sombras que pasaban y acordarse mejor de cuáles de entre ellas eran las que solían pasar delante o detrás o junto con otras, fuesen más capaces que nadie de profetizar, basados en ello, lo que iba a suceder, ¿crees que sentiría aquél nostalgia de estas cosas o que envidiaría a quienes gozaran de honores y poderes entre aquéllos, o bien que le ocurriría lo de Homero, es decir, que preferiría decididamente «ser sirvo en el campo de cualquier labrador sin caudal» o





sufrir cualquier otro destino antes que vivir en aquel mundo de lo opinable?

-Eso es lo que creo yo -dijo-: que preferiría cualquier otro destino antes que aquella vida.

-Ahora fijate en esto -dije-: si, vuelto el tal allá abajo, ocupase de nuevo el mismo asiento, ¿no crees que se le llenarían los ojos de tinieblas como a quien deja súbitamente la luz del sol?

-Ciertamente -dijo.

-Y, si tuviese que competir de nuevo con los que habían permanecido constantemente encadenados, opinando acerca de las sombras aquellas que, por no habersele asentado todavía los ojos, ve con dificultad -y no sería muy corto el tiempo que necesitara para acostumbrarse-, ¿no daría que reír y no se diría de él que, por haber subido arriba, ha vuelto con los ojos estropeados, y que no vale la pena ni aun de intentar una semejante ascensión? ¿Y no matarían, si encontraban manera de echarle mano y matarle, a quien intentara desatarles y hacerles subir?

-Claro que sí -dijo.

III. -Pues bien -dije-, esta imagen hay que aplicarla toda ella, ¡oh, amigo Glaucón!, a lo que se ha dicho antes; hay que comparar la región revelada por medio de la vista con la vivienda-prisión y la luz del fuego que hay en ella con el poder del sol. En cuanto a la subida al mundo de arriba y a la contemplación de las cosas de éste, si las comparas con la ascensión del alma hasta la región inteligible noerrarás con respecto a mi vislumbre, que es lo que tú deseas conocer y que sólo la divinidad sabe si por acaso está en lo cierto. En fin, he aquí lo que a mí me parece: en el mundo inteligible lo último que se percibe, y con trabajo, es la idea del bien, pero, una vez percibida, hay que colegir que ella es la causa de todo lo recto y lo bello que hay en todas las cosas, que, mientras en el mundo visible ha engendrado la luz y al soberano de ésta, en el inteligible es ella la soberana y productora de verdad y conocimiento, y que tiene por fuerza que verla quien quiera proceder sabiamente en su vida privada o pública.

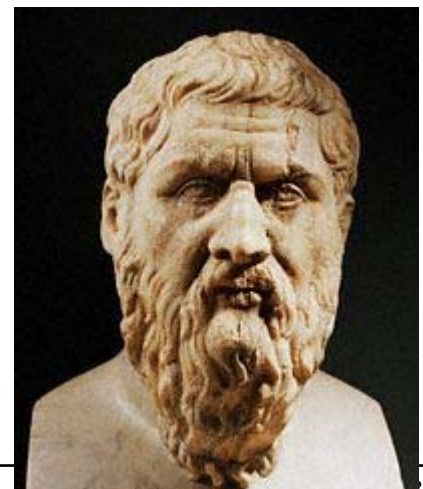
-También yo estoy de acuerdo -dijo-, en el grado en que puedo estarlo.

-Pues bien -dije-, dame también la razón en esto otro: no te extrañes de que los que han llegado a ese punto no quieran ocuparse en asuntos humanos; antes bien, sus almas tienden siempre a permanecer en las alturas, y es natural, creo yo, que así ocurra, al menos si también esto concuerda con la imagen de que se ha hablado.

-Es natural, desde luego -dijo.

-¿Y qué? ¿Crees -dije yo- que haya que extrañarse de que, al pasar un hombre de las contemplaciones divinas a las miserias humanas, se muestre torpe y sumamente ridículo cuando, viendo todavía mal y no hallándose aún suficientemente acostumbrado a las tinieblas que le rodean, se ve obligado a discutir, en los tribunales o en otro lugar cualquiera, acerca de las sombras de lo justo o de las imágenes de que son ellas reflejo y a contender acerca del modo en que interpretan estas cosas los que jamás han visto la justicia en sí?

-No es nada extraño -dijo.





-Antes bien -dije-, toda persona razonable debe recordar que son dos las maneras y dos las causas por las cuales se ofuscan los ojos: al pasar de la luz a la tiniebla y al pasar de la tiniebla a la luz. Y, una vez haya pensado que también le ocurre lo mismo al alma, no se reirá insensatamente cuando vea a alguna que, por estar ofuscada, no es capaz de discernir los objetos, sino que averiguará si es que, viniendo de una vida más luminosa, está cegada por falta de costumbre o si, al pasar de una mayor ignorancia a una mayor luz, se ha deslumbrado por el exceso de ésta; y así considerará dichosa a la primera alma, que de tal manera se conduce y vive, y compadecerá a la otra, o bien, si quiere reírse de ella, esa su risa será menos ridícula que si se burlara del alma que descende de la luz.

-Es muy razonable -asintió- lo que dices.



REFERÈNCIES

- <http://www.educa.rcanaria.es/usr/ibjoa/Filos/tema2.html>
- <http://www.lacavernadeplaton.com/>



TEMA 7. FUENTES DEL CONOCIMIENTO

Richard Dawkins, “Buenas y malas razones para creer”¹¹

(Carta de Richard Dawkins a su hija de 10 años)

Querida Juliet:

Ahora que has cumplido 10 años, quiero escribirte acerca de una cosa que para mi es muy importante. ¿Alguna vez te has preguntado cómo sabemos las cosas que sabemos? ¿Cómo sabemos, por ejemplo, que las estrellas que parecen pequeños alfilerazos en el cielo, son en realidad gigantescas bolas de fuego como el Sol, pero que están muy lejanas? ¿Y cómo sabemos que la Tierra es una bola más pequeña, que gira alrededor de esas estrellas, el Sol?

La respuesta a esas preguntas es "por la evidencia". A veces, "evidencia" significa literalmente ver (u oír, palpar, oler) que una cosa es cierta. Los astronautas se han alejado de la Tierra lo suficiente como para ver con sus propios ojos que es redonda. Otras veces, nuestros ojos necesitan ayuda. El "lucero del alba" parece un brillante centelleo en el cielo, pero con un telescopio podemos ver que se trata de una hermosa esfera: el planeta que llamamos Venus. Lo que aprendemos viéndolo directamente (u oyéndolo, palpándolo, etc.) se llama "observación".

Muchas veces, la evidencia no sólo es pura observación, pero siempre se basa en la observación. Cuando se ha cometido un asesinato, es corriente que nadie lo haya observado (excepto el asesino y la persona asesinada).



Pero los investigadores pueden reunir otras muchas observaciones, que en un conjunto señalen a un sospechoso concreto. Si las huellas dactilares de una persona coinciden con las encontradas en el puñal, eso demuestra que dicha persona lo tocó. No demuestra que cometiera el asesinato, pero además pueda ayudar a demostrarlo si existen otras muchas evidencias que apunten a la misma persona. A veces, un detective se pone a pensar en un montón de observaciones y de repente se da cuenta que todas encajan en su sitio y cobran sentido si suponemos que fue Fulano el que cometió el asesinato.

Los científicos -especialistas en descubrir lo que es cierto en el mundo y el Universo- trabajan muchas veces como detectives. Hacen una suposición (ellos la llaman hipótesis) de lo que podría ser cierto. Y a continuación se dicen: si esto fuera verdaderamente así, deberíamos observar tal y cual cosa. A esto se llama predicción. Por ejemplo si el mundo fuera verdaderamente redondo, podríamos predecir que un viajero que avance siempre en la misma dirección acabará por llegar al mismo punto del que partió. Cuando el médico dice que tienes sarampión, no es que te haya mirado y haya visto el sarampión. Su primera mirada le proporciona una hipótesis: podrías tener sarampión. Entonces, va y se dice: "Si de verdad tiene el sarampión, debería ver..." y empieza a repasar toda su lista de predicciones, comprobándolas con los ojos (¿tienes manchas?), con las manos (¿tiene caliente la frente?) y con los oídos (¿te suena el pecho como suena cuando se tiene el sarampión?).

Sólo entonces se decide a declarar "Diagnóstico que la niña tiene sarampión". A veces, los médicos necesitan realizar otras pruebas, como análisis de sangre o rayos x, para complementar las observaciones hechas con sus ojos, manos y oídos.

La manera en que los científicos utilizan la evidencia para aprender cosas del mundo es tan ingeniosa y complicada que no te la puedo explicar en una carta tan breve. Pero dejemos por ahora la

¹¹ DAWKINS, Richard, “Buenas y malas razones para creer”, in *Lectures on Philosophy of Science*, London, MacMillan, 2001 [Trad. esp., Rafael Sartorio]



evidencia, que es una buena razón para creer algo, porque quiero advertirte en contra de tres malas razones para creer cualquier cosa: se llaman "tradicición", "autoridad" y "revelación".

Empecemos por la tradición. Hace unos meses estuve en televisión, charlando con unos 50 niños. Estos niños invitados habían sido educados en diferentes religiones: había cristianos, judíos, musulmanes, hindúes, sijs... El presentador iba con el micrófono de niño en niño, preguntándoles lo que creían. Lo que los niños decían demuestra exactamente lo que yo entiendo por "tradicición". Sus creencias no tenían nada que ver con la evidencia. Se limitaban a repetir las creencias de sus padres y de sus abuelos, que tampoco estaban basadas en ninguna evidencia. Decían cosas como "los hindúes creemos tal y cual cosa", "los musulmanes creemos esto y lo otro", "los cristianos creemos otra cosa diferente".

Como es lógico, dado que cada uno creía cosas diferentes, era imposible que todos tuvieran razón. Por lo visto, al hombre del micrófono esto le parecía muy bien, y ni siquiera los animó a discutir sus diferencias. Pero no es esto lo que me interesa de momento. Lo que quiero es preguntar de dónde habían salido sus creencias. Habían salido de la tradición. La tradición es la trasmisión de creencias de los abuelos a los padres, de los padres a los hijos, y así sucesivamente. O mediante libros que se siguen leyendo durante siglos. Muchas veces, las creencias tradicionales se originan casi de la nada: es posible que alguien las inventará en algún momento, como tuvo que ocurrir con las ideas de Thor y Zeus; pero cuando se han transmitido durante unos cuantos siglos, el hecho mismo de que sean muy antiguas las convierte en especiales. La gente cree ciertas cosas sólo porque mucha gente ha creído lo mismo durante siglos. Eso es la tradición.



El problema con la tradición es que, por muy antigua que sea una historia, es igual de cierta o de falsa que cuando se inventó la idea original. Si te inventas una historia que no es verdad, no se hará más verdadera porque se trasmite durante siglos, por muchos siglos que sean. En Inglaterra, gran parte de la población ha sido bautizada en la Iglesia Anglicana, que no es más que una de las muchas ramas de la religión cristiana. Existen otras ramas, como la ortodoxa rusa, la católica romana y la metodista. Cada una cree cosas diferentes. La religión judía y la musulmana son un poco más diferentes, y también existen varias clases distintas de judíos y de musulmanes. La gente que cree una cosa está dispuesta a hacer la guerra contra los que creen cosas ligeramente distintas, de manera que se podrá pensar que tienen muy buenas razones -evidencias- para creer lo que creen. Pero lo cierto es que sus diferentes creencias se deben únicamente a diferentes tradiciones.

Vamos a hablar de una tradición concreta. Los católicos creen que María, la madre de Jesús, era tan especial que no murió, sino que fue elevada al cielo con su cuerpo físico. Otras tradiciones cristianas discrepan, diciendo que María murió como cualquier otra persona. Estas otras religiones no hablan mucho de María, ni la llaman "Reina del cielo", como hacen los católicos. La tradición que afirma que el cuerpo de María fue elevado al cielo no es muy antigua. La Biblia no dice nada de cómo o cuándo murió; de hecho, a la pobre mujer apenas se la menciona en la Biblia. Lo de que su



cuerpo fue elevado a los cielos no se inventó hasta unos seis siglos después de Cristo. Al principio, no era más que un cuento inventado, como Blancanieves o cualquier otro. Pero con el paso de los siglos se fue convirtiendo en una tradición y la gente empezó a tomársela en serio, sólo porque la historia se había ido transmitiendo a lo largo de muchas generaciones. Cuanto más antigua es una tradición, más en serio se la toma la gente. Y por fin, en tiempos muy recientes, se declaró que era una creencia oficial de la Iglesia Católica: esto ocurrió en 1950, cuando yo



tenía la edad que tienes tú ahora. Pero la historia no era más verídica en 1950 que cuando se inventó por primera vez, seiscientos años después de la muerte de María.

Al final de esta carta volveré a hablar de la tradición, para considerarla de una manera diferente.

Pero antes tengo que hablarte de la otras dos malas razones para creer una cosa: la autoridad y la revelación. La autoridad, como razón para creer algo, significa que hay que creer en ello porque alguien importante te dice que lo creas. En la Iglesia Católica, por ejemplo, la persona más importante es el Papa, y la gente cree que tiene que tener razón sólo porque es el Papa. En una de las ramas de la religión musulmana, las personas más importantes son unos ancianos barbudos llamados ayatolás. En nuestro país hay muchos musulmanes dispuestos a cometer asesinatos sólo porque los ayatolás de un país lejano les dicen que lo hagan.

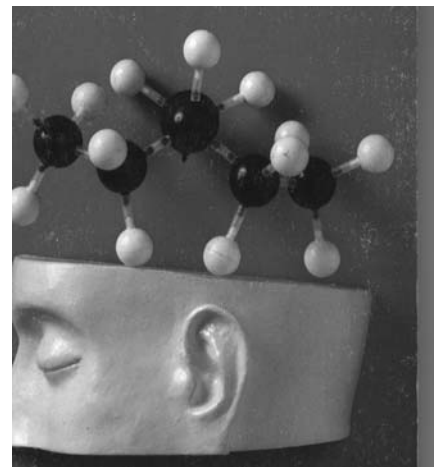
Cuando te decía que en 1950 se dijo por fin a los católicos que tenían que creer en la ascensión a los cielos del cuerpo de María, lo que quería decir es que en 1950 el Papa les dijo que tenían que creer en ello. Con eso bastaba. ¡El Papa decía que era verdad, luego tenía que ser verdad! Ahora bien, lo más probable es que, de todo lo que dijo el Papa a lo largo de su vida, algunas cosas fueron ciertas y otras no fueron ciertas. No existe ninguna razón válida para creer que todo lo que diga sólo porque es el Papa, del mismo modo que no tienes porque creer todo lo que te diga cualquier otra persona.

El Papa actual ha ordenado a sus seguidores que no limiten el número de sus hijos. Si la gente sigue su autoridad tan ciegamente como a él le gustaría, el resultado sería terrible: hambre, enfermedades y guerras provocadas por la sobrepoblación.

Por supuesto, también en la ciencia ocurre a veces que no hemos visto personalmente la evidencia, y tenemos que aceptar la palabra de alguien. Por ejemplo, yo no he visto con mis propios ojos ninguna prueba de que la luz avance a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, sin embargo, creo en los libros que me dicen la velocidad de la luz. Esto podría parecer "autoridad" pero en realidad es mucho mejor que la autoridad, porque la gente que escribió esos libros sí que había observado la evidencia, y cualquiera puede comprobar dicha evidencia siempre que lo desee. Esto resulta muy reconfortante. Pero ni siquiera los sacerdotes se atreven a decir que exista alguna evidencia de su historia acerca de la subida a los cielos del cuerpo de María.

La tercera mala razón para creer en las cosas se llama "revelación". Si en 1950 le hubieras podido preguntar al Papa cómo sabía que el cuerpo de María había ascendido al cielo, lo más probable es que te hubiera respondido que "se le había revelado". Lo que hizo fue encerrarse en su habitación y rezar pidiendo orientación. Había pensado y pensado, siempre sólo, y cada vez se sentía más convencido. Cuando las personas religiosas tienen la sensación interior de que una cosa es cierta, aunque no exista ninguna evidencia de que sea así, llaman a esa sensación "revelación". No sólo los Papas aseguran tener revelaciones. Las tienen montones de personas de todas las religiones, y es una de las principales razones por las que creen las cosas que creen. Pero ¿es una buena razón?

Supón que te digo que tu perro ha muerto. Te pondrías muy triste y probablemente me preguntarías: "¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo ha sucedido?" y supón que yo te respondo: "En realidad no sé que Pepe ha muerto. No tengo ninguna evidencia. Pero siento en mi interior la curiosa sensación de que ha muerto". Te enfadarías conmigo por haberte asustado, porque sabes que una "sensación" interior no es razón suficiente para creer que un lebrelo ha muerto. Hacen falta pruebas. Todos tenemos sensaciones interiores de vez en cuando, y a veces resulta que son acertadas y otras veces no lo son. Está claro que dos personas distintas pueden tener sensaciones contrarias, de modo que ¿cómo vamos a decidir cuál de las dos acierta? La única manera de asegurarse que un perro está muerto es verlo muerto, oír que





su corazón se ha parado, o que nos lo cuente alguien que haya visto u oído alguna evidencia real de que ha muerto.

A veces, la gente dice que hay que creer en las sensaciones internas, porque si no, nunca podrás confiar en cosas como "mi mujer me ama". Pero éste es un mal argumento. Puedes encontrar abundantes pruebas de que alguien te ama. Si estás con alguien que te quiere, durante todo el día estarás viendo y oyendo pequeños fragmentos de evidencia, que se van sumando. No se trata de una pura sensación interior, como la que los sacerdotes llaman revelación. Hay datos exteriores que confirman la sensación interior: miradas en los ojos, entonaciones cariñosas en la voz, pequeños favores y amabilidades; todo eso es autentica evidencia. A veces, una persona siente una fuerte sensación interior de que alguien la ama sin basarse en ninguna evidencia, y en estos casos lo más probable es que esté completamente equivocada. Existen personas con una firme convicción interior de que una famosa estrella de cine las ama, aunque en realidad la estrellan siquiera las conoce. Esta clase de personas tienen la mente enferma. Las sensaciones interiores tienen que estar respaldadas por evidencias; si no, no podemos fiarnos de ellas.

Las intuiciones resultan muy útiles en la ciencia, pero sólo para darte ideas que luego hay que poner a prueba buscando evidencias. Un científico puede tener una "corazonada" acerca de una idea que, de momento, sólo "le parece" acertada. En sí misma, ésta no es una buena razón para creer nada; pero sí que puede ser razón suficiente para dedicar algún tiempo a realizar un experimento concreto o buscar pruebas de una manera concreta. Los científicos utilizan constantemente sus sensaciones interiores para sacar ideas; pero estas ideas no valen nada si no se apoyan con evidencias.

Te prometí que volveríamos a lo de la tradición, para considerarla de una manera distinta. Me gustaría intentar explicar por qué la tradición es importante para nosotros. Todos los animales están contruidos (por el proceso que llamamos evolución) para sobrevivir en el lugar donde su especie vive habitualmente. Los leones están equipados para sobrevivir en las llanuras de África. Los cangrejos de río están contruidos para sobrevivir en agua salada. También las personas somos animales, y estamos contruidos para sobrevivir en un mundo lleno de... otras personas. La mayoría de nosotros no tienen que cazar su propia comida, como los leones y los bogavantes; se las compramos a otras personas, que a su vez se la compraron a otras.



Nadamos en un "mar de gente". Lo mismo que el pez necesita branquias para sobrevivir en el agua, la gente necesita cerebros para poder tratar con otra gente. El mar de está lleno de agua salada, pero el mar de gente está lleno de cosas difíciles de aprender. Como el idioma.

Tú hablas inglés, pero tu amiga Ann-Kathrin habla alemán. Cada una de vosotras habla el idioma que le permite hablar en su "mar de gente". El idioma se transmite por tradición. No existe otra manera. En Inglaterra, tu perro Pepe es *a dog*. En Alemania, es *ein Hund*. Ninguna de estas palabras es más correcta o más verdadera que la otra. Las dos se transmiten de manera muy simple. Para poder "nadar bien en su propio "mar de gente", los niños tienen que aprender el idioma de su país y otras muchas cosas acerca de su pueblo; y esto significa que tienen que absorber, como si fuera papel secante, una enorme cantidad de información tradicional (Recuerda que "información tradicional" significa, simplemente, cosas que se transmiten de abuelos a padres y de padres a hijos). El cerebro del niño tiene que absorber toda esta información tradicional, y no se puede esperar que el niño seleccione la información buena y útil, como las palabras del idioma, descartando la información falsa o estúpida, como creer en brujas, en diablos y en vírgenes inmortales. Es una pena, pero no se puede evitar que las cosas sean así. Como los niños tienen que absorber tanta información tradicional, es probable que tiendan a creer todo lo que los adultos les dicen, sea cierto o falso, tengan razón o no. Muchas cosas que los adultos les dicen son ciertas y se basan en evidencias, o, por lo menos en el



sentido común. Pero si les dicen algo que sea falso, estúpido o incluso maligno, ¿cómo pueden evitar que el niño se lo crea también? ¿Y que harán esos niños cuando lleguen a adultos? Pues seguro que contárselo a los niños de la siguiente generación. Y así, en cuanto la gente ha empezado a creerse una cosa -aunque sea completamente falsa y nunca existan razones para creérsela-, se puede seguir creyendo para siempre.

¿Podría ser esto lo que ha ocurrido con las religiones? Creer en uno o varios dioses, en el cielo, en la inmortalidad de María, en que Jesús no tuvo un padre humano, en que las oraciones son atendidas, en que el vino se transforma en sangre..., ninguna de estas creencias está respaldada por pruebas auténticas. Sin embargo, millones de personas las creen, posiblemente porque se les dijo que las creyeran cuando todavía eran suficientemente pequeñas como para creerse cualquier cosa.

Otros millones de personas creen en cosas diferentes, porque se les dijo que creyesen en ellas cuando eran niños. A los niños musulmanes se les dice cosas diferentes de las que se les dicen a los niños cristianos, y ambos grupos crecen absolutamente convencidos de que ellos tienen razón y los otros se equivocan.

Incluso entre los cristianos, los católicos creen cosas diferentes de las que creen los anglicanos, los episcopalianos, los shakers, los cuáqueros, los mormones o los holly rollers, y todos están absolutamente convencidos de que ellos tienen razón y los otros están equivocados. Creen cosas diferentes exactamente por las mismas razones por las que tú hablas inglés y tu amiga Ann-Kathrin habla alemán. Cada una de los dos idiomas es el idioma correcto en su país.

Pero de las religiones no se puede decir que cada una de ellas sea la correcta en su propio país, porque cada religión afirma cosas diferentes y contradice a las demás. María no puede estar viva en la católica Irlanda del Sur y muerta en la protestante Irlanda del Norte.

¿Qué se puede hacer con todo esto? A ti no te va a resultar fácil hacer nada, porque sólo tienes 10 años.

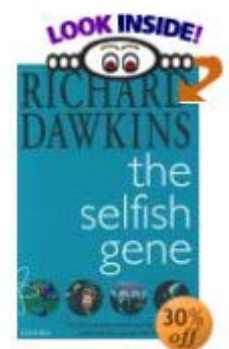
Pero podrías probar una cosa: la próxima vez que alguien te diga algo que parezca importante piensa para tus adentros: "¿Es ésta una de esas cosas que la gente suele creer basándose en evidencias? ¿O es una de esas cosas que la gente cree por la tradición, autoridad o revelación?" Y la próxima vez que alguien te diga que una cosa es verdad, prueba a preguntarle "¿Qué pruebas existen de ello?"

Y si no pueden darte una respuesta, espero que te lo pienses muy bien antes de creer una sola palabra de lo que te digan.

Te quiere,
Papá

Direccions escèptiques

<http://www.skeptictank.org/flist003.htm>





TEMA 8. VIAJE A GRECIA: PASO DEL MITO AL LÓGOS

Hesíodo, Cosmogonías prefilosóficas¹²

Comencemos nuestro canto por las Musas Heliconíadas, que habitan la montaña grande divina del helicón. Con sus pies delicados danzan en torno a una fuente de violáceos reflejos y al altar del muy poderoso Cronión. Después del lavar su piel suave en las aguas del perneso, en la fuente del Caballo, o en el divino olmeo, sorman bellos y deliciosos coros en la cumbre del helicón y se cimbrean vivamente sobre sus pies. Partiendo de allí, envueltas en densa niebla marchan al abrigo de la noche, lanzando al viento su maravillosa voz, con himnos a Zeus portador de la égida, a la augusta Hera argiva calzada con doradas sandalias, a la hija de Zeus, portador de la égida, Atenea de ojos glaucos, a febo Apolo y a la asaetadora Ártemis, a Posidón que abarca y sacude la tierra, a la venerable Temis, a Afrodita de ojos vivos, [a Hebe de áurea corona, a la bella Dione, a Eos, al alto Helios y a la brillante Selene,] a Leto, a Jápeto, a Cronos de retorcida mente, a Gea, al espacioso Océano, a la negra Noche y a la restante estirpe sagrada de sempiternos Inmortales.

Ellas precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto mientras apacentaba sus ovejas al pie del divino Helicón. Este mensaje a mí en primer lugar me dirigieron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus, portador de la égida:

"Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan solo. Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad."

Así dijeron las hijas bienhabladas del poderoso Zeus. Y me dieron un cetro después de cortar una rama de florido laurel. Infundíerome voz divina para celebrar el futuro y el pasado y me encargaron alabar con himnos la estirpe de los felices Sempiternos y cantarles siempre a ellas mismas al principio y al final. Mas, a qué me detengo con esto en torno a la encina o a la roca?

!Ea, tú!, comencemos por las Musas que a Zeus padre con himnos alegran su inmenso corazón dentro del Olimpo, narrando al unísono el presente, el



¹² Hesíodo, *Teogonía*, 1-103, Gredos, Madrid, 1990.



pasado y el futuro. Infatigable brota de sus bocas la grata voz. Se torna resplandeciente la mansión del muy resonante Zeus padre al propagarse el delicado canto de las diosas y retumba la nevada cumbre del Olimpo y los palacios de los Inmortales.

Ellas, lanzando al viento su voz inmortal, alaban con su canto primero, desde el origen, la augusta estirpe de los dioses a los que engendró Gea y el vasto Urano, y los que de aquéllos nacieron, los dioses dadores de bienes. Luego, a Zeus padre de dioses y hombres, [al comienzo y al final de su canto, celebran las diosas], cómo sobresale y con mucho entre los dioses y es el de más poder. Y cuando cantan la raza de los hombres y los violentos Gigantes, regocijan el corazón de Zeus dentro del Olimpo las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la egida.

¡Las alumbró en Pieria, amancebada con el padre Crónida, Mnemósine, señora de las colinas de Eleuter, como olvido de males y remedio de preocupaciones. Nueve noches se unió con ella el prudente Zeus subiendo a su lecho sagrado, lejos de los Inmortales. Y cuando ya era el momento y dieron la vuelta las estaciones, con el paso de los meses, y se cumplieron muchos días, nueve jóvenes de iguales pensamientos interesadas sólo por el canto y con un corazón exento de dollores en su pecho, dió a luz aquélla, cerca de la más alta cumbre del nevado Olimpo.

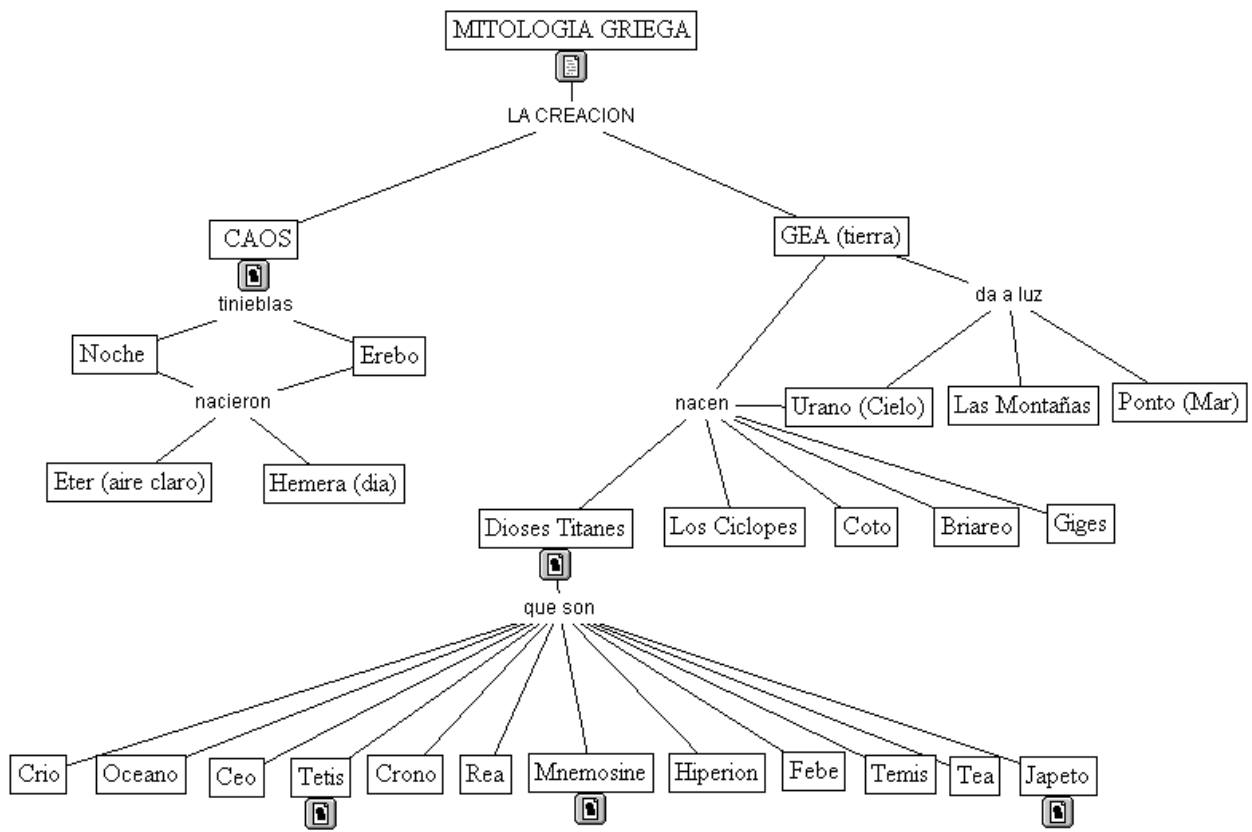
Aquéllas iban entonces hacia el Olimpo, engalanadas con su bello canto, inmortal melodía. Retumbaba entorno la oscura tierra al son de sus cantos, y un delicioso ruido subía de debajo de sus pies al tiempo que marchaban al palacio de su padre. Reina aquél sobre el cielo y es dueño del trueno y del llameante rayo, desde que venció con su poder al padre Cronos. Perfectamente repartió por igual todas las cosas entre los Inmortales y fijó sus prerrogativas.



Esto cantaban las Musas que habitan las mansiones olímpicas, las nueve hijas nacidas del poderoso Zeus: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Érato, Polimnia, Urania y Calíope. Ésta es la más importante de todas, pues ella asiste a los venerables reyes. Al que honran las hijas del poderoso Zeus, y le miran al nacer, de los reyes vástagos de Zeus, a éste le derraman sobre su lengua una dulce gota de miel, y de su boca fluyen melífluas palabras. Todos fijan en él su mirada cuando interpreta las leyes divinas con rectas sentencias, y él con firmes palabras, en un momento, resuelve, sabiamente, un pleito por grande que sea. Pues aquí radica el que los reyes sean sabios, en que hacen cumplir en el ágora los actos de reparación a favor de la gente agraviada fácilmente, con persuasivas y complacientes palabras. Y cuando se dirige al tribunal, como a un dios le propician con dulce respeto y él brilla en medio del vulgo. ¡Tan sagrado es el don de las Musas para los hombres!

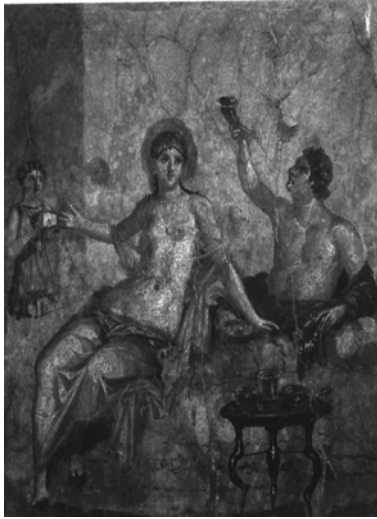


De las Musas y del flechador Apolo descienden los aedos y citaristas que hay sobre la tierra; y de Zeus, los reyes. ¡Dichoso aquél de quien se prendan las Musas! Dulce le brota la voz de la boca. Pues si alguien, víctima de una desgracia, con el alma recién desgarrada se consume afligido en su corazón, luego que un aedo servido rde las Musas cante las gestas de los antiguos y ensalce a los felices dioses que habitan el Olimpo, al punto se olvida aquel de sus penas y ya no se acuerda de ningunas desgracia. ¡Rápidamente cambian el ánimo los regalos de las diosas!





Anaximandro, Cosmologías filosóficas¹³



153 (12 A 22) AECIO, 11 25, 1: Anaximandro dice que la luna es de un círculo 19 veces mayor que la tierra, semejante [a la rueda] de un carro que tiene el borde hueco y lleno de fuego como el sol, y que está situado oblicuamente como aquél.

154 (12 A 1) D. L., 11 1: La tierra está situada en el medio [del universo], ocupando el puesto de un centro, y es de forma esférica.

155 (12 A 11) HIPÁL., 1 6, 3: La tierra está suspendida libremente, sin estar sostenida por nada, y está firme a causa de su distancia semejante respecto de todas las cosas.

156 (12 A 26) ARIST., *Del Cielo* 11 13, 295b: Hay algunos que dicen que ésta [a saber, la tierra], se mantiene [firme] en razón de su equidad, tal como, entre los antiguos, Anaximandro. En efecto, nada puede moverse más hacia arriba que hacia abajo o que en dirección oblicua, cuando está situado en el centro y se mantiene en relación igual con los extremos; y es imposible moverse a la vez en [direcciones] opuestas, de modo que necesariamente se mantiene firme.

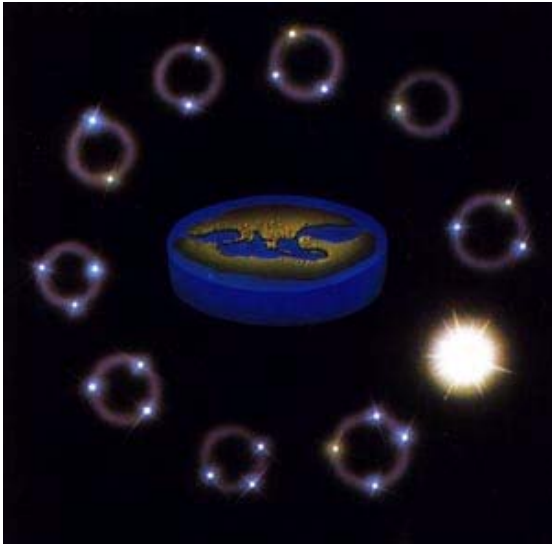
176 (12 A 27) ARIST., *Meteor. II* 1, 353b: Los más versados en sabiduría humana admiten un comienzo del [mar]. [Dicen], en efecto, que todo el espacio que rodea a la tierra era al principio húmedo y que, al ser secado por el sol, una parte de lo evaporado ocasionó vientos y rotaciones del sol y de la luna, mientras la parte restante es el mar. Por lo cual creen que el mar, al secarse, disminuye, y alguna vez terminará por estar todo seco.

177 (12 A 27) ALE]., *Meteor.* 67, 3: En efecto, algunos de ellos dicen que el mar es un residuo de la humedad primitiva; pues [en un comienzo] el espacio que rodeaba a la tierra era húmedo. Después una parte de la humedad se evaporó a causa del sol y se convirtió en vientos, y, por ello también, en rotaciones del sol y de la * luna, como si a causa de tales

¹³ Anaximandro, Fragmentos y testimonios in *Los filósofos presocráticos*, I, Gredos, Madrid, 1990.



evaporaciones y exhalaciones se produjeran las rotaciones de éstos", girando allí donde sobreviene abundancia de la [humedad] para ellos; en cuanto a la parte que queda en los lugares huecos de la tierra, es mar. Por lo cual, al ser secado por el sol, disminuye y alguna vez terminará por estar todo seco. Según narra Teofrasto, de esta opinión fueron Anaximandro y Diógenes.



EL COSMOS SEGONS ANAXIMANDRE

XI. ORIGEN DEL HOMBRE Y DE LOS ANIMALES.

178 (12 A 30) Aecio, V 19, 4: Anaximandro dice que los primeros animales se generan de lo húmedo, circundado por cortezas espinosas, y que, al avanzar en edad, llegaron a lo más seco, y al desgarrarse la corteza, vivieron poco tiempo de modo distinto

179 (12 A 10) PS. PLUT., 2: Dice también que, al comienzo, el hombre se generó de animales de otras especies, [deduciéndolo] de que las demás especies se alimentan pronto por sí mismas, mientras el hombre necesita de un largo tiempo de amamantamiento. Por ello, si en un comienzo hubiera sido tal [como es ahora], no habría sobrevivido



TEMA 9. MÉTODOS DE LA FILOSOFÍA

Carl Sagan: “La carga del escepticismo”¹⁴



¿Qué es el escepticismo? No es nada esotérico. Nos lo encontramos a diario. Cuando compramos un coche usado, si tenemos el mínimo de sensatez, emplearemos algunas habilidades escépticas residuales (las que nos haya dejado nuestra educación). Podrías decir: "Este tipo es de apariencia honesta. Aceptaré lo que me ofrezca". O podrías decir: "Bueno, he oído que de vez en cuando hay pequeños engaños relacionados con la venta de coches usados, quizá involuntarios por parte del vendedor", y luego hacer algo. Le das unas pataditas a los neumáticos, abres las puertas, miras debajo del capó. (Podrías valorar cómo anda el coche aunque no supieses lo que se supone que tendría que haber debajo del capó, o podrías traerte a un amigo aficionado a la mecánica.)

Sabes que se requiere algo de escepticismo, y comprendes por qué. Es desagradable que tengas que estar en desacuerdo con el vendedor de coches usados, o que tengas que hacerle algunas preguntas a las que es reacio a contestar.

Hay al menos un pequeño grado de confrontación personal relacionado con la compra de un coche usado y nadie afirma que sea especialmente agradable. Pero existe un buen motivo para ello, porque si no empleas un mínimo de escepticismo, si posees una credulidad absolutamente destrabada, probablemente tendrás que pagar un precio tarde o temprano. Entonces desearás haber hecho una pequeña inversión de escepticismo con anterioridad.

Ahora bien, esto no es algo en lo que tengas que emplear cuatro años de carrera para comprenderlo. Todo el mundo lo comprende. El problema es que los coches usados son una cosa, y los anuncios de televisión y los discursos de presidentes y líderes políticos son otra. Somos escépticos en algunas cosas, pero, desafortunadamente, no en otras.

Por ejemplo, hay un tipo de anuncio de aspirina que revela que el producto de la competencia sólo tiene una cierta cantidad del ingrediente analgésico que los médicos recomiendan (no te dicen cuál es el misterioso ingrediente), mientras que su producto tiene una cantidad dramáticamente superior (de 1,2 a 2 veces más por cada pastilla). Por tanto deberías comprar su producto. Pero ¿por qué no simplemente tomar dos pastillas de la competencia? Nadie te ha dicho que preguntes. No apliques escepticismo en este asunto. No pienses. Compra.

Si tuvieras que bajar a la Tierra en cualquier momento del dominio humano, te encontrarías con un conjunto de sistemas de creencia populares, más o menos similares. Cambian, a veces rápidamente, a veces en una escala de varios años; pero, a veces, sistemas de creencia de este tipo duran muchos miles de años. Al menos unos cuantos están siempre presentes. Creo que es razonable preguntarse por qué. Somos *Homo Sapiens*. Ésa es nuestra característica diferenciadora, eso de *sapiens*. Se supone que somos listos. Entonces, ¿por qué nos rodea siempre toda esa atmósfera de creencias irracionales? Bueno, por una parte, muchos de esos sistemas de creencia tratan necesidades humanas reales que no se presentan en nuestra sociedad. Existen necesidades médicas insatisfechas, necesidades espirituales, y necesidades de comunicación con el resto de la comunidad humana. Puede que haya más de esos defectos en nuestra sociedad que en muchas otras de la historia de la humanidad. Por tanto, es razonable para la gente probar y hurgar en varios sistemas de creencia, para ver si ayudan en algo.

Por ejemplo, tomemos una manía de moda: la inmortalidad del alma o la ahora llamada *canalización*. Tiene como premisa fundamental, al igual que el espiritualismo, que, cuando morimos,

¹⁴ SAGAN, Carl, “La carga del escepticismo”, in *Lectures...*, op. cit, [trad. es., Rafael Sartorio]



no desaparecemos exactamente, sino que una parte de nosotros continúa. Esa parte, dicen, puede retomar el cuerpo de un humano u otras criaturas en el futuro, y por tanto, personalmente, la muerte pierde mucha amargura para nosotros. Y lo que es más, tenemos una oportunidad, si los argumentos de la canalización son ciertos, de contactar con seres queridos que han muerto.

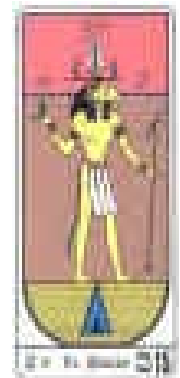
Hablando personalmente, yo estaría encantado de que la reencarnación fuese cierta. Perdí a mis dos padres en los últimos años, y me encantaría tener una pequeña conversación con ellos, para decirles cómo están los niños y asegurarme de que todo va bien dondequiera que estén. Eso toca algo muy profundo. Pero, al mismo tiempo, y precisamente por esa razón, sé que hay gente que intenta beneficiarse de las vulnerabilidades de los afligidos. Mejor que los espiritualistas y los canalizadores tengan un argumento convincente.

O tomemos la idea de que, pensando mucho sobre formaciones geológicas, podemos decir dónde hay depósitos de mineral o petróleo. Uri Geller afirma eso. Ahora bien, si eres un ejecutivo de una compañía de exploración de mineral o petróleo, tus garbanzos dependen de que encuentres los minerales o el petróleo: por tanto, gastar cantidades triviales de dinero, comparadas con lo que te gastas a menudo en exploración geológica, en este caso para encontrar físicamente los depósitos, no suena tan mal. Podrías caer en la tentación.

O tomemos a los OVNI, el argumento de que nos están visitando continuamente seres de otros mundos en naves espaciales. Encuentro esto muy emocionante. Al menos es una ruptura con lo ordinario. He empleado una buena cantidad de tiempo en mi vida científica trabajando en el tema de la búsqueda de inteligencia extraterrestre. Piensa cuánto esfuerzo podría ahorrarme si esos tipos están visitándonos. Pero cuando podemos reconocer alguna vulnerabilidad emocional relacionada con una pretensión, es cuando tenemos que hacer los esfuerzos más firmes de escrutinio escéptico. En esa situación es cuando pueden aprovecharse de nosotros.

Ahora reconsideremos la canalización. Hay una mujer en el Estado de Washington que afirma entrar en contacto con alguien que tiene 35.000 años de edad: Ramtha (quien, por cierto, habla muy bien inglés con lo que me parece un acento indio). Supongamos que tenemos a Ramtha aquí y supongamos que Ramtha es cooperativo. Podríamos hacer algunas preguntas: ¿Cómo sabemos que Ramtha vivió hace 35.000 años? ¿Quién está llevando la cuenta de los milenios que se interponen? ¿Cómo es que son exactamente 35.000 años? Eso es un número muy redondo. ¿35.000 más qué, o menos qué? ¿Cómo eran las cosas hace 35.000 años? ¿Cómo era el clima? ¿Dónde vivió Ramtha? (Sé que habla inglés con un acento indio, pero ¿dónde se hablaba así hace 35.000 años?) ¿Qué come Ramtha? (Los arqueólogos saben algo sobre lo que comía la gente por aquel entonces.) Tendríamos una buena oportunidad de descubrir si sus afirmaciones son ciertas. Si fuera realmente alguien de hace 35.000 años, podríamos aprender mucho sobre hace 35.000 años. Por tanto, de una manera u otra, o Ramtha es realmente alguien de hace 35.000 años, en cuyo caso descubriremos algo sobre ese periodo (que es anterior a la glaciación de Wisconsin, una época interesante), o es un farsante y se equivocará. ¿Cuáles son los idiomas indígenas, cómo es la estructura social, con quién más vive Ramtha (hijos, nietos), cuál es el ciclo de vida, la mortalidad infantil, qué ropas lleva, cuál es su esperanza de vida, qué armas, plantas y animales hay? Dinos. En cambio, lo que oímos son las homilías más banales, indistinguibles de las que los supuestos ocupantes de los OVNI les dicen a los pobres humanos que afirman haber sido abducidos por ellos.

Ocasionalmente, por cierto, recibo una carta de alguien que está en contacto con un extraterrestre que me invita a "preguntar lo que sea". Así que tengo una lista de preguntas. Los extraterrestres están muy avanzados, recordemos. Por tanto pregunto cosas como: "Por favor, denme una demostración simple del Último Teorema de Fermat." O de la Conjetura de Goldbach. Y luego tengo que explicar qué son estas cosas, porque los extraterrestres no las llamarán Último Teorema de Fermat, así que escribo la pequeña ecuación con sus exponentes. Nunca recibo respuesta. Por otra parte, si le pregunto algo como "¿Deberíamos ser buenos los humanos?", siempre recibo respuesta. Pienso que





se puede deducir algo de esta habilidad diferenciada para contestar preguntas. Si son cosas imprecisas y vagas, están encantados de responder, pero si es algo específico, que dé ocasión a descubrir si saben algo realmente, sólo hay silencio.

El científico francés Henri Poincaré hizo una observación sobre por qué la credulidad está tan extendida: "También sabemos lo cruel que es la verdad a menudo, y nos preguntamos si el engaño no es más consolador." Eso es lo que he intentado decir con mis ejemplos.

Pero no creo que ésa sea la única razón por la que la credulidad está extendida. El escepticismo desafía a instituciones establecidas. Si enseñamos a todo el mundo, digamos a los estudiantes de instituto, el hábito de ser escépticos, quizá no limiten su escepticismo a los anuncios de aspirinas y a los canalizadores de 35.000 años. Puede que empiecen a hacerse inoportunas preguntas sobre las instituciones económicas, o sociales, o políticas o religiosas. ¿Luego dónde estaremos?

El escepticismo es peligroso. Ésa es precisamente su función, en mi opinión. Es menester del escepticismo el ser peligroso. Y es por eso que hay una gran renuencia a enseñarlo en las escuelas. Es por eso que no encontramos un dominio general del escepticismo en los medios. Por otra parte, ¿cómo evitaremos un peligroso futuro si no poseemos las herramientas intelectuales elementales para hacer preguntas agudas a aquéllos que están nominalmente al cargo, especialmente en una democracia?



La resistencia de la Administración a un Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares y su continua pasión por aumentar las armas nucleares (uno de los pilotos principales en la carrera nuclear) bajo el pretexto de estar más seguros es otro asunto semejante. También lo es La Guerra de las Galaxias. Los hábitos de pensamiento escéptico que fomenta el CSICOP tienen relevancia para asuntos de la mayor importancia para la nación. Hay tantas tonterías promulgadas por los partidos políticos que el hábito de escepticismo imparcial debería declararse un objetivo nacional esencial para nuestra supervivencia.

Algunas ideas son mejores que otras. El mecanismo para distinguirlas es una herramienta esencial para tratar con el mundo y especialmente para tratar con el futuro. Y es precisamente la mezcla de dos maneras de pensar (imaginación y escepticismo) el motivo central del éxito de la ciencia. Los científicos realmente buenos practican ambas. Por su cuenta, cuando hablan consigo mismos, amontonan grandes cantidades de nuevas ideas y las critican implacablemente. La mayoría de ellas nunca llega al mundo exterior. Sólo las ideas que pasan por rigurosos filtros salen y son criticadas por el resto de la comunidad científica.

A veces ocurre que las ideas que son aceptadas por todo el mundo resultan ser erróneas, o al menos parcialmente erróneas, o al menos son reemplazadas por ideas de mayor generalidad. Y, aunque, por supuesto, existen algunas pérdidas personales (vínculos emocionales con la idea de que tú mismo has jugado un papel inventivo), no obstante la ética colectiva es que, cada vez que una idea así es derribada y reemplazada por algo mejor, la misión de la ciencia ha salido beneficiada.

En ciencia, ocurre a menudo que los científicos dicen: "¿Sabes?, ése es un gran argumento; yo estaba equivocado." Y luego cambian su mentalidad y jamás se vuelve a escuchar de sus bocas esa vieja opinión. Realmente hacen eso. No ocurre tan a menudo como debiera, porque los científicos son humanos y el cambio es a veces doloroso. Pero ocurre a diario. No soy capaz de recordar la última vez que pasó algo así en la política o en la religión. Es muy raro que un senador, por ejemplo, responda: "Ése es un buen argumento. Voy a cambiar mi afiliación política."



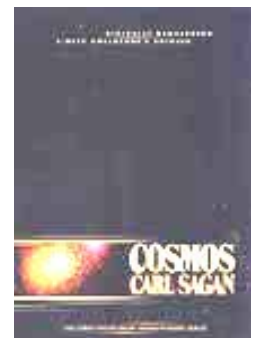
Me gustaría decir unas cuantas cosas sobre las estimulantes sesiones sobre la búsqueda de inteligencia extraterrestre (SETI) y sobre el lenguaje animal en nuestra conferencia del CSICOP. En la historia de la ciencia, existe un instructivo desfile de importantes batallas intelectuales que resultan tratar todas ellas sobre lo centrales que son los seres humanos.

Podríamos llamarlas batallas sobre la presunción anti-copernicana. ¿Cuál es nuestra posición en el Universo? He aquí algunas de las cuestiones: Somos el centro del Universo. Todos los planetas y las estrellas y el Sol y la Luna giran alrededor nuestro. (Chico, debemos ser realmente especiales.) Ésa era la creencia impuesta (Aristarco aparte) hasta la época de Copérnico. Le gustaba a mucha gente porque les daba una posición central personalmente injustificada en el Universo. El mero hecho de estar en la Tierra te hacía privilegiado. Eso te hacía sentir bien. Luego llegó la prueba de que la Tierra era sólo un planeta y de que esos puntos brillantes en movimiento eran también planetas. Decepcionante. Incluso deprimente. Mejor cuando éramos centrales y únicos. Pero al menos nuestro Sol está en el centro del Universo. No, esas otras estrellas también son soles, y lo que es más, nos encontramos en las afueras de la galaxia. No estamos nada cerca del centro de la galaxia. Muy deprimente. Bueno, al menos la Vía Láctea está en el centro del Universo. Luego un poco más de progreso científico. Descubrimos que no existe eso del “centro del Universo”. Lo que es más, hay cien mil millones de galaxias más. Ésta no tiene nada de especial. Completamente deprimente. Bueno, al menos nosotros, los humanos, somos el pináculo de la creación. Somos aparte. Todas esas criaturas, las plantas y los animales, son inferiores. Nosotros somos superiores, no tenemos conexión con ellos. Todo ser viviente ha sido creado separadamente.

Luego viene Darwin. Descubrimos una continuidad evolutiva. Estamos relacionados estrechamente con las otras bestias y vegetales. Lo que es más, nuestros parientes biológicos más cercanos son los chimpancés. Ésos son nuestros parientes más cercanos (¿esos bichos?) Es una vergüenza. ¿Has ido alguna vez al zoo y los has visto? ¿Sabes lo que hacen? Imagina lo embarazosa que era esta verdad en la Inglaterra victoriana, cuando Darwin tuvo esta idea. Hay otros ejemplos importantes (sistemas de referencia privilegiados en física y la mente inconsciente en psicología) que pasaré por alto.

Mantengo que en la tradición de este largo conjunto de debates (cada uno de los cuales ha sido ganado por los copernicanos, por los tipos que dicen que no hay nada especial en nosotros), hubo una nota callada profundamente emocional en los debates de las dos sesiones del CSICOP que he mencionado. La búsqueda de inteligencia extraterrestre y el análisis de un posible lenguaje animal hieren a uno de los sistemas de creencia pre-copernicanos que quedan: Al menos somos las criaturas más inteligentes de todo el Universo. Si no existen más chicos listos en ninguna parte, aunque estemos relacionados con los chimpancés, aunque estemos en las afueras de un universo vasto y tremendo, al menos todavía nos queda algo especial. Pero, en el momento que encontremos inteligencia extraterrestre, se perderá el último pedazo de presunción. Creo que parte de la resistencia a la idea de la inteligencia extraterrestre es debida a la presunción anti-copernicana. Asimismo, sin tomar ninguna postura en el debate de si hay otros animales (los primates superiores, especialmente los grandes monos) inteligentes o con un lenguaje, es claramente, a nivel emocional, la misma cuestión. Si definimos a los humanos como criaturas que tienen lenguaje y nadie más tiene lenguaje, al menos somos únicos en ese aspecto.

Pero si resulta que todos esos sucios, repugnantes y graciosos chimpancés pueden, con el Ameslan o de cualquier otra manera, comunicar ideas, entonces ¿qué nos queda de especial a nosotros? En los debates científicos existen, a menudo inconscientemente, impulsoras predisposiciones emocionales sobre estas cuestiones. Es importante darse cuenta de que los debates científicos, al igual que los debates pseudocientíficos, pueden llenarse de emociones por todas estas razones. ¿Estamos solos en el universo?





Ahora echemos un vistazo más de cerca a la búsqueda de inteligencia extraterrestre por radio. ¿En qué se diferencia de la pseudociencia? Dejarme contar un par de casos reales. A principios de los sesenta, los soviéticos ofrecieron una rueda de prensa en Moscú en la que anunciaron que una fuente distante de radio, llamada CTA-102, estaba variando sinusoidalmente, como una onda seno, con un periodo de unos 100 días. ¿Por qué convocaron una rueda de prensa para anunciar que una fuente distante de radio estaba variando? Porque pensaban que era una civilización extraterrestre de inmenso poder. Eso se merece convocar una rueda de prensa. Esto es incluso anterior a la existencia de la palabra cuásar. Hoy sabemos que CTA-102 es un cuásar. No sabemos muy bien lo que es un cuásar: y existe más de una explicación para ellos mutuamente excluyente en la literatura científica. No obstante, pocos consideran seriamente que un cuásar, como CTA-102, sea una civilización galáctica extraterrestre, porque hay un número de explicaciones alternativas de sus propiedades que son más o menos consistentes con las leyes físicas que conocemos sin evocar a la vida alienígena.



La hipótesis extraterrestre es una hipótesis de último recurso. Sólo si falla todo lo demás se acude a ella. Segundo ejemplo: en 1967, científicos británicos encontraron una fuente de radio cercana que fluctuaba en un periodo de tiempo mucho más corto, con un periodo constante de hasta diez cifras significativas. ¿Qué era? Su primer pensamiento fue que era algo como un mensaje que se nos estaba enviando, o un faro de navegación interestelar para las naves espaciales que volaban entre las estrellas. Incluso le dieron, entre los de la Universidad de Cambridge, el perverso nombre de LGM-1 (*Little Green Men*, u *Hombrecillos Verdes*). Sin embargo (eran más listos que los soviéticos), no convocaron una rueda de prensa, y pronto se hizo claro que lo que tenían era lo que ahora se llama un púlsar. De hecho fue el primer púlsar, el púlsar de la Nebulosa Cangrejo. Bueno, ¿qué es un

púlsar? Un púlsar es una estrella comprimida hasta el tamaño de una ciudad, soportada como no lo está ninguna otra estrella, no por presión gaseosa, no por exclusión electrónica, sino por las fuerzas nucleares. Es, en cierto sentido, un núcleo atómico del tamaño de Pasadena. Sostengo que esa es una idea al menos tan rara como la del faro de navegación interestelar. La respuesta a lo que es un púlsar tiene que ser algo muy extraño. No es una civilización extraterrestre, es otra cosa: pero otra cosa que abre nuestros ojos y mentes e indica posibilidades en la naturaleza que nunca habríamos adivinado.

Luego está la cuestión de los falsos positivos. Frank Drake en su original experimento Ozma, Paul Horowitz en el programa META (Megachannel Extraterrestrial Assay) patrocinado por la Sociedad Planetaria, el grupo de la Universidad de Ohio y muchos otros grupos han recibido señales que han hecho palpitar sus corazones. Piensan por un momento que han captado una señal genuina. En algunos casos no tenemos la menor idea de lo que fue; las señales no se han repetido. La noche siguiente apuntas el mismo telescopio al mismo punto en el cielo con la misma modulación y la misma frecuencia, y lo pasa-bandas todo de la misma manera, y no oyes nada. No publicas esos datos. Puede ser un mal funcionamiento del sistema de detección. Puede ser un avión militar AWACS revoloteando y emitiendo en canales de frecuencia supuestamente reservados para la radioastronomía. Puede ser un aparato de diatermia en la misma calle. Hay muchas posibilidades. No se declara inmediatamente que has descubierto inteligencia extraterrestre sólo porque has encontrado una señal anómala. Y si se repitiese, ¿lo anunciarías? No. Puede ser una broma. Puede ser algo que le pasa a tu sistema y que no eres capaz de descifrar. En cambio, llamarías a los



científicos de un montón de radiotelescopios y les dirías que en ese punto particular del cielo, a esa frecuencia, modulación, y banda y todo eso, parece captar algo curioso. ¿Por favor, podrían mirar si captan algo parecido? Y sólo si obtienen la misma información varios observadores independientes del mismo punto del cielo piensas que tienes algo. Aun entonces sigues sin saber que ese algo es inteligencia extraterrestre, pero al menos has podido determinar que no es algo de la Tierra. (Y también que no es algo en órbita terrestre; está más lejos que eso.) Este es el primer plan de acción que se requiere para asegurarse de que realmente tienes una señal de una civilización extraterrestre.

Fíjate que hay una cierta disciplina implicada. El escepticismo impone una carga. No puedes salir y gritar pequeños hombrecillos verdes, porque vas a parecer muy tonto, como les pasó a los soviéticos con el CTA-102, que resultó ser algo muy distinto. Es necesaria una cautela especial cuanto las implicaciones son de tanta importancia como aquí. No estamos obligados a decidimos por algo en cuanto tenemos unos datos. No pasa nada por no estar seguros. Me suelen preguntar: "¿Crees que existe inteligencia extraterrestre?" Y yo respondo con los argumentos habituales. Hay un montón de lugares allá afuera, miles de millones. Luego digo que me sorprendería mucho que no existiese inteligencia extraterrestre, pero que por supuesto no tenemos pruebas concluyentes de ello. Y luego me preguntan: "Vale, pero ¿qué es lo que crees realmente?" Y respondo: "Ya te he dicho lo que creo." "Sí, pero ¿qué te dicen tus entrañas?" Pero yo no intento pensar con mis entrañas.

En serio, es mejor reservarse la opinión hasta que tengamos pruebas. Después de que se publicase mi artículo *El Arte de la Detección de Camelos en Parade* (1 feb. 1987), recibí, como puedes imaginar, un montón de cartas. *Parade* es leído por 65 millones de personas. En el artículo di una larga lista de cosas que eran presuntos o demostrados camelos (treinta o cuarenta). Los defensores de todas esas cosas resultaron uniformemente ofendidos, por lo que recibí montones de cartas. También ofrecí un conjunto de instrucciones muy elementales acerca de cómo tratar a los camelos (los argumentos de una autoridad no valen, todos los pasos de una cadena de evidencias tienen que ser válidos, etcétera).

Mucha gente contestó diciendo: "Tiene usted toda la razón en las generalidades; desafortunadamente, eso no es aplicable a mi doctrina particular." Por ejemplo, uno de ellos decía que la idea de que existe inteligencia extraterrestre fuera de la Tierra es un ejemplo de excelente camelo. Concluía: "Estoy tan seguro de esto como de cualquier otra cosa en mi experiencia. No hay vida consciente en otro lugar del Universo. El Hombre vuelve así a su legítima posición en el centro del Universo."

Otro remitente también estaba de acuerdo con todas mis generalidades, pero decía que, como escéptico empedernido, yo había cerrado mi mente a la verdad. Más notablemente, he ignorado la evidencia de que la Tierra tiene seis mil años de antigüedad. Bueno, no la he ignorado; he considerado la supuesta evidencia y luego la he rechazado. Existe una diferencia, y ésta es una diferencia, podríamos decir, entre prejuicio y postjuicio. Prejuicio es hacer un juicio antes de considerar los hechos. Postjuicio es hacer un juicio después de considerarlos. El prejuicio es terrible, en el sentido de que se cometen injusticias y graves errores. El postjuicio no es terrible. Por supuesto, no puedes ser perfecto; también puedes cometer errores. Pero es permisible hacer un juicio después de haber examinado la evidencia. En algunos círculos incluso se fomenta. Creo que parte de lo que impulsa a la ciencia es la sed de maravilla. Es una emoción muy poderosa. Todos los niños la sienten. En una clase de parvulario, todos la sienten; en una clase de bachillerato casi nadie la siente, o siquiera la reconoce. Algo pasa entre el parvulario y el bachillerato, y no es sólo la pubertad. No sólo los colegios y los medios no enseñan mucho escepticismo, tampoco se fomenta mucho este emocionante sentido de lo maravilloso. Ambas ciencia y pseudociencia despiertan ese sentimiento. Una pobre popularización de la ciencia establece un nicho ecológico para la pseudociencia. Si la ciencia se explicase a la gente de a pie de una manera accesible y excitante, no habría sitio para la pseudociencia.



Pero existe una especie de Ley de Gresham por la que, en la cultura popular, la mala ciencia expulsa a la buena. Y por esto pienso que tenemos que culpar, primero, a la comunidad científica por no hacer un mejor trabajo popularizando la ciencia, y segundo, a los medios, que a este respecto son casi por completo inútiles. Todo periódico americano tiene una columna diaria de astrología. ¿Cuántos tienen siquiera una columna semanal de astronomía? Y también pienso que es culpa del sistema educativo. No enseñamos a pensar. Esto es un error muy serio que podría incluso, en un mundo infestado con 60.000 armas nucleares, comprometer el futuro de la humanidad. Sostengo que hay mucha más maravilla en la ciencia que en la pseudociencia. Y además, en la medida que esto tenga algún significado, la ciencia tiene como virtud adicional (y no es una despreciable) su veracidad.



Referències

http://www.wikipedia.org/wiki/Cosmos:_A_Personal_Voyage

http://www.planetary.org/spanish/eSagan_index.html

<http://www.sindioses.org/directorio/escepticismo.html>

<http://www.cicican.org/actividades/200209/escepticos.html>

<http://planetary.org/html/news/articlearchive/Whatisnew/old-what-is-new-1296.html>

http://www.geocities.com/pedroj_geo/pseudoci.htm



David Hume, *Investigación sobre el conocimiento humano*¹⁵



Ciertamente, esta estrecha limitación de nuestras investigaciones es, en todas sus dimensiones, tan razonable que basta hacer la más mínima investigación de los poderes naturales de la mente humana y compararlos con sus objetos para hacérsela recomendable. Entonces encontraremos cuáles son los temas propios de la ciencia y de la investigación.

Me parece que los únicos objetos de las ciencias abstractas o de la demostración son la cantidad y el número, y que todos los intentos de extender la clase más perfecta de conocimiento más allá de estos límites son mera sofistería e ilusión. Como las meras partes componentes de cantidades son totalmente similares, sus relaciones se hacen intrincadas y complejas, y nada puede ser más interesante y útil que averiguar, por una variedad de medios, su igualdad o desigualdad a través de sus distintas apariciones. Pero como todas las demás ideas son claramente precisas y diferentes entre sí, jamás podremos, incluso con el mayor escrutinio, avanzar más allá de la observación de esta diversidad y, por obvia reflexión, establecer que una cosa no es la otra. O si hay alguna dificultad en estas decisiones procede totalmente del significado indeterminado de las palabras, que se corrige con definiciones más correctas. No puede *conocerse el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los otros dos lados*, por muy precisamente que estén definidos los términos, sin un proceso de razonamiento e investigación; pero para convencernos de la siguiente proposición: “donde no hay propiedad, no puede haber injusticia”, sólo es necesario definir los términos y explicar la injusticia como una violación de la propiedad. La proposición, ciertamente, no es sino una definición imperfecta. Ocurre lo mismo con aquellos aparentes razonamientos silogísticos que se pueden encontrar en todas las regiones del saber; salvo en las ciencias de cantidad y número: y éstos pueden tranquilamente, creo, considerarse los únicos objetos propios de conocimiento y la demostración.

Todas las demás investigaciones de los hombres conciernen sólo a cuestiones de hecho y existencia. Y, -evidentemente, éstas no pueden demostrarse. Lo que es, puede *no ser*. Ninguna negación de hecho implica una contradicción. La no existencia de cualquier ser, sin excepción alguna, es una idea tan clara y distinta como la de su existencia. La proposición que afirma que no es, por muy falsa que sea, no es menos concebible e inteligible, que la que afirma que es. El caso es distinto con las ciencias [formales] propiamente dichas. Toda proposición que no es verdad es confusa e ininteligible. Que la raíz cúbica de 64 es igual a la mitad de 10, es una proposición falsa y jamás podrá concebirse distintamente. Pero que César o el ángel Gabriel o cualquier

¹⁵ Hume, David, *Investigación sobre el conocimiento humano*, Madrid, Alianza editorial, 1999, pp. 190-2.



ser nunca existió, podrá ser una proposición falsa, pero de todas formas es perfectamente concebible y no implica contradicción.

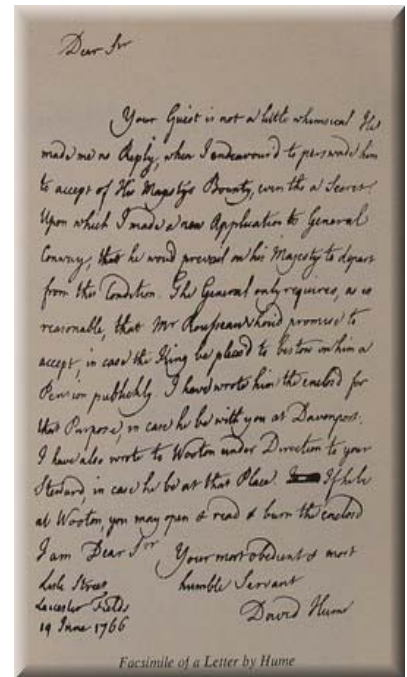
Por tanto, la existencia de cualquier ser sólo puede demostrarse con argumentos a partir de su causa o de su efecto, y estos argumentos se fundan exclusivamente en la experiencia... Si razonamos *a priori*, cualquier cosa puede parecer capaz de producir cualquier otra. La caída de una piedrecilla puede, por lo que sabemos, apagar el sol, o el deseo de un hombre controlar los planetas en sus órbitas. Sólo la experiencia nos enseña la naturaleza y límites de causa y efecto y nos permite inferir la existencia de un objeto de la de otro. Tal es, el fundamento del razonamiento, moral, que forma la mayor parte del conocimiento humano y es la fuente de toda acción y comportamiento humanos.

Los razonamientos morales conciernen a hechos reales, o a hechos particulares. Todas las deliberaciones en la vida conciernen a éstos, así como también todas las disquisiciones históricas, cronológicas, geográficas y astronómicas.

Las ciencias que tratan hechos generales son la política, la filosofía de la naturaleza, la física, la química, etc., donde se investigan las cualidades, causas y efectos una especie entera.

La moral y la crítica no son tan propiamente ó del entendimiento como del gusto y del sentimiento. La belleza, moral o natural, es sentida más que percibida. O si razonamos acerca de ella e intentamos fijar su patrón, consideramos un hecho nuevo, a saber: el general de la humanidad o algún hecho que pueda ser objeto de razonamiento o investigación.

Si procediéramos a revisar las bibliotecas convencidos de estos principios, ¡qué estragos no haríamos! Si tomamos cualquier volumen de teología o metafísica escolástica, por ejemplo, preguntemos: ¿Contiene algún razonamiento abstracto sobre la cantidad y el número? ¿Contiene algún razonamiento experimental acerca de cuestiones de hecho o existencia? No. Tírese entonces a las llamas, pues no puede contener más que sofistería e ilusión.



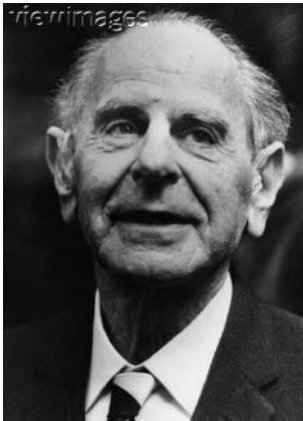
Referències

<http://www.udc.es/dep/fam/hume/index2.html>



Karl R. Popper, “El criterio de demarcación”¹⁶

El criterio de demarcación inherente a la lógica inductiva [...] equivale a exigir que todos los enunciados de la ciencia empírica (o todos los enunciados «con sentido») sean susceptibles de una decisión definitiva con respecto a su verdad y a su falsedad; podemos decir que tienen que ser «decidibles de modo concluyente». Esto quiere decir que han de tener una forma tal que sea lógicamente posible tanto verificarlos como falsarlos. Así, dice Schlick: «...un auténtico enunciado tiene que ser susceptible de verificación concluyente»; y Waismann escribe, aún con mayor claridad: «Si no es posible determinar si un enunciado es verdadero, entonces carece enteramente de sentido; pues el sentido de un enunciado es el método de su verificación».



Ahora bien; en mi opinión, no existe nada que pueda llamarse inducción. Por tanto, sería lógicamente inadmisibile la inferencia de teorías a partir de enunciados singulares que estén «verificados por la experiencia».[...] Así, pues, las teorías no son nunca verificables empíricamente. Si queremos evitar el error positivista de que nuestro criterio de demarcación elimine los sistemas teóricos de la ciencia natural, debemos elegir un criterio que nos permita admitir en el dominio de la ciencia empírica incluso enunciados que no puedan verificarse. Pero, ciertamente, sólo admitiré un sistema entre los científicos o empíricos si es susceptible de ser contrastado por la experiencia. Estas consideraciones nos sugieren que el criterio de demarcación que hemos de adoptar no es el de la verificabilidad, sino el de la falsabilidad de los sistemas. Dicho de otro modo: no exigiré que un sistema científico pueda ser seleccionado, de una vez para siempre, en un sentido positivo; pero sí que sea susceptible de selección en un sentido negativo por medio de contrastes o pruebas empíricas: ha de ser posible refutar por la experiencia un «sistema científico empírico».

“Ninguna filosofía seria podría prescindir de un cierto humor irreverente” (Sir K. Popper)

¹⁶ POPPER, K., *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid 1977 (p. 39-40)



René Descartes, *Discurso del método*¹⁷



El buen sentido es lo que mejor repartido está entre todo el mundo, pues cada cual piensa que posee tan buena provisión de él, que aun los más descontentadizos respecto a cualquier otra cosa, no suelen apetecer más del que ya tienen. En lo cual no es verosímil que todos se engañen, sino que más bien esto demuestra que la facultad de juzgar y distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que llamamos buen sentido o razón, es naturalmente igual en todos los hombres; y, por lo tanto, que la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino tan sólo de que dirigimos nuestros pensamientos por derroteros diferentes y no consideramos las mismas cosas. No basta, en efecto, tener el ingenio bueno; lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios, como de las mayores virtudes; y los que andan muy despacio

pueden llegar mucho más lejos, si van siempre por el camino recto, que los que corren, pero se apartan de él.

Por mi parte, nunca he presumido de poseer un ingenio más perfecto que los ingenios comunes; hasta he deseado muchas veces tener el pensamiento tan rápido, o la imaginación tan clara y distinta, o la memoria tan amplia y presente como algunos otros. Y no sé de otras cualidades sino ésas, que contribuyan a la perfección del ingenio; pues en lo que toca a la razón o al sentido, siendo, como es, la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de los animales, quiero creer que está entera en cada uno de nosotros y seguir en esto la común opinión de los filósofos, que dicen que el más o el menos es sólo de los *accidentes*, mas no de las *formas* o naturalezas de los *individuos* de una misma *especie*.

Pero, sin temor, puedo decir, que creo que fue una gran ventura para mí el haberme metido desde joven por ciertos caminos, que me han llevado a ciertas consideraciones y máximas, con las que he formado un método, en el cual paréceme que tengo un medio para aumentar gradualmente mi conocimiento y elevarlo poco a poco hasta el punto más alto a que la mediocridad de mi ingenio y la brevedad de mi vida puedan permitirle llegar. Pues tales frutos he recogido ya de ese método, que, aun cuando, en el juicio que sobre mí mismo hago, procuro siempre inclinarme del lado de la desconfianza mejor que del de la presunción, y aunque, al mirar con ánimo filosófico las distintas acciones y empresas de los hombres, no hallo casi ninguna que no me parezca vana e inútil, sin embargo no deja de producir en mí una extremada satisfacción el progreso que pienso haber realizado ya en la investigación de la verdad, y concibo tales esperanzas para el porvenir⁽⁶⁾, que si entre las ocupaciones que embargan a los hombres, puramente hombres, hay alguna que sea sólidamente buena e importante, me atrevo a creer que es la que yo he elegido por mía.

Puede ser, no obstante, que me engañe; y acaso lo que me parece oro puro y diamante fino, no sea sino un poco de cobre y de vidrio. Sé cuán expuestos estamos a equivocarnos, cuando de nosotros mismos se trata, y cuán sospechosos deben sernos también los juicios de los amigos, que se pronuncian en nuestro favor. Pero me gustaría dar a conocer, en el presente discurso, el camino que he seguido y representar en él mi vida, como en un cuadro, para que cada cual pueda formar su juicio,

¹⁷ Madrid, Alianza Editorial, 2001 [ed. or., 1637]



y así, tomando luego conocimiento, por el rumor público, de las opiniones emitidas, sea este un nuevo medio de instruirme, que añadiré a los que acostumbro emplear.

Mi propósito, pues, no es el de enseñar aquí el método que cada cual ha de seguir para dirigir bien su razón, sino sólo exponer el modo como yo he procurado conducir la mía⁽⁷⁾. Los que se meten a dar preceptos deben de estimarse más hábiles que aquellos a quienes los dan, y son muy censurables, si faltan en la cosa más mínima. Pero como yo no propongo este escrito, sino a modo de historia o, si preferís, de fábula, en la que, entre ejemplos que podrán imitarse, irán acaso otros también que con razón no serán seguidos, espero que tendrá utilidad para algunos, sin ser nocivo para nadie, y que todo el mundo agradecerá mi franqueza.

Desde la niñez, fui criado en el estudio de las letras y, como me aseguraban que por medio de ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo cuanto es útil para la vida, sentía yo



Figure 1
René Descartes (1596-1650)

un vivísimo deseo de aprenderlas. Pero tan pronto como hube terminado el curso de los estudios, cuyo remate suele dar ingreso en el número de los hombres doctos, cambié por completo de opinión. Pues me embargaban tantas dudas y errores, que me parecía que, procurando instruirme, no había conseguido más provecho que el de descubrir cada vez mejor mi ignorancia. Y, sin embargo, estaba en una de las más famosas escuelas de Europa⁽⁸⁾, en donde pensaba yo que debía haber hombres sabios, si los hay en algún lugar de la tierra. Allí había aprendido todo lo que los demás aprendían; y no contento aún con las ciencias que nos enseñaban, recorrí cuantos libros pudieron caer en mis manos, referentes a las ciencias que se consideran como las más curiosas y raras. Conocía, además, los juicios que se hacían de mi persona, y no veía que se me estimase en menos que a mis condiscípulos, entre los cuales algunos había ya destinados a ocupar los puestos que dejaran vacantes nuestros maestros. Por último, parecíame nuestro siglo tan floreciente y fértil en buenos ingenios, como haya sido cualquiera de los precedentes. Por todo lo cual, me tomaba la libertad

de juzgar a los demás por mí mismo y de pensar que no había en el mundo doctrina alguna como la que se me había prometido anteriormente.

No dejaba por eso de estimar en mucho los ejercicios que se hacen en las escuelas.[...] Pero creía también que ya había dedicado bastante tiempo a las lenguas e incluso a la lectura de los libros antiguos y a sus historias y a sus fábulas. Pues es casi lo mismo conversar con gentes de otros siglos, que viajar por extrañas tierras. Bueno es saber algo de las costumbres de otros pueblos, para juzgar las del propio con mejor acierto, y no creer que todo lo que sea contrario a nuestras modas es ridículo y opuesto a la razón, como suelen hacer los que no han visto nada. Pero el que emplea demasiado tiempo en viajar, acaba por tornarse extranjero en su propio país; y al que estudia con demasiada curiosidad lo que se hacía en los siglos pretéritos, ocurrele de ordinario que permanece ignorante de lo que se practica en el presente. Además, las fábulas son causa de que imaginemos como posibles acontecimientos que no lo son; y aun las más fieles historias, supuesto que no cambien ni aumenten el valor de las cosas, para hacerlas más dignas de ser leídas, omiten por lo menos, casi siempre, las circunstancias más bajas y menos ilustres, por lo cual sucede que lo restante no aparece tal como es y que los que ajustan sus costumbres a los ejemplos que sacan de las historias, se exponen a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas y a concebir designios, a que no alcanzan sus fuerzas.

[...] Gustaba sobre todo de las matemáticas, por la certeza y evidencia que poseen sus razones; pero aun no advertía cuál era su verdadero uso y, pensando que sólo para las artes mecánicas



servían, extrañábame que, siendo sus cimientos tan firmes y sólidos, no se hubiese construido sobre ellos nada más levantado⁽¹⁰⁾. Y en cambio los escritos de los antiguos paganos, referentes a las costumbres, comparábalos con palacios muy soberbios y magníficos, pero contruidos sobre arena y barro: levantan muy en alto las virtudes y las presentan como las cosas más estimables que hay en el mundo; pero no nos enseñan bastante a conocerlas y, muchas veces, dan ese hermoso nombre a lo que no es sino insensibilidad, orgullo, desesperación o parricidio⁽¹¹⁾.

[...] Nada diré de la filosofía sino que, al ver que ha sido cultivada por los más excelentes ingenios que han vivido desde hace siglos, y, sin embargo, nada hay en ella que no sea objeto de disputa y, por consiguiente, dudoso, no tenía yo la presunción de esperar acertar mejor que los demás; y considerando cuán diversas pueden ser las opiniones tocante a una misma materia, sostenidas todas por gentes doctas, aun cuando no puede ser verdadera más que una sola, reputaba casi por falso todo lo que no fuera más que verosímil.

Y en cuanto a las demás ciencias, ya que toman sus principios de la filosofía, pensaba yo que sobre tan endeble cimientos no podía haberse edificado nada sólido; y ni el honor ni el provecho, que prometen, eran bastantes para invitarme a aprenderlas; pues no me veía, gracias a Dios, en tal condición que hubiese de hacer de la ciencia un oficio con que mejorar mi fortuna; y aunque no profesaba el desprecio de la gloria a lo cínico, sin embargo, no estimaba en mucho aquella fama, cuya adquisición sólo merced a falsos títulos puede lograrse. Y, por último, en lo que toca a las malas doctrinas, pensaba que ya conocía bastante bien su valor, para no dejarme burlar ni por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por los engaños de un mago, ni por los artificios o la presunción de los que profesan saber más de lo que saben.



Así, pues, tan pronto como estuve en edad de salir de la sujeción en que me tenían mis preceptores, abandoné del todo el estudio de las letras; y, resuelto a no buscar otra ciencia que la que pudiera hallar en mí mismo o en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en cultivar la sociedad de gentes de condiciones y humores diversos, en recoger varias experiencias, en ponerme a mí mismo a prueba en los casos que la fortuna me deparaba y en hacer siempre tales reflexiones sobre las cosas que se me presentaban, que pudiera sacar algún provecho de ellas. Pues parecíame que podía hallar mucha más verdad en los razonamientos que cada uno hace acerca de los asuntos que le atañen, expuesto a que el suceso venga luego a castigarle, si ha juzgado mal, que en los que discurre un hombre de letras, encerrado en su despacho, acerca de especulaciones que no producen efecto alguno y que no tienen para él otras consecuencias, sino que acaso sean tanto mayor motivo para envanecerle cuanto más se aparten del sentido común, puesto que habrá tenido que gastar más ingenio y artificio en procurar hacerlas verosímiles. Y siempre sentía un deseo extremado de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis actos y andar seguro por esta vida.

Es cierto que, mientras me limitaba a considerar las costumbres de los otros hombres, apenas hallaba cosa segura y firme, y advertía casi tanta diversidad como antes en las opiniones de los filósofos. De suerte que el mayor provecho que obtenía, era que, viendo varias cosas que, a pesar de parecernos muy extravagantes y ridículas, no dejan de ser admitidas comúnmente y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer con demasiada firmeza en lo que sólo el ejemplo y la costumbre me habían persuadido; y así me libraba poco a poco de muchos errores, que pueden



oscurecer nuestra luz natural y tornarnos menos aptos para escuchar la voz de la razón. Mas cuando hube pasado varios años estudiando en el libro del mundo y tratando de adquirir alguna experiencia, resolvíme un día a estudiar también en mí mismo y a emplear todas las fuerzas de mi ingenio en la elección de la senda que debía seguir; lo cual me salió mucho mejor, según creo, que si no me hubiese nunca alejado de mi tierra y de mis libros.



Segunda parte

Hallábame, por entonces, en Alemania, adonde me llamara la ocasión de unas guerras que aun no han terminado; y volviendo de la coronación del Emperador hacia el ejército, cogíme el comienzo del invierno en un lugar en donde, no encontrando conversación alguna que me divirtiera y no teniendo tampoco, por fortuna, cuidados ni pasiones que perturbaran mi ánimo, permanecía el día entero solo y encerrado, junto a una estufa, con toda la tranquilidad necesaria para entregarme a mis pensamientos. Entre los cuales, fue uno de los primeros el ocurrírseme considerar que muchas veces sucede que no hay tanta perfección en las obras compuestas de varios trozos y hechas por las manos de muchos maestros, como en aquellas en que uno solo ha trabajado. Así vemos que los edificios, que un solo arquitecto ha comenzado y rematado, suelen ser más hermosos y mejor ordenados que aquellos otros, que varios han tratado de componer y arreglar, utilizando antiguos muros, construidos para otros fines. Esas viejas ciudades, que no fueron al principio sino aldeas, y que, con el transcurso del tiempo han llegado a ser grandes urbes, están, por lo común, muy mal trazadas y acompasadas, si las comparamos con esas otras plazas regulares que un ingeniero diseña, según su fantasía, en una llanura; y, aunque considerando sus edificios uno por uno encontremos a menudo en ellos tanto o más arte que en los de estas últimas ciudades nuevas, sin embargo, viendo cómo están arreglados, aquí uno grande, allá otro pequeño, y cómo hacen las calles curvas y desiguales, diríase que más bien es la fortuna que la voluntad de unos hombres provistos de razón, la que los ha dispuesto de esa suerte. [...] Y para hablar de las cosas humanas, creo que si Esparta ha sido antaño muy floreciente, no fue por causa de la bondad de cada una de sus leyes en particular, que algunas eran muy extrañas y hasta contrarias a las buenas costumbres, sino porque, habiendo sido inventadas por uno solo, todas tendían al mismo fin. Y así pensé yo que las ciencias de los libros, por lo menos aquellas cuyas razones son solo probables y carecen de demostraciones, habiéndose compuesto y aumentado poco a poco con las opiniones de varias personas diferentes, no son tan próximas a la verdad como los simples razonamientos que un hombre de buen sentido puede hacer, naturalmente, acerca de las cosas que se presentan. Y también pensaba yo que, como hemos sido todos nosotros niños antes de ser hombres y hemos tenido que dejarnos regir durante mucho tiempo por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que muchas veces eran contrarios unos a otros, y ni unos ni otros nos aconsejaban acaso siempre lo mejor, es casi imposible que sean nuestros juicios tan puros y tan sólidos como lo fueran si, desde el momento de nacer, tuviéramos el uso pleno de nuestra razón y no hubiéramos sido nunca dirigidos más que por ésta.



Verdad es que no vemos que se derriben todas las casas de una ciudad con el único propósito de reconstruirlas en otra manera y de hacer más hermosas las calles; pero vemos que muchos particulares mandan echar abajo sus viviendas para reedificarlas y, muchas veces, son forzados a ello, cuando los edificios están en peligro de caerse, por no ser ya muy firmes los cimientos. Ante cuyo ejemplo, llegué a persuadirme de que no sería en verdad sensato que un particular se propusiera reformar un Estado cambiándolo todo, desde los cimientos, y derribándolo para enderezarlo; ni aun siquiera reformar el cuerpo de las ciencias o el orden establecido en las escuelas para su enseñanza; pero que, **por lo que toca a las opiniones, a que hasta entonces había dado mi crédito, no podía yo hacer nada mejor que emprender de una vez la labor de suprimirlas, para sustituirlas luego por otras mejores o por las mismas, cuando las hubiere ajustado al nivel de la razón.** Y tuve firmemente por cierto que, por este medio, conseguiría dirigir mi vida mucho mejor que si me contentase con edificar sobre cimientos viejos y me apoyase solamente en los principios que había aprendido siendo joven, sin haber examinado nunca si eran o no verdaderos. Pues si bien en esta empresa veía varias dificultades, no eran, empero, de las que no tienen remedio; ni pueden compararse con las que hay en la reforma de las menores cosas que atañen a lo público. Estos



grandes cuerpos políticos, es muy difícil levantarlos, una vez que han sido derribados, o aun sostenerlos en pie cuando se tambalean, y sus caídas son necesariamente muy duras. Además, en lo tocante a sus imperfecciones, si las tienen -y sólo la diversidad que existe entre ellos basta para asegurar que varios las tienen-, el uso las ha suavizado mucho sin duda, y hasta ha evitado o corregido insensiblemente no pocas de entre ellas, que con la prudencia no hubieran podido remediarse tan eficazmente; y por último, son casi siempre más soportables que lo sería el cambiarlas, como los caminos reales, que serpentean por las montañas, se hacen poco a poco tan llanos y cómodos, por, el mucho tránsito, que es

muy preferible seguirlos, que no meterse en acortar, saltando por encima de las rocas y bajando hasta el fondo de las simas.

[...] Y yo hubiera sido, sin duda, de esta última especie de ingenios [quienes se dejan llevar por ideas ajenas], si no hubiese tenido en mi vida más que un solo maestro o no hubiese sabido cuán diferentes han sido, en todo tiempo, las opiniones de los más doctos. Mas, habiendo aprendido en el colegio que no se puede imaginar nada, por extraño e increíble que sea, que no haya sido dicho por alguno de los filósofos, y habiendo visto luego, en mis viajes, que no todos los que piensan de modo contrario al nuestro son por ello bárbaros y salvajes, sino que muchos hacen tanto o más uso que nosotros de la razón; y habiendo considerado que un mismo hombre, con su mismo ingenio, si se ha criado desde niño entre franceses o alemanes, llega a ser muy diferente de lo que sería si hubiese vivido siempre entre chinos o caníbales; y que hasta en las modas de nuestros trajes, lo que nos ha gustado hace diez años, y acaso vuelva a gustarnos dentro de otros diez, nos parece hoy extravagante y ridículo, de suerte que más son la costumbre y el ejemplo los que nos persuaden, que un conocimiento cierto; y que, sin embargo, la multitud de votos no es una prueba que valga para las verdades algo difíciles de descubrir, porque más verosímil es que un hombre solo dé con ellas que no todo un pueblo, no podía yo elegir a una persona, cuyas opiniones me parecieran preferibles a las de las demás, y me vi como obligado a emprender por mí mismo la tarea de conducirme.

Había estudiado un poco, cuando era más joven, de las partes de la filosofía, la lógica, y de las matemáticas, el análisis de los géometras y el álgebra, tres artes o ciencias que debían, al parecer, contribuir algo a mi propósito. Pero cuando las examiné, hube de notar que, en lo tocante a la lógica,



sus silogismos y la mayor parte de las demás instrucciones que da, más sirven para explicar a otros las cosas ya sabidas o incluso, como el arte de Lulio, para hablar sin juicio de las ignoradas, que para aprenderlas. Y si bien contiene, en verdad, muchos, muy buenos y verdaderos preceptos, hay, sin embargo, mezclados con ellos, tantos otros nocivos o superfluos, que separarlos es casi tan difícil como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol sin desbastar. Luego, en lo tocante al análisis de los antiguos y al álgebra de los modernos, aparte de que no se refieren sino a muy abstractas materias, que no parecen ser de ningún uso, el primero está siempre tan constreñido a considerar las figuras, que no puede ejercitar el entendimiento sin cansar grandemente la imaginación; y en la segunda, tanto se han sujetado sus cultivadores a ciertas reglas y a ciertas cifras, que han hecho de ella un arte confuso y oscuro, bueno para enredar el ingenio, en lugar de una ciencia que lo cultive. Por todo lo cual, pensé que había que buscar algún otro método que juntase las ventajas de esos tres, excluyendo sus defectos.

Y como la multitud de leyes sirve muy a menudo de disculpa a los vicios, siendo un Estado mucho mejor regido cuando hay pocas, pero muy estrictamente observadas, así también, en lugar del gran número de preceptos que encierra la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes, supuesto que tomase una firme y constante resolución de no dejar de observarlos una vez siquiera:

Fue el primero, no admitir como verdadera cosa alguna, como no supiese con evidencia que lo es; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención, y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda.

El segundo, dividir cada una de las dificultades, que examinare, en cuantas partes fuere posible y en cuantas requiriese su mejor solución.

El tercero, conducir ordenadamente mis pensamientos, empezando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, gradualmente, hasta el conocimiento de los más compuestos, e incluso suponiendo un orden entre los que no se preceden naturalmente.

Y el último, hacer en todo unos recuentos tan integrales y unas revisiones tan generales, que llegase a estar seguro de no omitir nada.

Esas largas series de trabadas razones muy simples y fáciles, que los geómetras acostumbran emplear, para llegar a sus más difíciles demostraciones, habíanme dado ocasión de imaginar que todas las cosas, de que el hombre puede adquirir conocimiento, se siguen unas a otras en igual manera, y que, con sólo abstenerse de admitir como verdadera una que no lo sea y guardar siempre el orden necesario para deducirlas unas de otras, no puede haber ninguna, por lejos que se halle situada o por oculta que esté, que no se llegue a alcanzar y descubrir. Y no me cansé mucho en buscar por cuáles era preciso comenzar, pues ya sabía que por las más simples y fáciles de conocer; y considerando que, entre todos los que hasta ahora han investigado la verdad en las ciencias, sólo los matemáticos han podido encontrar algunas demostraciones, esto es, algunas razones ciertas y evidentes, no dudaba de que había que empezar por las mismas que ellos han examinado, aun cuando no esperaba sacar de aquí ninguna otra utilidad, sino acostumbrar mi espíritu a saciarse de verdades y a no contentarse con falsas razones. Mas no por eso concebí el propósito de procurar aprender todas las ciencias particulares denominadas comúnmente matemáticas, y viendo que,





aunque sus objetos son diferentes, todas, sin embargo, coinciden en que no consideran sino las varias relaciones o proporciones que se encuentran en los tales objetos, pensé que más valía limitarse a examinar esas proporciones en general, suponiéndolas solo en aquellos asuntos que sirviesen para hacerme más fácil su conocimiento y hasta no sujetándolas a ellos de ninguna manera, para poder después aplicarlas tanto más libremente a todos los demás a que pudieran convenir. Luego advertí que, para conocerlas, tendría a veces necesidad de considerar cada una de ellas en particular, y otras veces, tan solo retener o comprender varias juntas, y pensé que, para considerarlas mejor en particular, debía suponerlas en líneas, porque no encontraba nada más simple y que más distintamente pudiera yo representar a mi imaginación y mis sentidos; pero que, para retener o comprender varias juntas, era necesario que las explicase en algunas cifras, las más cortas que fuera posible; y que, por este medio, tomaba lo mejor que hay en el análisis geométrico y en el álgebra, y corregía así todos los defectos de una por el otro.

Y, efectivamente, me atrevo a decir que la exacta observación de los pocos preceptos por mí elegidos, me dio tanta facilidad para desenmarañar todas las cuestiones de que tratan esas dos ciencias, que en dos o tres meses que empleé en examinarlas, habiendo comenzado por las más simples y generales, y siendo cada verdad que encontraba una regla que me servía luego para encontrar otras, no sólo conseguí resolver varias cuestiones, que antes había considerado como muy difíciles, sino que hasta me pareció también, hacia el final, que, incluso en las que ignoraba, podría determinar por qué medios y hasta dónde era posible resolverlas. En lo cual, acaso no me acusaréis de excesiva vanidad si consideráis que, supuesto que no hay sino una verdad en cada cosa, el que la encuentra sabe todo lo que se puede saber de ella; y que, por ejemplo, un niño que sabe aritmética y hace una suma conforme a las reglas, puede estar seguro de haber hallado, acerca de la suma que examinaba, todo cuanto el humano ingenio pueda hallar; porque al fin y al cabo el método que enseña a seguir el orden verdadero y a recontar exactamente las circunstancias todas de lo que se busca, contiene todo lo que confiere certidumbre a las reglas de la aritmética.

Pero lo que más contento me daba en este método era que, con él, tenía la seguridad de emplear mi razón en todo, si no perfectamente, por lo menos lo mejor que fuera en mi poder. Sin contar con que, aplicándolo, sentía que mi espíritu se iba acostumbrando poco a poco a concebir los objetos con mayor claridad y distinción y que, no habiéndolo sujetado a ninguna materia particular, prometíame aplicarlo con igual fruto a las dificultades de las otras ciencias, como lo había hecho a las del álgebra. No por eso me atreví a empezar luego a examinar todas las que se presentaban, pues eso mismo fuera contrario al orden que el método prescribe; pero habiendo advertido que los principios de las ciencias tenían que estar todos tomados de la filosofía, en la que aun no hallaba ninguno que fuera cierto, pensé que ante todo era preciso procurar establecer algunos de esta clase y, siendo esto la cosa más importante del mundo y en la que son más de temer la precipitación y la prevención, creí que no debía acometer la empresa antes de haber llegado a más madura edad que la de veintitrés años, que entonces tenía, y de haber dedicado buen espacio de tiempo a prepararme, desarraigando de mi espíritu todas las malas opiniones a que había dado entrada antes de aquel tiempo, haciendo también acopio de experiencias varias, que fueran después la materia de mis razonamientos y, por último, ejercitándome sin cesar en el método que me había prescrito, para afianzarlo mejor en mi espíritu.

Referències

<http://www.geocities.com/fdomauricio/portada.htm>

<http://www.netcom.es/icbarca/fisica.htm>

<http://centros5.pntic.mec.es/ies.victoria.kent/Rincon-C/Citas-C/citas-va.htm>

<http://www.icfes.gov.co/revistas/accefyn/MemoDes/Paty/Paty.html>



TEMA 10. CONSTRUIR EL MAPA DEL MUNDO

Brand Blanshard, “La empresa filosófica”¹⁸



La filosofía se entiende mejor, creo, como parte de una empresa más vieja y amplia, la empresa de la comprensión del mundo. Podemos perfectamente considerar en primer lugar esta comprensión en su amplitud. Preguntaré, para comenzar, cuál es su meta, después cuáles son sus principales etapas y a continuación cuáles son los modos en los que la filosofía forma parte de ella.

La empresa, como acabamos de decir, es la empresa de la comprensión del mundo. ¿Qué queremos decir por comprensión -por comprender cualquier cosa en absoluto? Queremos decir, supongo, explicárnosla a nosotros mismos. Muy bien, ¿qué significa explicar cualquier cosa? Tropezamos con algún hecho o evento que nos resulta ininteligible; ¿qué lo haría inteligible? El primer paso de la respuesta es, contemplarlo como una instancia de alguna regla. Alguien padece una tarde un agudo dolor de cabeza y, desesperado, se pregunta por qué. Recuerda que acaba de comer dos grandes trozos de bizcocho de chocolate y que es alérgico al chocolate; entonces el dolor de cabeza parece explicarse; ya no es por más tiempo un nuevo visitante demoníaco que se le ha colado no se sabe de donde; lo ha domesticado lo ha asimilado a su conocimiento, sometiéndolo a una regla conocida.

¿Qué clase de reglas son éstas que sirven para convertir en inteligibles a los hechos?

Son siempre reglas de conexión, reglas que ponen en relación el hecho a explicar con algo más. Esa persona se explica el dolor de cabeza colocándolo bajo una ley, relacionándolo causalmente con algo más. De modo parecido, se explica el hecho de que una figura sobre una pizarra tiene ángulos iguales a dos ángulos rectos, relacionándola lógicamente con algo más, indicando que es un triángulo y que pertenece a los triángulos como tales tener esta propiedad.

Hasta aquí, la colocación de un caso bajo una regla explica admirablemente cómo funciona esto. Pero, supongamos que alguien pide una explicación adicional. Cuando una persona explica su dolor de cabeza por referencia al chocolate, o la suma de los ángulos de la figura por referencia a su triangularidad, esa persona dice: «sí, sí, lo sé, pero lo que no comprendo es por qué vale la regla misma. ¿Cómo explica usted esto?» Nosotros únicamente podemos dar la misma respuesta que antes. Explicar una regla es ponerla en conexión con alguna otra regla de la que se sigue, del mismo modo que explicar un hecho o evento consiste en ponerlo en conexión con algún otro hecho o evento. Cuando se puede poner en conexión se puede explicar, cuando no se puede poner en conexión, no se puede explicar. Se puede explicar por qué un triángulo tiene que tener ángulos iguales a una línea recta porque se puede mostrar que esto debe ser verdadero, si otras proposiciones, que normalmente se aceptan sin discusión, son verdaderas. ¿Se puede mostrar igualmente que la regla acerca del chocolate que produce dolor de cabeza, resulta de alguna otra regla adicional? Sin duda, un especialista en alergia podría. Mostraría que al intentar asimilar las moléculas proteicas del chocolate, se destruyen ciertas células del cuerpo; y la regla de que comer chocolate produce dolor de cabeza, resulta de la regla adicional y más precisa que dice que cierto género de deterioro celular produce cierto género de dolor de cabeza. Pero, entonces, por qué ha de valer esto? ¿Por qué un cambio en las células corporales ha de producir un dolor consciente? Todas las explicaciones ofrecidas hasta ahora, se estrellan aquí contra un muro de piedra. Podemos ver que ciertos cambios en el cuerpo son seguidos efectivamente por cambios en la conciencia; pero no tenemos la más ligera idea de por qué.

¹⁸ BLANSHARD, Brant, “La empresa filosófica”, in *La Lechuza de Minerva*, Madrid, Cátedra, 2001.



Llegados a este punto se abren dos caminos ante aquella persona que intente explicar su mundo. Ha llegado -o si no ha llegado, llegará pronto- a una generalización que no puede ahora explicar colocándola bajo algo más general. ¿Ha de continuar en su intento o no? La probabilidad de que continúe puede perfectamente depender de lo que ella considere que ha de ser el ideal de explicación. Los empiristas contemporáneos se encuentran totalmente satisfechos poniendo fin a sus investigaciones con reglas o leyes que son meramente enunciados de conjunción general. Ciertos cambios en el cuerpo siempre acompañados por ciertos cambios en la conciencia. ¿Por qué? Se trata de una pregunta necia. Si de hecho están siempre conectados así ¿qué más podría preguntar una persona sensata? se explica la caída de un copo de nieve o de una gota de agua un meteoro colocándola bajo la ley de la gravitación, y si esta ley formulado precisamente, si se puede mostrar que la tierra y el de nieve están conectados de tal manera que cada uno tira del con una fuerza directamente variable respecto a su masa e inversamente respecto al cuadrado de su distancia ¿qué más se podría pedir? Se podría, con toda seguridad, encontrar alguna generalización más amplia a partir de la cual se siguiera la ley de la gravitación: éste era uno de los intereses capitales que Einstein tenía al final de su vida, y tiene sentido que así fuese. Pero si la explicación quiere decir más que esto,



sostiene el empirista, se trata de una quimera: Cada explicación de un hecho debe llegar más tarde o más temprano a una vía muerta. Debe detenerse en alguna parte con una generalización que es un puro enunciado de junción de facto, opaca misma a la razón.

Pero tenemos abierto otro ideal de explicación el de los racionalistas, a los que yo pertenezco. Sostienen éstos que cuando se termina con una ley cualquiera que es un mero enunciado de conjunción, la explicación es incompleta y uno se ve obligado a intentar menos ir más allá de ella. ¿Qué les compele a decir esto? Se trata su sentido de la meta que persigue el conocimiento, de lo que impulsaría el intento de explicar finalmente el resto. Cuando se plantea la pregunta «¿Por qué?» se está buscando una respuesta de alguna clase, pero, ¿de qué clase? Podemos observar con respecto a algunas respuestas que podemos plantear de nuevo la misma pregunta, con respecto a otras que no podemos plantearlas porque hemos alcanzado el tope. Supongamos que alguien observa que dos líneas rectas no cierran un espacio, o que todo lo que es coloreado es extenso, o que una cosa no puede, al mismo tiempo, tener una propiedad y no tenerla y supongamos ahora que un escéptico agudo le pregunta par qué ¿Podría darle alguna respuesta? No creo que pudiera, no porque existe una respuesta que esa persona no conozca, sino porque cualquiera que comprendiese su observación sabía la respuesta de antemano y estaría planteando una pregunta tonta. Cuando se tiene una.-ley que conecta la cosas de manera necesaria y auto-evidente la Pregunta «¿Por qué?» no tiene objeto, puesto que la clase de intuición que se tiene es precisamente la misma que se está buscando. Si observa que, siendo lo que es, A tiene que ser B, la pregunta adicional «¿Por qué?» carece de significado.

Se ve, entonces, que lo que la comprensión busca, lo que conduciría a la búsqueda del resto, es la necesidad. Donde la necesidad está presente tenemos lo que deseamos, donde está ausente, no hemos comprendido aún completamente.

Ahora bien, un racionalista es una persona que supone que detrás de todo es existe un tiene que, que si la nieve es blanca o el fuego quema o Juan está acatarrado, la pregunta «¿Por qué?» tiene una respuesta, y que esta respuesta revelará una necesidad. Puede objetarse: ¿Se puede probar esto? ¿Se piensa realmente que, puesto que estamos buscando la necesidad, tiene que estar ahí, dispuesta a que se la encuentre, que las cosas deben ser inteligibles, porque sería más satisfactorio para nosotros si así fuera? La respuesta, desde luego, es «No». El filósofo que considera que algo tiene que ser verdadero, porque quiere que sea verdadero traiciona su oficio. Pero a menos que el filósofo pudiese suponer que existe alguna respuesta a sus preguntas, no tendría motivo para insistir en ellas. Para el racionalista crítico la inteligibilidad de las cosas no es una conclusión necesaria ni una suposición arbitraria, sino un postulado, esto es, una proposición que para propósitos prácticos



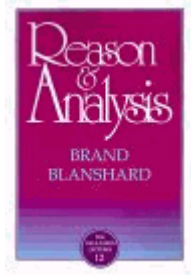
debe asumir y que la experiencia confirma progresivamente, pero para lo que es incapaz de presentar una demostración.

De este modo el racionalista es, si quiere, un hombre de fe. Su fe consiste en que existe en el universo dispuesta a que se la encuentre la clase de la inteligibilidad que satisfará su intelecto, que existe una coincidencia entre la realidad y su ideal intelectual, que en todo punto existe una respuesta a su pregunta «¿Por qué?» Esta fe es el principal origen de su empeño. Él está dispuesto a descartarla si fuera necesario, pero no antes de ese momento; y verá esta aparente derrota sólo como un retroceso temporal, si puede. Después de todo, si no existe respuesta, ¿por qué buscarla? Se puede decir en efecto con George Saintsbury que «el fin de todas las cosas es desconcertante, pero en cualquier momento no es bueno desconcertarse demasiado pronto». Pero si esperamos que en cualquier momento la naturaleza va a colocarnos una barricada en nuestra razón, nos desconcertaremos con toda seguridad demasiado pronto.

[...]

Ahora bien, el curso de la razón, del cual la filosofía es una parte, es un lento y persistente trepar hacia la visión de esa totalidad. De este modo pasa a través de cuatro niveles: el nivel de la infancia, el del sentido común, el de la ciencia y el de la filosofía. Veremos más claramente la parte de la filosofía en esta empresa, si, brevemente, volvemos sobre nuestros pasos hasta los primeros niveles.

Para cada uno de nosotros la aventura de la mente comienza en una marisma a tanta profundidad del lugar donde nos encontramos ahora, que no podemos verla o imaginarla claramente. Comenzamos con la sensación, «un estallido, una confusión zumbante» de sensaciones, que no significan nada. Lo que nos lleva fuera de la primitiva marisma es la formación de sólidas islas en la marisma, nódulos de cualidades, que asoman a la vez y actúan de manera establecida. Cuando el niño puede captar un racimo estable de cualidades, ya sea un frasco u otra cosa, por ejemplo, un sonajero, la tierna razón obtiene un triunfo. El niño está abriendo un camino hacia el nivel del sentido común, nivel en el que primordialmente vivimos.



Mediante «mundo del sentido común» me refiero al mundo de cosas y de personas. La transición hacia este mundo la hace el niño en esos años que Bertrand Russell calificó como los más decisivos de la propia vida: el primero y segundo años. Quiero hacer dos observaciones respecto a este reino, el más familiar de todos; en primer lugar, que se trata de construcción intelectual y, en segundo lugar, que no tiene una morada permanente.

En primer lugar, se trata de **construcción**. **Las cosas no son nunca dadas en la sensación como un todo. Cuando percibimos una pelota roja lo que nosotros vemos debe completarse con la interpretación**, basada en nuestra experiencia pasada, del hecho de que tiene otra cara. El sentido común cree que alguna de las cosas que veo moverse a mi alrededor son personas con sentimientos e ideas iguales a las mías, aunque esto sea un vuelo metafísico que no podrá jamás verificarse directamente. Además, creo que cuando ustedes y yo miramos a la pelota, estamos viendo la misma cosa -una atrevida y altamente dudosa teoría. De hecho la cabeza del hombre llano está llena de teorías sobre los hombres, mujeres, extranjeros;- artistas y comunistas, y sus creencias religiosas están llenas a rebosar de metafísica.

La segunda observación que ha de hacerse consiste en que **gran parte de esta teoría es mala teoría**. La teoría del conocimiento del hombre llano, sus creencias religiosas y sus generalizaciones acerca de las cosas y de la gente, registrada frecuentemente en sus proverbios, está repleta de inconsistencias: «No por mucho madrugar amanece más temprano», dice, y añade: «A quien madruga Dios le ayuda.» Acepta ambas cosas con toda tranquilidad.

En el mundo del sentido común, pues, la razón no puede encontrar una morada permanente o un lugar para hacer un alto. Debe avanzar hacia la ciencia. Este avance no es un salto abrupto hacia un nuevo orden o dimensión. La ciencia, como dijo T. H. Huxley, es sentido común



refinado y organizado. El mundo del sentido común es una construcción teórica que ha sido acrecentada durante unos cincuenta mil siglos de ensayos y errores y la mayor parte de él se recibe a modo de legado adquirido sin esfuerzo. El orden científico es una superestructura, la mayor parte de la cual ha sido construida en los tres últimos siglos. Pero las dos estructuras son continuas y la última planta construida recientemente será tal vez ocupada por nuestros descendientes tan fácilmente como nosotros hemos adquirido las más bajas. Para pasar de lo más bajo a lo más alto es necesario subir dos tramos de escalera, el primero de ellos nos lleva a un nuevo nivel de abstracción y el segundo a un nuevo nivel de precisión.



En primer lugar, la **abstracción**. El físico en cuanto hombre puede tener mucho interés por Jane Doe, como persona, pero como científico tiene poco o ninguno. El físico la desmenuza en un conjunto de propiedades y las estudia separadamente. En cuanto masa, no es posible distinguirla de un saco de patatas y, si se dejara caer desde lo alto de una torre, se aceleraría en la misma proporción. Para la ciencia, el interés que tiene una ley es proporcional a su generalidad, y cuanto más general es, más abstractas son las cualidades que ponen en relación sus leyes.

En segundo lugar, la **exactitud**. El científico nunca se encuentra satisfecho hasta que los caracteres que él correlaciona se miden y sus variaciones pueden enunciarse como funciones una de otra. Cualquiera puede observar una manzana que cae de un árbol o el aumento de presión en una marmita cuando hierve, pero se necesita un Newton con su ley de los cuadrados inversos para describir exactamente lo que la manzana está haciendo y un Boyle con su variación inversa del volumen y presión para describir exactamente qué está sucediendo en la olla.

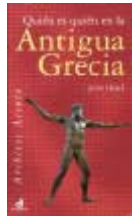
El paso del sentido común a la ciencia no es un paso a una nueva clase de pensar, sino un refinamiento del proceso ya en marcha. Así es el paso de la ciencia a la filosofía. Es un grave error colocar a la ciencia y a la filosofía como rivales entre sí; existe continuidad entre ambas. Un filósofo que ignore la ciencia construirá probablemente castillos en el aire, y un científico que ignore la filosofía será dogmático, miope, o ambas cosas a la vez. La filosofía, desde mi punto de vista, está tan ligada a la ciencia, es hasta tal punto una parte integrante de la misma empresa, que tengo que insistir aquí en llegar a ella a través de la avenida de la ciencia.

¿Hay alguna necesidad de avanzar más lejos? Mucha gente dice en la actualidad que no. «Lo que es conocimiento es ciencia», señaló Russell, y «lo que no es conocimiento no es ciencia». Es corriente decir que al inglés le ha sido otorgado el reino del mar, al francés el dominio de la tierra y a los alemanes el reino del aire; esto hace referencia, desde luego, a la estratosfera, donde se supone que viven los filósofos y donde en efecto han estado viviendo siempre desde que Tales se puso a deambular por las calles pensando en las musarañas y cayó en un pozo. Debo confesar que siento mucha simpatía por estos críticos. El filósofo que pontifica acerca del ser y del no ser en una prosa, que sigue la supuesta regla del Dr. Johnson de no usar nunca una palabra de una sílaba si se puede encontrar una de seis, me parece algo peor que un pelmazo. Se supone que es un especialista en pensar claramente y, por consiguiente, en hablar con claridad y, si aparece en público en un estado de desabotonamiento lógico y lingüístico, buscando a tientas palabras para que ellas mismas nuevamente busquen a tientas ideas, ni hace filosofía ni nada educacionalmente bueno. Pero esto no es filosofía tal como la practican aquellos que manejan su oficio -McTaggart y Moore, Broad, Price y Lovejoy. Seguramente, nadie que haya entendido a estos filósofos podría dejar de considerar como importante lo que estaban intentando hacer. Bien, ¿qué es lo que han estado intentando hacer? Han intentado complementar el trabajo de la ciencia al menos en dos aspectos. La ciencia debe ampliarse si hemos de satisfacer nuestra sed de conocimiento en esos dos aspectos, pero los científicos no tienen mucho interés en ninguno de ellos. El hecho es que, lógicamente hablando, la filosofía comienza antes que la ciencia y continúa después de que la ciencia ha completado su trabajo. En el ancho espectro del conocimiento, la ciencia ocupa la banda central. Pero sabemos que hay más cosas en el espectro que esta parte notable. De una parte, más allá del extremo rojo del espectro existe una amplia





banda de rayos infrarrojos; de otra parte, más allá del extremo violeta, se encuentran los rayos ultravioletas. La filosofía se ocupa de los infrarrojos y los ultravioletas de la ciencia, que están en relación de continuidad con la banda central, pero que son de discernimiento más delicado y difícil.

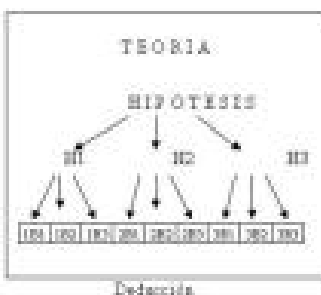


Tomemos el extremo rojo en primer lugar. Consideremos el sentido en el que la filosofía antecede a la ciencia. El científico prefiere dar por sentados muchos de los conceptos que utiliza y muchas de sus suposiciones de trabajo. Puede examinarlos si lo desea, y algunos científicos lo hacen. La mayor parte no, porque si esperasen hasta tener claras estas difíciles ideas básicas, nunca conseguirían lo que más les interesa de todo. Pero sería absurdo dejar estas ideas básicas sin examinarlas totalmente. Este trabajo preliminar, en algún sentido ingrato, constituye la tarea del filósofo.

Nos hemos referido a estas ideas no examinadas como conceptos y suposiciones. Ilustremos, en primer lugar, los conceptos.

El sentido común y la ciencia están utilizando constantemente ciertas palabritas casi monosilábicas que parecen muy familiares y quizá sin importancia para requerir una definición. Decimos: «¿Cuánto tiempo hace que esperas?»; «Hay menos espacio en un coche compacto», «No había causa para que se ofendiera» «Su mente desbarra», «Yo pienso que estas huelgas son injustas para el público». Considérense las palabras que hemos usado: 'tiempo', 'espacio', 'causa', 'bueno', 'verdad', 'mente', 'justo', 'yo'. Si alguien nos dice «¿Qué quiere decir mediante yo?», o cuando preguntábamos cuánto tiempo esperabas, «¿Qué quiere usted decir por 'tiempo'?», diríamos probablemente «Oh, no sea usted idiota», o quizá con San Agustín, «Sé perfectamente bien lo que significa tiempo hasta que usted me lo pregunta, después no lo sé». Sospecho que esto último es la respuesta adecuada teniendo en cuenta todas esas palabras. Sabemos bastante bien lo que quieren decir para los propósitos cotidianos, pero pensar sobre ellas consiste en revelar más y más profundamente un significado insospechado. Este hecho sugiere tanto la fuerza como la debilidad de la filosofía lingüística actual. Es con toda seguridad verdadero, como esta escuela defiende, que la principal ocupación de la filosofía consiste en definir palabras. El primer gran arranque de la filosofía en las conversaciones de Sócrates era en gran medida un intento de definir ciertas palabras clave de la vida práctica -'justicia', 'piedad', 'templanza', 'valor'. Pero sus significados resultaban ser desconcertantemente elusivos; persiguió al fantasma de la justicia a lo largo de los diez libros de La República y apenas consiguió agarrarlo al final. Sócrates se dio cuenta de que captar el significado, incluso de estos términos simples y comunes, resolvería gran parte de los más profundos problemas de la ética y de la metafísica. Pero debemos añadir que Sócrates no era un filósofo del lenguaje ordinario. No era un Noah Webster ateniense, coleccionista de monedas usadas que corrían en el mercado; al contrario, sentía un placer especial en mostrar que en el nivel del uso ordinario nuestros significados eran confusos e incoherentes. Únicamente refinándolos y revisándolos podríamos llegar a significados estables.

Ahora bien, el científico que intenta encontrar la verdad sobre la causa de la gripe no puede interrumpir sus experimentos hasta que no haya alcanzado alguna claridad sobre la naturaleza de la verdad o sobre el concepto de causalidad. El estudioso de la ciencia política, que sostiene que la democracia es, en ciertos aspectos, mejor que el comunismo, no puede permanecer mudo hasta que todos sus colegas se hayan puesto de acuerdo sobre la definición de 'bueno'. Estas personas deben continuar con su trabajo y tienen derecho a no pararse y andar embobados, pensando en principios últimos. Pero, después de todo, esas ideas son principios últimos; hemos de utilizarlas continuamente en nuestro pensar; y sería absurdo que mientras los investigadores están intentando aclararse sobre asuntos relativamente sin importancia nadie intentase conseguir alguna claridad sobre lo más importante de todo. Y las personas adecuadas para hacer este esfuerzo son seguramente los filósofos. Un filósofo, amigo mío, iba en cierta





ocasión sentado en un vagón de ferrocarril al lado de un vendedor el cual, reconociendo en él una cierta afinidad de espíritu, le lanzó una perorata sobre su género: «¿Y cuál es su género?», concluyó: «Nociones», replicó el filósofo. Esto le pareció perfecto al vendedor y ha de parecerse también a nosotros. Las nociones son el género del filósofo, nociones clave tales como verdad, validez, valor, conocimiento, sin las cuales el pensamiento no podría comenzar su singladura, pero que el científico mismo no tiene tiempo ni ganas de examinar.

Hemos sugerido que no son solamente sus conceptos últimos, sino también sus suposiciones últimas, aquello que el científico prefiere entregar a otro para su examen. Permítaseme enumerar unos pocos y preguntar si existe algún científico natural que no los dé por sentados.

Que podemos aprender los hechos del orden físico mediante percepción. Que las leyes de nuestra lógica son válidas en este orden físico. Que existen un espacio y un tiempo públicos en el que las cosas suceden y al que todos nosotros tenemos acceso. Que todo evento tiene una causa. Que bajo condiciones semejantes ha sucedido siempre la misma clase de cosas y que siempre sucederá. Que debemos ajustar el grado de nuestro asentimiento a cualquier proposición a la fuerza de su evidencia. Todas éstas son proposiciones de gran importancia, de las que los científicos hacen uso todos los días de su vida. Si alguna de ellas fuera falsa, su programa entero estaría en peligro. Pero no son proposiciones científicas. Se dan por supuestas en todas las ciencias igualmente; están en continuidad con el pensamiento de todas; sin embargo, no son propiedad de ninguna. Sería absurdo dejarlas sin examinar, pues alguna de ellas, ó todas, pueden ser falsas. Pero el científico se espantaría si, antes de usar un microscopio o un telescopio, tuviese que decidir la cuestión de si es posible el conocimiento por percepción, o; de si puede haber una lógica sin ontología. Los científicos han discutido a veces estos asuntos, y sus puntos de vista son siempre bien recibidos, pero ellos general y sensatamente prefieren entregarlos a los especialistas. Y -los especialistas en estos problemas son los filósofos.

Ahora he clarificado, espero, lo que se quiere decir cuando se dice que la filosofía antecede a la ciencia. La antecede en el sentido de que toma para su examen los conceptos y suposiciones principales con los que los científicos comienzan su trabajo. La ciencia depende lógicamente de la filosofía. Si la filosofía tuviera éxito al mostrar, como Hume y Carnap han pensado que lo tenía, que cualquier referencia a un existente no sensible carece de significado, los físicos que hablan de los electrones y fotones, habrían tenido que desentenderse del asunto o revisar radicalmente sus significados. Si la filosofía tuviera éxito, como James, Schiller y Freud han pensado que lo tenía, al mostrar que nuestro pensamiento está ineludiblemente enlazado con nuestros impulsos y emociones, entonces la empresa científica, como intento de alcanzar la verdad imparcial y objetiva, habría sido derrotada antes de empezar. La filosofía no coloca meramente un poco de filigrana en la mansión de la ciencia; proporciona sus cimientos pétreos.

Si la filosofía comienza antes que la ciencia, también continúa. después que el científico ha concluido su trabajo. Cada ciencia puede concebirse como un prolongado esfuerzo para responder a una vasta pregunta. La física pregunta: «¿Cuáles son las leyes de la materia en movimiento?» La biología pregunta: «¿Qué clases de estructura y comportamiento exhiben las cosas vivientes?» Cada ciencia toma un campo de la naturaleza para sí misma e intenta mantenerla dentro de sus baluartes. Pero en la naturaleza no hay baluartes; el movimiento de los electrones es de alguna

manera continuo con el hecho de escribir Hamlet y el ascenso de Lenin. ¿Quién ha de estudiar esta continuidad? Seguramente nos encontramos aquí de nuevo ante una tarea que únicamente el filósofo puede realizar. Un modo de realizarla, que no digo que sea el correcto, viene sugerido por la definición de la filosofía, como la búsqueda por un ciego en una habitación a oscuras de un sombrero negro que no existe, con la adición de que si lo encuentra, entonces se trata de teología. Puede pensarse que desde el momento en que dos proposiciones verdaderas no puedan ser





contradictorias entre sí, los resultados de la investigación científica independiente no pueden entrar en conflicto y que no existe problema para armonizarlos. Por el contrario, cuando examinamos incluso los resultados más generales de las diversas ciencias, vemos que chocan escandalosamente y que el trabajo de armonización es gigantesco. De hecho los problemas más agudos y fascinantes de la metafísica surgen en el intento de reconciliar los resultados de las principales disciplinas entre sí.



¿Cómo se reconciliaría la física con la psicología, por ejemplo? Los físicos sostienen que todo evento físico tiene una causa física, lo cual parece bastante inocente. Decir que una cosa material podría ponerse en movimiento, o que después de haberse puesto podría acelerar su movimiento o cambiar de dirección sin una causa física, parecería absurdo. Decir que ocurre un movimiento sin causa alguna, es una irresponsabilidad para el físico; si se dice que esto representa una interferencia desde fuera del orden espacial, se trata de superstición. Ahora bien, ¿no se compromete el psicólogo a decir que esta interferencia ocurre en realidad a cada instante? Si mis labios y mis cuerdas vocales se mueven ahora como suelen hacerlo, se debe a que estoy pensando ciertos pensamientos y quiero comunicarlos a alguien. Y el único modo en el que un pensamiento o deseo puede producir tales resultados es afectando los movimientos físicos de ondas y partículas de mi cabeza. No será bastante decir que únicamente están involucrados en la producción de esos resultados los correlatos nerviosos de mi pensamiento, puesto que estos cambios físicos no son mis pensamientos, y si mis pensamientos mismos no pueden diferenciarse de lo que hago, entonces la vida racional se convierte en una mascarada. Mi acción nunca está guiada en realidad por una elección consciente, ni nada de lo que digo está determinado por lo que pienso o siento. El sentido común no aceptaría esto, ni una sana psicología puede proporcionarle apoyo; la evidencia en contra de ello es demasiado abultada. Y lo que esta evidencia muestra es que la elección consciente, que no es en absoluto un evento físico, establece una diferencia entre la conducta de la lengua y los labios, de los brazos y las piernas. La conducta puede ser guiada conscientemente. ¿Pero cómo se puede conjugar esto con la convicción del físico de que toda conducta de este tipo es causada físicamente? Éste es el vivo problema filosófico del cuerpo y de la mente.

Conflictos de esta clase pueden ocurrir no sólo entre las ciencias naturales, sino también entre una ciencia natural y otra normativa. Tomemos la física y la ética. Para el físico todos los eventos –al menos todos los eventos macroscópicos– son causados, esto es, se siguen de acuerdo con alguna ley de eventos que les preceden inmediatamente. Esto también parece bastante inocente. Pero apliquemos ahora el principio a la ética. Una elección de cualquier persona es un evento, incluso si no se trata de evento físico, con lo que cae bajo la regla de que todos los eventos son causados. Esto significa que cada elección que esa persona haga se sigue de acuerdo con una ley de algún evento o eventos que justamente la preceden. Pero si es así, dados los eventos que justamente preceden cualquiera de mis elecciones, tenía que haber hecho lo que hice y no podría haber actuado de otra manera. Pero si esto es verdad, ¿no carece de sentido decir en cualquier caso que debía haber actuado de otra manera, puesto que hice la única cosa posible que podría haber hecho? Pero entonces, ¿en qué se convierte la ética tal como ordinariamente la concebimos? Si el principio científico es verdadero tendríamos que volver a pensar el fundamento ético del remordimiento, del premio, del castigo, de la alabanza y de la censura. Éste es el antiguo problema del libre albedrío, que era discutido con fascinación por los ángeles de Milton mientras estaban francos del servicio de trompetería y es discutido hoy en día con la misma fascinación por los estudiantes.

Sin duda, hay gente hoy día que dice que estas viejas disputas metafísicas son realmente solo lingüísticas y desaparecen respetando de forma apropiada el uso común. Así cuando vemos a una persona haciendo algo casual y sabemos que no está actuando bajo coerción o bajo algún móvil especial decimos que obra libremente; ésta es la usanza estándar y, por tanto, la usanza correcta; por consiguiente, cuando decimos que la persona está actuando libremente hablamos de modo correcto, por





tanto, estamos actuando libremente y, por consiguiente, no hay problema. Yo no estoy convencido. Sin duda, esa persona está actuando libremente en el sentido elegido. Por desgracia, este sentido es irrelevante para la disputa metafísica, pues lo que el determinista dice es que, incluso cuando no estamos bajo ninguna especie de coacción en el sentido ordinario, con todo, nuestras elecciones se siguen de causas; y si esto es verdad o no, no ha de establecerse estudiando el lenguaje del hombre llano porque la realidad es que nunca ha pensado sobre ello y, si lo ha hecho, no tiene por qué estar en lo cierto necesariamente.



Existen otros muchos conflictos semejantes a los dos que hemos mencionado. No se encuentran dentro de ninguna de las disciplinas, sino entre ellas y deben ser arbitrados por un organismo comprometido con la neutralidad. El único candidato plausible para este puesto es la filosofía. La filosofía es el organismo de conciliación interdepartamental el Tribunal Central de Trabajo, o, si se prefiere, el Tribunal Internacional, de la comunidad intelectual. Al igual que esos otros organismos no dispone de medios para dar fuerza a sus dictámenes. Su autoridad descansa en la racionalidad de sus decisiones.

Estamos ahora en posición de comprender el lugar de la filosofía en la empresa intelectual, como un todo. La inteligencia ha mostrado desde el principio un impulso hacia la comprensión. Comprender algo significa captarlo a la luz de otras cosas o eventos que lo hacen inteligible. El primer gran avance de este impulso era el sistema del sentido común que estaba moldeado en su forma por milenios de ensayo y error. Este sistema está siendo reemplazado por la ciencia, cuya red de explicación es, con mucho, más precisa y comprensiva. La filosofía es la continuación de esta empresa en el interior de las regiones que la ciencia deja sin explorar. Es un intento de llevar el entendimiento a sus límites más lejanos posibles. Esto introduce en el cuadro los cimientos sobre los que la ciencia construye los arcos y las bóvedas que mantienen unidas sus estructuras. La filosofía es a la vez la crítica y el complemento de la ciencia. En esto, tal como yo lo entiendo, han estado ocupados, desde Platón a Whitehead, todos los grandes filósofos.

Los filósofos jamás pueden tener éxito totalmente. Es completamente posible que los hombres utilicen el conocimiento de tal manera que lleguen a conseguir proyectarse y proyectar su empresa fuera del planeta. Pero, mientras se dan una nueva vida, la empresa está obligada a continuar, puesto que el esfuerzo para comprender no es un acontecimiento caprichoso o una debilidad; no es un juego para los momentos ociosos o «un grito lírico en medio de las ocupaciones»: Se trata de algo central a la misma naturaleza y existencia del hombre; es lo que le ha llevado desde alguna parte de la ciénaga a la elevada, aunque precaria percha donde ahora se apoya. El impulso de su inteligencia ha construido su mundo para él y lo ha modificado paulatinamente en conformidad con el misterioso mundo exterior. Para cualquiera que comprenda esto, la filosofía no necesita defensa. Puede servir de ayuda en aspectos prácticos y, desde luego, lo hace. Pero ésta no es la principal razón por la que los hombres filosofan. Filosofan porque no pueden dejar de hacerlo, porque la empresa del entendimiento, tan antigua como el hombre mismo, ha hecho que él sea lo que es y solamente puede hacer que sea lo que él puede ser.

Referències

http://progressiveliving.org/brand_blanshard.htm [anglès]

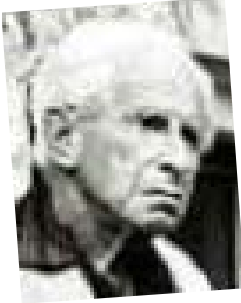
<http://www.monadnock.net/essays/blanshard.html>

http://www.erraticimpact.com/~20thcentury/html/blanshard_brand.htm



TEMA 11. LOS TEMAS DE LA FILOSOFÍA

Herbert Marcuse, “La relevancia de la realidad”¹⁹



Hace más de cien años, Marx llamó a la filosofía «la cabeza de la emancipación del hombre» -¡Deberíamos ser dignos de este elogio!

Pero si la realidad misma, la realidad social y política concreta ahora exige el esfuerzo filosófico crítico -como guía para la acción-, ello no implica una mera continuación de la variada tradición filosófica. Ciertamente, hay muchas cosas en esta tradición que merecen ser conservadas: esta tradición debe ser adecuadamente enseñada y aprendida, precisamente porque estos conceptos son aún antagonistas de la realidad dada, y proyectan condiciones del hombre y de la naturaleza que ahora han sido sujetas a la

materialización, traducidas a realidad.

Sin embargo, la conservación de esta tradición filosófica, y su defensa contra el doble ataque de los activistas militantes radicales por un lado, y de los puros y neutrales técnicos del pensamiento académico por el otro, no significa una simple repetición. El brutal ingreso de la realidad en el pensamiento conceptual demanda un replanteamiento, una retractación a veces en los casos en que la filosofía ha aceptado, con demasiada buena conciencia, las condiciones y valores establecidos como términos y finalidad del pensamiento. Este replanteamiento le es impuesto a la filosofía por una realidad que *necesita de la filosofía*, es decir, está necesitada de modalidades del pensamiento que puedan *contrarrestar* el masivo adoctrinamiento ideológico practicado por las sociedades represivas avanzadas de hoy. Esta filosofía contra-actuante habría de sacrificar su neutralismo puritano en favor de un análisis crítico que trascienda la falta conciencia y su universo de discurso y conducta y la lleve hacia su «concepto» histórico. Una filosofía tal tendría que ser materialista en la medida en que conservasen sus conceptos la plena concreción, la materia muerta y viva de la realidad social; sería idealista en tanto analizara esta realidad a la luz de su «idea», esto es, de sus posibilidades reales.

Permítaseme, a modo de ejemplo, sugerir algunos campos en los que ciertos cambios en la realidad se hacen relevantes para la filosofía y exigen ser pensados de nuevo.

1. *Análisis lingüístico*. En realidad, el lenguaje ha sido convertido, en una considerable medida, en un instrumento de control y manipulación. Esta transformación afecta tanto a la estructura sin táctica como a la estructura conceptual del lenguaje, de la definición y del vocabulario. La distorsión y falsificación de la «racionalidad» del lenguaje, y el modo en que dificulta el pensamiento independiente (y el sentimiento, e incluso ¡la percepción!) aparecen como un campo apropiado para el análisis y la evaluación crítica: la lingüística política como plena concretización -y conceptualización del análisis lingüístico.

2. *Estética*. Las familiares y periódicas «crisis del arte» han asumido hoy una forma que pone en tela de juicio la propia existencia del arte como tal. La noción del «fin del arte» se hace más realista en cuanto que el arte, en sus formas más radicales y destructivas, es fielmente absorbido e incorporado a la misma realidad a la que quiere acusar y subvertir. Esta situación pide una renovación de la estética filosófica: un análisis, no tanto del artista y de su creatividad, no de la «experiencia estética», como un análisis de la obra de arte en sí, su lugar y función ontológica e histórica en la interacción entre arte y sociedad.

3. *Epistemología*. La manera cómo y el punto hasta el cual la sociedad (es decir, los objetos y «datos» como hechos históricos específicos) entra en este proceso del conocimiento n



¹⁹ MARCUSE, Herbert, “La relevancia de la realidad”, in *La lechuga de Minerva*, Madrid, Cátedra, pp. 244-247



todos los niveles (percepción sensorial. memoria. razonamiento) y se combina con procesos fisiológicos v psicológicos. requiere una investigación que hasta ahora se ha dejado en manos de la «sociología del conocimiento». Sin embargo, el problema exige un análisis «trascendental» más que un análisis sociológico. Este análisis diferiría del de Kant en la medida en que trataría a «las formas de intuición» v las «categorías del entendimiento» no como «puras» sino como formas v conceptos históricos. Éstos serían *a priori* porque pertenecerían a las «condiciones de la experiencia posible», pero serían un *a priori histórico* en el sentido de que su universalidad v necesidad están definidas (limitadas) por un universo específico de experiencia histórica.

4. *La historia de la filosofía* ofrece muchas áreas que necesitan una reinterpretación. Por nombrar solamente una- In demostración por Platón de la mejor forma de gobierno aún es fácil de ridiculizar y juzgar bajo el aspecto dual de sus características obviamente repulsivas v de su irreconciliable conflicto con los valores liberales y democráticos. Pero hay otro aspecto de la *República*, a saber, la relación interna entre la teoría del conocimiento y la teoría del gobierno, la teoría política. Aquí se sujeta el gobierno a la condición de alcanzar la forma más elevada del conocimiento, y a las posibilidades reales de alcanzarlo. Si la primera parte de la premisa es aceptada, la conclusión parece inevitable: en tanto este conocimiento no esté al alcance de todos los ciudadanos, la democracia implica una reducción peligrosa (si no la abolición) de la cualificación para gobernar; la democracia auténtica presupone la igualdad en las maneras, los



medios, y el tiempo necesario para alcanzar el nivel más alto del conocimiento.

«La relevancia para la realidad» se ha convertido en uno de los slogans mediante los cuales nuestros estudiantes militantes se oponen al establecimiento académico. Insisten en que lo enseñado y lo aprendido ha de ser relevante para su vida, aquí y ahora. La vieja hostilidad contra la historia, pero también contra el pensamiento abstracto, la teoría en sí, reaparece. No debemos aminorar la justificación de esta afirmación: hoy es relevante la acción, la práctica que nos pueda



sacar *fuera* de una sociedad en la que el bienestar y la existencia misma se consiguen al precio de la destrucción, el despilfarro y la opresión a escala global.

Pero ninguna práctica particular y privada es relevante para este objetivo; lo único relevante es una práctica en la que el sufrimiento universal y la protesta universal aparezcan en la acción particular -una práctica que demuestre la necesidad y el objetivo de la liberación. Y tal práctica, si ha de obtener una base de masas (esto es, llegar a ser universal, acción social más que particular), presupone el conocimiento de las condiciones, limitaciones y capacidades para un cambio. Las cuales derivan de la estructura, la dinámica y la historia de la sociedad existente: conocerlas como condiciones y perspectivas de la acción significa entenderlas en función de una *teoría* de la sociedad, del conjunto que forman, cerrado al pasado, abierto al futuro -abierto dentro de un rango de alternativas dadas. En este sentido, la acción misma -para poder alcanzar su objetivo- necesita del pensamiento, de la teoría.

Esta relación entre teoría y práctica es verdaderamente dialéctica: hoy, esto es quizá más necesario que nunca. La falsa conciencia y la verdad están inextricablemente entrelazadas: los beneficios de la sociedad afluente son *reales*, el progreso técnico es *real*, la subida del Producto Nacional Bruto es *real* -como también la frustración, el despilfarro, la opresión y la miseria ocasionada por la misma realidad.

Ciertamente, esta dialéctica del progreso no es nada nuevo; nuevos son los controles mortífera mente eficientes (y reconfortantes) que impiden la conciencia plena de ella; nueva es la extensión de la falsa conciencia, su coincidencia, que es todo menos inmediata y directa, su armonía con la realidad. El cambio, la práctica que hace cambiar las cosas presupone la ruptura de esta armonía, la emancipación del pensamiento -del pensamiento *abstracto*. Pues los conceptos, imágenes, y objetivos que han de



guiar esta práctica aún no son concretos, no pueden ser «leídos» en los hechos y condiciones existentes; aún son trascendentes. Su elaboración implica un reexamen del pasado, donde se originaron los fracasos y los descubrimientos, la conciencia falsa y la verdadera. Esto requiere un aprendizaje y exige disciplina y energía intelectuales -la disciplina teórica y la energía que se concretarán en la disciplina y la energía de la acción.

La filosofía estuvo al origen del esfuerzo histórico radical para «cambiar el mundo» en la imagen de la Libertad y la Razón; este esfuerzo todavía no ha alcanzado su fin. La famosa tesis de Feuerbach nunca significó que ya no es necesario interpretar el mundo y que podemos limitarnos a cambiarlo. Esta empresa es hoy día aún más difícil que antes: el mundo debe ser interpretado de nuevo para que podamos cambiarlo; y una buena parte de esta interpretación requiere el pensamiento crítico, el pensamiento filosófico. *Pro domo* o no, pienso que aún tenemos un trabajo que realizar- un *trabajo cada vez más serio*, y ¡espero, más y más ARRIESGADO.!

Referències

<http://usuarios.lycos.es/Cantemar/Marcuse.html>

<http://www.enfocarte.com/2.16/filosofia.html>



François Lyotard, *¿Por qué filosofar?*²⁰



Jean-François Lyotard (1945-1998)

La última, la undécima tesis sobre Feuerbach, escrita por el joven Marx hacia 1845, dice: «hasta el presente, los filósofos no han hecho sino interpretar el mundo de distintas maneras; se trata ahora de transformarlo». Yo creo que tenemos en esta tesis de Marx un buen punto de partida para reflexionar sobre la amplitud real de la impotencia, de la incapacidad, de la ineficacia de la filosofía. Pese al carácter perentorio de la fórmula del joven Marx, veremos que las cosas no son tan simples, y eso lo comprenderemos no contra Marx y el verdadero marxismo, sino gracias a ellos: que no están a un lado los que hablan y a otro los que obran.

Se puede decir que esta caracterización de la filosofía es una crítica radical, porque implica que, en definitiva, no existe dimensión específicamente filosófica, ya que las cuestiones filosóficas no son cuestiones filosóficas, sino cuestiones reales transcritas, codificadas en otro lenguaje, mistificado y mistificador por el hecho de ser otro. *La realidad de la filosofía procede solamente de la irrealidad de la realidad*, por así decir; procede de la carencia que experimenta la realidad, procede de eso que el deseo de otra cosa, de otra organización de las relaciones entre los hombres, que se gesta en la sociedad, no consigue liberar de las viejas formas sociales. Debido, pues, a que el mundo social humano tiene una carencia, a que hay en él deseo, (para Marx, ese mundo humano es a la vez el mundo individual y el mundo interindividual, social), la filosofía puede construir en esa carencia un mundo no-humano, metafísico, un allende, un más allá.

Para Marx, lo mismo que para Hegel, la filosofía busca la muerte de la filosofía, he ahí su verdadera pasión. Esta muerte, en efecto, significaría que ya no hace falta filosofar; y si no hiciera falta filosofar, eso querría decir que la carencia que constituye la base de la necesidad de filosofar, el deseo, se habría colmado. Pero precisamente la filosofía entendida como ideología en el sentido de Marx es incapaz de ponerse fin a sí misma, de poner un término a sus días, porque su existencia depende de esa carencia que existe en la realidad humana, porque se

²⁰ LYOTARD, F., *¿Por qué filosofar?*, Barcelona, Paidós, 1998 [ed. or., Paris, 1964] p.147-164



apoya en esa carencia para intentar colmarla mediante la palabra, y porque la palabra filosófica, por ser filosófica, es decir ideológica, es decir alienada, no puede colmar la carencia real, ya que habla al margen, más allá, en otra parte. Es como buscar la solución a los problemas que encuentra un individuo en la realidad mediante la elaboración de un sueño coherente.

El «ahora se trata de transformar el mundo» significa, pues, que hay que modificar la realidad, cambiar la vida de tal forma que ya no haya que soñar, quiero decir filosofar; que debemos tomar posesión de nosotros mismos no en este mundo separado y desequilibrado del sueño nocturno, sino a la luz del día, en ese mundo que todos nosotros tenemos en común, cuando tenemos los ojos abiertos y la mirada nueva o inocente, cuando estamos en pie. ¿Y qué puede el filósofo en relación a esa exigencia realista, él que yace en la oscuridad de un allende?

Ahora bien, este mismo problema es el que se le plantea a la acción, es decir, a la transformación del mundo: ¿cuál es el sentido latente en la realidad, cuál es la aspiración, el deseo? y ¿cómo expresarlo para que pueda actuar, es decir, para que tenga el poder?

La acción transformadora no puede dejar de ser una «teoría» en el verdadero sentido de la palabra, es decir, una palabra que se arriesga a decir «he ahí lo que pasa, he ahí adonde conduce eso», y por este solo hecho comienza a organizar al menos en el discurso este Eso; una palabra que desea realmente el deseo de la realidad, o que desea con el mismo deseo que la realidad.

.....

Pero nos preguntábamos si sirve de algo filosofar, ya que la filosofía, según su propio testimonio, no encierra historial alguno, no concluye ningún sistema y, rigurosamente hablando, no conduce a nada.

He aquí una respuesta: no se librarán ustedes del deseo, de la ley de la presencia-ausencia, de la ley de la deuda, no encontrarán refugio alguno, ni siquiera en la acción, porque ésta, lejos de ser un refugio, les expondrá más abiertamente que cualquier meditación a la responsabilidad de decir lo que hay que decir y hacer (es decir, anotar), a la responsabilidad de oír y transcribir, por su cuenta y riesgo, el significado latente del mundo sobre el cual, como suele decirse, quieren ustedes actuar.



No pueden transformar este mundo si no es comprendiéndolo, y la filosofía puede parecer un adorno anquilosado, un pasatiempo de señorita de buena familia (porque no hace aviones supersónicos o porque trabaja en casa y no interesa casi a nadie); la filosofía puede ser todo eso y lo es realmente: pero es o puede ser también ese momento en que el deseo que está en la realidad viene a sí mismo, ese momento en que la carencia que padecemos en cuanto individuos o en cuanto colectividad se nombra y al nombrarse se transforma.

¿Terminaremos algún día -dirán ustedes- de experimentar esa carencia? ¿Nos dice la filosofía cuándo y cómo podemos acabar con ella? O bien, si ella sabe -como hoy parece saberlo- que esa carencia es nuestra ley, que toda presencia se da sobre un fondo de ausencia, ¿no sería lo más legítimo y razonable abandonar toda esperanza, volver un estúpido? Pero tampoco encontrarán ustedes refugio en la estupidez, porque no es estúpido el que quiere: tendrían que eliminar la comunicación y el intercambio, tendrían que llegar al silencio absoluto. Pero no existe el silencio absoluto, precisamente porque el mundo habla, aunque sea de manera confusa, y porque ustedes mismos continuarían al menos soñando, lo cual ya es mucho cuando no se quiere oír nada.

He aquí, pues, por qué filosofar: porque existe el deseo, porque hay ausencia en la presencia, muerte en lo vivo; y porque tenemos capacidad para articular lo que aún no lo está; y también porque existe la alienación, la pérdida de lo se creía conseguido y la escisión entre lo hecho y el hacer, entre lo dicho y el decir; y finalmente porque no podemos evitar esto: atestiguar la presencia de la falta con la palabra.

En verdad, ¿cómo no filosofar?





Theodor W. Adorno, “Justificación de la filosofía”²¹



En una cuestión como ésta, «para qué aún filosofía», de cuya formulación, aunque no se me escapen sus resonancias diletantes, soy yo mismo responsable, se barruntará en general la respuesta, se esperará un proceso de pensamientos que acumule todos los reparos y dificultades posibles para finalmente, con mayor o menor prudencia, desembocar en un «sin embargo» y afirmar lo que retóricamente se puso en duda. Este desenlace, de todos conocido, corresponde a una actitud conformista y apologética, que se presenta a sí misma en cuanto positiva y cuenta anticipadamente con que se esté de acuerdo con ella. Para colmo, no se cree capaz de algo mejor a quien enseña por oficio filosofía. Su existencia cívica depende de que aquélla se siga ejerciendo; hiere, por tanto, sus propios, palmarios intereses todo cuanto se exteriorice en contra de dicho ejercicio. A pesar de lo cual, algún derecho tengo a plantear la pregunta, sólo quizá porque de ningún modo estoy cierto de la respuesta.

El que defienda un asunto, que el espíritu de la época suprime como envejecido y superfluo, se adentra en la más desfavorable posición. Sus argumentos suenan a aplicación endeble. Pero «considere usted», nos dice, como si persiguiese colarnos algo contra nuestra voluntad. Esta fatalidad tendrá que asimilarla quien no se deje apartar de la filosofía. Tendrá que saber que ésta no es ya utilizable para las técnicas del dominio de la vida -técnicas en sentido literal y derivado-, con las que se ha entrecruzado tantas veces. La filosofía no ofrece ya tampoco un medium de educación más allá de esas técnicas, como durante la época de Hegel, cuando a lo largo de un par de breves decenios el entonces angosto estrato de los intelectuales alemanes se hacía entender en su lenguaje colectivo. A la crisis del concepto humanístico de educación, sobre la cual no es necesario que haga muchas frases, está sometida en la consciencia pública la filosofía como primera disciplina, después que desde la muerte de Kant aproximadamente se había hecho sospechosa por su errónea relación para con las ciencias, para con las de la Naturaleza sobre todo. Los renacimientos kantianos y hegelianos, en cuyos nombres ya se denuncia la impotencia, no modificaron mucho las cosas. A la postre, la filosofía se ha establecido ella misma, en la situación general de compartición por disciplinas, como una disciplina especial, purificada de todo contenido objetivo. Con lo cual ha negado aquello por lo que poseía su propio concepto: la libertad del espíritu que no obedece al dictado del saber disciplinar. A la par que por su abstinencia de contenido determinado, sea en cuanto lógica formal y doctrina de la ciencia, sea en cuanto fábula de un ser al que se ha arrebatado todo ente, ha declarado su bancarrota frente a las reales finalidades sociales. Ciertamente que sellaba así un proceso que equivalía, y con mucho, a su propia historia. Se la ha ido arrebatando cada vez más distritos que se entregaban a las ciencias; apenas le quedó otra alternativa que hacerse ella misma una ciencia o ser un enclave minúsculo y tolerado, que como tal contradice a lo que la filosofía quisiera ser: algo no particular.

La física newtoniana se llamaba todavía filosofía. La consciencia científica moderna verá en ello un resto arcaico, rudimento de aquella época de temprana especulación griega, en la que en nombre de la esencia de las cosas quedaban inseparadas, una en otra, la metafísica sublime y la palpable aclaración de la Naturaleza. Algunos resolutos han proclamado tal arcaísmo como lo únicamente filosófico y han buscado volver a establecerlo. Pero la consciencia, doliente en una situación escindida, al conjurar por indignancia la unidad pasada contradice el contenido que aspira a darse. Por eso ha de configurar arbitrariamente un lenguaje primitivo. La restauración es más vana en filosofía que en ningún otro sitio. Porque ésta debería guardarse de matracas culturales y del abracadabra de las concepciones del mundo. Tampoco puede uno figurarse que el trabajo de especialista en teoría de la ciencia, o todo lo que se ufana de ser investigación, sea filosofía. Pero en último término, sin embargo, la que se prohíba todo esto, entrará en irreconciliable contraposición con la consciencia dominante. De otro modo: nada



²¹ ADORNO, T. W., in *Filosofía y superstición*, Madrid, Alianza, 1999. [Els subratllats són de l'editor, R.S.]

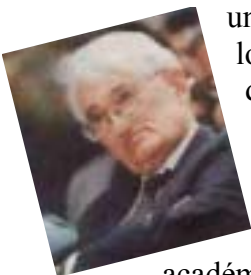


la exime de la sospecha de ser apologética. La filosofía, a la que basta lo que quiere ser y que no galopa infantilmente detrás de su historia y de lo real, tiene se nervio vital en la resistencia contra el actual ejercicio corriente y contra aquello a lo que éste sirve: la justificación de lo que ya es.

Tampoco es ya obligativa la elevación más alta de la especulación filosófica hasta hoy, la hegeliana. Precisamente, quien queda alineado entre los dialécticos según las clasificaciones de la opinión pública, a las que no se sustrae nadie que haga algo públicamente, tendrá que expresar la diferencia para con Hegel, que no es ninguna de convicción individual, sino que está exigida por el movimiento de la cosa misma, al cual no otro sino Hegel requiere abandonarse puramente. La aspiración de totalidad de la filosofía tradicional, culminante en la tesis de la racionalidad de lo real, es inseparable de la apologética. Y ésta se ha convertido en absurda. La filosofía que se plantease todavía como total, en cuanto sistema, llegaría, sí, a ser un sistema, pero de delirio.



Si hace entrega, sin embargo, de esa **aspiración de totalidad**; si no aspira ya más a desplegar desde sí misma el todo, que ha de ser la verdad, cae en conflicto con su tradición entera. Este es el precio que ha de pagar por nombrar, curada del propio sistema de delirio, el de la realidad. La filosofía no es ya un complejo de fundamentación autosuficiente, apodíctico. A su situación en la sociedad, que no debería negar, sino penetrar por completo, corresponde la suya propia, tan desesperada: la necesidad de formular lo que de nuevo, bajo el título de lo absurdo, ha sido apresado por la maquinaria. Una filosofía -de la que, únicamente y no más, se pudiese ser responsable, no debería ya por más tiempo -ilusionarse con que es dueña de lo absoluto, prohibiéndose incluso tal pensamiento para no traicionarle, aunque no se dejase desde luego por ello regatear ni un ápice del concepto enfático de la verdad. Esta contradicción es su elemento. La determina en cuanto negativa. **El célebre dictum de Kant, de que únicamente el camino crítico está abierto todavía**, pertenece a esas frases en las que la filosofía, de la cual proceden, vence la prueba, ya que sobreviven, como piezas fragmentarias, al sistema. Ciertamente que la idea de la crítica cuenta incluso para la perturbada tradición actual de filosofía. Mientras que las ciencias especiales se han incautado entretanto del escenario de cada conocimiento, y hasta tal punto que el pensamiento filosófico se siente aterrorizado y teme tener que dejarse refutar-por diletante siempre que hace valer su contenido, ha llegado por reacción el concepto de originalidad a una gloria inmerecida. Cuanto más confiado está el mundo, cuanto más espesa es la red que se arroja sobre la Naturaleza, tanto más aspira ideológicamente el pensamiento, que urde esa red, a ser por su parte naturaleza, experiencia primigenia. **Los filósofos transmitidos, por el contrario, han sido, desde los alabados presocráticos, críticos.** Jenófanes, hasta cuya escuela retrocede la fecha del concepto del ser, vuelto hoy contra el concepto mismo, quería desmitologizar las fuerzas naturales. La hipóstasis platónica del concepto en idea fue a su vez analizada por Aristóteles penetrantemente. En la Edad Moderna ha convencido Descartes a la escolástica de dogmatización de mero opinar. Leibniz fue el crítico del empirismo. Kant, el de Leibniz y el de Hume al mismo tiempo; Hegel, el de Kant; Marx, el de Hegel. La crítica no era en todos ellos el mero avío de lo que en la jerga de la ontología de hace treinta años se hubiese llamado su proyecto. No documentaba punto de vista alguno a adoptar según el gusto, sino que vivía en el argumento certero. Aquellos pensadores tenían en la crítica la propia verdad. Sólo ella, en cuanto unidad del problema y de los argumentos, y no la adopción de una tesis, han fundado lo que hoy puede valer como unidad de la historia de la filosofía. En la prosecución de dicha crítica han ganado aquellas filosofías su médula temporal, el valor de su posición histórica, cuyo-contenido o doctrinal perseveraba en lo eterno y sin tiempo.



La crítica filosófica está hoy confrontada con dos escuelas, que operan, se quiera o no se quiera, como espíritu del tiempo, por encima del cerco académico. Son divergentes a la par que complementarias. En los países anglosajones,



sobre todo, ha ganado terreno hasta el monopolio el positivismo lógico, inaugurado originalmente por el Círculo de Viena. A muchos les ilusiona como moderno, en el sentido de la ilustración más consecuente, como adecuado a la edad, según se dice, técnico-científica. Lo que no se ensambla en él será parte residual de metafísica, mitología inconsciente de sí misma, o arte, según el lenguaje de los extraños al arte mismo. Contra todo esto se mantienen, en ámbito de lengua alemana sobre todo, las direcciones ontológicas. Entre ellas ejerce la heideggeriana, por lo demás en las publicaciones desde el así llamado retorno más bien desafectas a la palabra ontología, su arcaísmo a ultranza, mientras que su índole francesa, el existencialismo, ha reconfigurado el punto ontológico de partida al modo ilustrado y con compromiso político. Positivismo y ontología son anatema recíproco; aquél ha atacado por medio de uno de sus exponentes capitales, Carnap, la teoría de Heidegger como carente de significado.

[...]

Si la filosofía es necesaria todavía, lo es entonces más que nunca como crítica, como resistencia contra la heteronomía que se extiende, como si fuese impotente intento del pensamiento permanecer dueño de sí mismo y convencer de error a la trama mitológica y a la parpadeante acomodación resignada su medida. Propio de ella sería, mientras no se la declarase prohibida como en la Atenas cristianizada de la antigüedad tardía, crear asilo para la libertad. No porque se pudiese esperar que sea capaz de romper las tendencias políticas que en el mundo entero estrangulan la libertad por dentro y por fuera y cuya fuerza penetra hondamente hasta los complejos de la argumentación filosófica. En lo que se consume en el interior de la idea aparece siempre algo del movimiento real. Pero si ambas heteronomías son el error y éste se deja demostrar apodícticamente, no sólo no se añade con ello un nuevo miembro a la desconsolada cadena de las filosofías, sino que se anuncia un rastro de esperanza de que la falta de libertad y la represión, el mal, que tampoco necesita una prueba filosófica de que es mal y de que existe, no será quien tenga la última palabra.

Dicha crítica debería determinar ambas direcciones predominantes como momentos escindidos de una verdad que históricamente se bifurcaba por fuerza. Por muy poco que se las pueda encolar juntas en una de esas llamadas síntesis, sí habría que reflejarlas en sí mismas. En el positivismo es falso que se suponga como medida de lo verdadero la división del trabajo que se dio una vez, la de las ciencias respecto de la praxis social y la de dentro de la ciencia misma, y que no se permita teoría alguna que pueda hacer transparente esa división en cuanto derivada, mediada, pudiendo así despojarla de su falsa autoridad. Si en la época de la emancipación ha querido la filosofía fundamentar la ciencia, y en Fichte y Hegel se ha interpretado a sí misma como la ciencia única, para el positivismo se convierte en la más general ensambladura sustraída a las ciencias, en la manera de comportarse éstas *ya* pulida y endurecida socialmente, en actividad como justificación de sí misma, un círculo, que asombrosamente molesta poco a los fanáticos de la pulcritud lógica. La filosofía dimite en cuanto se equipara a lo que debiera primero recibir de ella su luz. La existencia de la ciencia *telle quelle*, tal y como ocurre en la trama social con todas sus insuficiencias e irracionalidades, llega a ser criterio de su propia verdad. En tal respeto por lo cosificado es el positivismo consciencia que se cosifica. Con toda su enemistad contra la mitología hace traición al impulso mitológico de la filosofía de traspasar lo hecho meramente por el hombre y reducirlo a su medida humana.

La integración de filosofía y ciencia, que se perfila ya virtualmente en los más tempranos documentos de la metafísica occidental, ha querido proteger al pensamiento del tutelaje dogmático, con el cual tiene afinidad por medio de lo arbitrario, lo negativo de toda libertad. Pero a ésta es a la que apunta el postulado del inmediato «serjunto-a» del espíritu, que consuma vitalmente todo conocimiento y es norma imprescindible, desde Spinoza, de la evidencia. En mera lógica, imagen anticipada de un estado, en que los hombres por fin lo eran,





aliviados de toda ciega autoridad. Pero han girado las tornas. La invocación de la ciencia, de sus reglas de juego, de la validez exclusiva de los métodos en que se ha desarrollado, ha llegado a ser instancia de control que censura al pensamiento libre, sin andadores, sin adiestrar de antemano, y que no tolera del espíritu más que lo metodológicamente aprobado. La ciencia, el medium de la autonomía, ha degenerado en un aparato heterónomo. Lo que contaba ha quedado interrumpido, entregado a la casualidad del difamado *aperçu*, deshonrado hasta convertirse en ser aislado, y relegado de hecho a parloteo de concepciones del mundo. La crítica filosófica del cientifismo, que rebate fehacientemente dicho sistema de pensamiento, no es lo que sus bien intencionados enemigos le reprochan, sino más bien destrucción de la destrucción. La crítica de las filosofías existentes no aboga por la desaparición de la filosofía, ni siquiera por su sustitución por medio de disciplinas particulares como la sociología. Lo que quisiera es ayudar formal y materialmente a esa figura de libertad espiritual, que no tiene sitio en las direcciones filosóficas dominantes. Un pensamiento que, abierto y consecuente, se vuelve a los objetos en posición de conocimiento impulsado hacia adelante, es libre frente a ellos y de un modo que no deja que le sean prescritas reglas por el saber organizado. Vuelve a los objetos la suma de la experiencia acumulada en él, rasga la trama social que la oculta y la descubre nuevamente.



Si la filosofía se desembarazase del miedo que extiende el terror de las direcciones dominantes -de la ontológica: no pensar nada que no sea puro; de la científica: no pensar nada que no esté «vinculado» con el corpus de los hallazgos científicos reconocidos como válidos-, sería entonces capaz de conocer incluso lo que ese miedo le ha prohibido, eso en que hubiese puesto sus miras una consciencia no dañada. Lo que soñaba la fenomenología filosófica, como quien sueña que despierta, el «a las cosas mismas», podría caberle en suerte a una filosofía que no espera conseguir esas cosas con el golpe de magia de la visión de la esencia, sino que piensa en mediaciones subjetivas y objetivas, pero sin orientarse según el primado latente del método intuido que, en lugar de las cosas añoradas, presenta una y otra vez a las direcciones fenomenológicas meros fetiches, conceptos hechos aposta.

Si los modos positivos de hablar no se hubiesen hecho tan hondamente sospechosos, podríamos figurarnos que sólo para una tal consciencia, al mismo tiempo libre y reflejada en sí misma, se desplegara lo que la filosofía tradicional se niega al confundirse a sí misma con lo que quiere interpretar. El cansancio de la filosofía tradicional en las mudables índoles de su juego, posee en sí el potencial de una filosofía sustraída al entredicho.

No obstante, es dudoso que la filosofía, en cuanto actividad del espíritu comprensivo, tenga todavía su tiempo; que no permanezca detrás de lo que tendría que comprender, el estado del mundo que empuja a la catástrofe. Para la contemplación parece ser demasiado tarde. Lo que en su índole absurda está a flor de piel, se obstina en contra del comprender. A la abolición de la filosofía se apuntaba ya hace más de cien años. Que en el mundo oriental se proclame el Diamat en cuanto filosofía marxista, como si fuera ni más ni menos que conciliable con la teoría de Marx, testifica la perversión del marxismo en un dogma estático, desmochado, en contra del propio contenido o, como dicen ellos mismos, en una ideología.

Quien todavía filosofa, puede hacerlo únicamente si niega la tesis de Marx acerca de que está superado el sentido. Marx pensó la posibilidad de la modificación del mundo desde sus fundamentos como presente aquí y ahora. Pero sólo testarudamente se podría suponer hoy igual que él dicha posibilidad.



El proletariado al que él se dirigía no estaba integrado todavía: se depauperaba visiblemente, mientras que por otro lado el poder social no disponía aún de los medios para afirmarse a sí mismo en caso serio con probabilidades avasalladoras. La filosofía, en cuanto pensamiento a la par



libre que consecuente, se encuentra en una situación distinta por completo. Marx hubiese sido el último en desgarrarla del paso real de la historia. Hegel, que se había percatado de la caducidad del arte y profetizado su final, hizo independiente su perduración de la «consciencia de las necesidades». Pero lo que es correcto para el arte, es trivial para la filosofía, cuyo contenido de verdad converge con el del arte en tanto que la índole de su procedimiento se diversifique de la de éste. La duración no aminorada del sufrimiento, del miedo y de la amenaza, obliga a no degradarse al pensamiento que no se debiera realizar. Tras el instante desaprovechado, tendría que conocer, sin edulcoramientos, por qué el mundo que aquí y ahora podría ser el paraíso, puede mañana convertirse en el infierno. Tal conocimiento sería desde luego filosofía. Y resultaría anacrónico abolir ésta por causa de una praxis que eternizase innegablemente en esa hora histórica la situación cuya crítica es de tarea filosófica. Una praxis que se proponga el establecimiento de una humanidad madura y razonable persiste en el hechizo del desastre sin una teoría que piense el todo en su no-verdad. Y no precisa explicación alguna, que no deba ésta recalentar el idealismo, sino aceptar en sí la realidad social y política con su dinámica.



Durante los últimos cuarenta o cincuenta años la filosofía ha afirmado, en gran parte equivocadamente, oponerse al idealismo. En lo cual lo genuino era la oposición contra la frase decorativa; contra la *hybris* del espíritu que se alza hasta lo absoluto; contra la transfiguración del mundo, como si fuese ya la libertad. El antropocentrismo, que reside dentro de toda concepción idealista, es insalvable; basta acordarse, en un bosquejo, de lo más tosco de las modificaciones de la cosmología desde hace ciento cincuenta años. Seguro que no es la última entre las próximas tareas de la filosofía obsequiar al espíritu, sin analogías y síntesis diletantes, con las experiencias de la ciencia de la Naturaleza. El ámbito de ésta y el llamado espiritual están escindidos infructuosamente; tanto, que a veces la ocupación del espíritu consigo mismo y con el mundo social aparece como un juego vanidoso. Si no tuviese la filosofía otra cosa que hacer que llevar la consciencia de los hombres desde sí hasta la posición de todo lo que saben de la Naturaleza (para que no vivan como habitantes de la caverna tras su propio conocimiento de ese cosmos, en el cual el género menos sabio, el «homo» ejercita su desamparada esencia), ya sería importante dicha labor. A la vista de esa tarea y de la cala sin menoscabo en las leyes del movimiento de la sociedad, se ha arrogado, con dificultad y afirmativamente, establecer desde sí misma algo así como un sentido positivo. Hasta tanto está aunada con el positivismo, y más aún con el arte moderno, ante cuyos fenómenos la mayor parte de lo que hoy se piensa filosóficamente fracasa sin relaciones. Pero la aplicación de la filosofía contra el idealismo, proclamada hasta la saciedad, no era ilustración militante lo que quería, sino resignación. El amedrentado pensamiento no se atreve ya a alzarse, ni siquiera en la ontología fundamental, que le es adicta y está sujeta al ser.

Contra tal resignación destaca en el idealismo un momento de verdad. El materialismo realizado sería hoy el final del materialismo, de la ciega dependencia de los hombres, indigna del hombre, respecto de las condiciones materiales. El espíritu no es el absoluto, pero no se agota en el ente. Y solamente conocerá lo que es, si no se tacha a sí mismo. La fuerza de tal resistencia es la única medida actual de la filosofía. Tan inconciliable es hoy con la conciencia cosificada como lo fue antaño el entusiasmo platónico; sólo si exuberancia permite nombrar por su propio nombre lo universalmente condicionado. Desea la paz con ese otro el ente, que las filosofías afirmativas humillan al ensalzarle y acomodarse a él. Para éstas todo es funcional incluso el acomodo al ente les sirve de pretexto para si sometimiento en el espíritu. Pero lo que está ahí no debería ser aderezado. Lo que posee una función queda embrujado en el mundo funcional. Sólo el pensamiento que, sin reservas mentales, sin ilusiones de reinado interior, confiesa su carencia de función y su impotencia alcanza quizás una visión del orden de lo posible, del no-ente, en el que los hombres y las cosas





estarían en su sitio propio.

Porque no sirve para nada, por eso no está aún caduca la filosofía; y ni de ello siquiera le sería lícita reclamarse, si es que no quiere ciegamente repetir su culpa, la posición de sí misma por sí misma.

Dicha culpa la transmite la idea de la *philosophia perennis* de que le está garantizada la verdad eterna. **Lo cual queda minado por la asombrosa frase de Hegel, según la cual filosofía es su tiempo apresado en pensamientos.** Tal exigencia se le antojaba tan sobreentendida que no titubeó en presentarla como definición. El fue el primero que alcanzaba una cala en la médula temporal de la verdad, vinculada aún con la confianza de que cada filosofía importante, al expresar el propio grado de la consciencia, expresaba también, en cuanto necesario momento del todo, la totalidad misma. Y el que se viese esta confianza desengañada, junto con su filosofía de la identidad, no aminora únicamente el *pathos* de las filosofías nacidas después, sino también su rango. Lo que para él era sobreentendido, es imposible afirmarlo hoy de las direcciones dominantes. Ya no son su tiempo apresado en pensamientos. Los ontólogos hacen alarde de su provincianismo, cuyo fiel contrapunto es la desamparada, pobreza conceptual de los positivistas. Sus reglas de juego están recortadas para que la consciencia cosificada de *bright boy* ajenos al espíritu se pueda considerar como la cúspide del espíritu del tiempo. Pero no son más que su síntoma; falsean lo que les falta como virtud insobornable de quienes no se dejan invadir por nieblas risueñas. Espíritu del tiempo lo son ambas direcciones a lo sumo en cuanto regresión; los astutos de Nietzsche se han convertido de nuevo literalmente en trogloditas.

Frente a ellos debiera la filosofía acrisolarse como la consciencia más progresiva, penetrada por el potencial de aquello que sería de otra manera, y madura frente al poderío de lo regresivo, sobre lo cual se alzaría sólo después de haberlo apresado y acogido en sí como lastre. Y si a la vista de esta pretensión, que advierte cuidadosamente, el arcaísmo filosófico de hoy en día se refiere a lo anti-guamente verdadero; si trata el progreso, que ha estorbado, como si le hubiese superado ya, no hará más que pamplinas.

Ninguna dialéctica del progreso es suficiente para legitimar un estado espiritual., que se crea a salvo sólo porque no ha penetrado todavía en sus propios rincones, hacia los cuales se despliega la objetividad en la que él mismo está implicado, y que además cuida de que la invocación de lo salvo fortalezca inmediatamente el desastre. El sentido profundo, justificado por sí mismo, que maneja en *canaille* a la consciencia progresiva, es superficial. Reflexiones, que impulsan por encima tanto de sus refranes mágicos como de las *vérités de faits* de los positivistas, no son, como convenía al mezquino comercio de la ideología de amarillentas publicaciones satíricas, locuras de moda, sino que están motivadas por los mismos estados de cosas, que igual los ontólogos que los positivistas pretenden considerar aplicadamente.

[...] No es por medio de consejos de tío experimentado como se alzaría sobre la práctica de las ciencias. Toda sabiduría ha degenerado en bonachonería. Tampoco le será provechoso el comportamiento de aquel profesor, que al sentirse, en el prefascismo, incitado a enjuiciar su tiempo, inspeccionaba *El ángel azul*, de Marlene Dietrich, para aprender desde la primera observación lo mal que andaba todo. Tales jiras a lo concreto convencen a la filosofía, en cuanto escoria de la historia, de que se confunda por reminiscencias culturales con el sujeto de ésta. No sería el peor módulo de una filosofía hoy: no igualar en nada a todo esto.

No es asunto suyo procurarse informaciones con estúpida arrogancia y tomar posiciones luego, sino **experimentar, sin atenuantes ni reservas mentales, de qué se apartan los que no quieren dejarse arrebatarse la máxima de que algo positivo tiene que conseguirse alguna vez en toda filosofía.**





El rimbaudiano «*il faut être absolument moderne*» no es un programa estético ni para estetas, sino un imperativo categórico de la filosofía. A la tendencia histórica se rinde antes que nada lo que no quisiera en absoluto tener que ver con ella. Ya que la filosofía no promete salvación alguna y como posibilidad de esperanza únicamente la del movimiento de la idea, que la persigue hasta el extremo.

Referències:

http://www.geometry.net/philosophers/adorno_theodor_w.php

<http://www.historiasiglo20.org/enlaces/contemporanea2.htm>

<http://www.sapiens.ya.com/ofernandezg/7b.htm>

<http://www.mavicanet.com/directory/spa/7362.html>

